



INTRODUCCION

¿Quién es el hombre verde? Esta pregunta estaba en boca de todos los habitantes de Vallenegro y más aun en los del poderoso terrateniente Simeón Ravelo, dueño de una hacienda inmensa que abarcaba grandes bosques y magníficos sembrados.

El Hombre Verde vestía blusa, pantalón, polainas, zapatos, gorra y antifaz verdes y vivía en los bosques identificando su color con el de los árboles y matorrales hasta el punto de hacerse invisible cuando trepaba como ardilla a las copas más altas de olmos y pinos.

Este individuo aparecía a veces en la aldea de Vallenegro y los campesinos le creían un ser sobrenatural. Como nunca les había hecho mal, le dejaban tranquilo. No así Si-

meón Ravelo y el guardabosque Rubén Snake, quienes habían jurado prenderle y entregarle a la justicia como cazador furtivo.

Un día sucedió que un chico de la aldea, llamado Benjamín Lagos, paseando por el bosque descubrió una trampa en la cual se hallaba cazado de una pata un pobre conejito. Compadecido del animal, Benjamín se arrodilló al lado de la trampa y comenzó a desprender la pata del conejo.

—Bribonzuelo — dijo un individuo con dura voz —, te he pillado armando trampas. Eres un ladrón.

—No, don Rubén — respondió Ben —, estaba soltándole la patita al pobre conejo.

—Para llevártelo después a tu casa y comértelo asado — dijo furibundo el guarda-



EL HOMBRE VERDE trepó con pasmosa agilidad a un arrayán.

bosque—. Tú has colocado esa trampa...

—No es verdad — protestó Ben—, yo pasaba por aquí y sentí los quejidos del conejo.

—Mentira — replicó el cruel Rubén—, ven conmigo a las casas. El patrón te dará una docena de azotes.

Como el niño se resistiera a obedecer, Rubén le golpeó brutalmente.

En ese instante se escuchó un crujir de ramas; el Hombre Verde saltó sobre el césped y apartó al guardabosque.

—Cobarde — exclamó el individuo del antifaz, — ¿por qué golpea a ese niño?

—Le encontré armando trampas — balbuceó el guardabosque.

—Mientes — declaró el Hombre Verde.

Rubén Snake recordó que Simeón Ravelo había ofrecido mil pesos por la captura del Hombre Verde y como era muy fornido y buen campeón de boxeo decidió abatir al desconocido y entregarle al patrón.

Antes que el Hombre Verde se pusiera en guardia, el guardabosque saltó sobre él y le arrojó de espaldas sobre el césped.

Pero Rubén no contaba con la prodigiosa agilidad de su atacante, quien esquivando el golpe, le propinó un fuerte golpe en el mentón que le dejó vacilante y aturdido. Otro golpe le hizo sangrar de nariz y boca.

Viéndose vencido, Rubén Snake se alejó jurando vengarse del Hombre Verde en otra ocasión.

—Ese individuo será desde ahora mi peor enemigo— se dijo el Hombre Verde—, pero poco importa. Ha tenido su merecido.

En seguida, volviéndose a Benjamín le dijo:

—¿Cómo te llamas, chico?

—Benjamín Lagos, pero me llaman Ben. Muchas gracias, señor, por lo que ha hecho por mí. El patrón nuevo es muy malo y castiga con crueldad a los que le roban, aunque sea nada más que un palito de leña. Yo pensaba en mi abuelita que está sola desde que Edit se fué a trabajar a las casas. Si me hubieran llevado donde el patrón, de fijo que me salen tres días de calabozo.

—Vete a tu casa, niño, y si el guardabosque te persigue me lo avisarás. ¿Dónde está el pobre conejito?

Ben iba a mostrarle la trampa cuando se escuchó el ruido de una cabalgata y en el claro del bosque apareció el patrón de la hacienda, seguido del guardabosque y de varios peones.

—Allí está, patrón— exclamó Rubén Snake, señalando al Hombre Verde.

—Huye, Benjamín — ordenó el Hombre Verde al niño—, yo sacaré al conejito de la trampa. Pronto nos volveremos a ver.

Ya estaban sus perseguidores a corta distancia y Ravelo alzaba su látigo para enardecer al corcel, cuando el Hombre Verde se colgó de una rama y trepó a un inmenso arrayán.

—Rodeen el árbol—ordenó Ravelo—, formen un circulo y todos juntos apronten sus fusiles.

—Escuche, Hombre Verde — gritó Ravelo—, le doy tres minutos para que baje del árbol. Si no obedece, mis hombres dispararán contra usted.

Por toda respuesta se escuchó una irónica carcajada.

(CONTINUARA).

NIÑOS CHILENOS



Renato Cajías Meza, (Santiago).



Abelitó Hernández B., (Santiago).



CAPITULO I

DESPUES no te retrás — replicó Ravelo al escuchar la irónica carcajada del Hombre Verde—. Ya sabes... Voy a contar tres minutos y si no desciendes del árbol todos mis peones dispararán sus fusiles contra ti.

Los trabajadores y Rubén Snake levantaron sus fusiles.

—Si deseas cogermé — respondió el Hombre Verde — trepa al árbol cobarde.

—Un minuto — dijo Ravelo.

Dos minutos...

—Tres minutos — exclamó Ravelo — desaparecen...

Los peones formando círculo alrededor del árbol dispararon; pero el Hombre Verde no cayó del árbol.

—Otra vez — ordenó furioso el guardabosque.

El corcel del patrón se encabritó con los disparos y levantando las patas delanteras arrojó de la silla al caballero.

El Hombre Verde se asomó por entre las ramas de otro árbol y estalló en una alegre carcajada mientras Ravelo se alzaba dolorido y quejeando.

RESUMEN DE LA INTRODUCCION.—Los habitantes de Valenegro y el patrón de la hacienda, Simeón Ravelo, ignoran quién es el Hombre Verde que vive en los bosques. Ravelo ha prometido mil pesos a quien le coja. Benjamín Lagos, niño de catorce años, es acusado de robo por el guardabosque, Rubén Snake; el Hombre Verde le defiende. Llega el patrón de la hacienda y amenaza al Hombre Verde.

—Imbéciles — gritó furioso Ravelo — ¿por qué dispararon sin que yo lo mandara? No vieron que el alazán se encabritaba?



—SIMEON RAVELO cayó de espaldas arrojado por el corcel encabritado...

—Perdone señor — balbuceó el cobarde guardabosque.

—Ofrezco cinco mil pesos al que coja a ese bandido — dijo Ravelo.

Los peones se alejaron murmurando contra el nuevo patrón a quien todos aborrecían.

Y con razón porque desde que había heredado la hacienda de su tío Pedro Flores, sólo había cometido crueldades con sus inquilinos.

El viejo hacendado, don Pedro tenía un hijo, quien había desaparecido de esa comarca a raíz de una violenta discusión con su padre.

Después se dijo que el joven se había casado y tenía familia; pero nadie sabía dónde se hallaban y cuando murió don Pedro su sobrino Simeón Ravelo heredó todos sus bienes.

Era un individuo de cuarenta años, de carácter altanero y cruel. Varias veces había castigado a sus criados con pena de azotes y por cualquier motivo les golpeaba y humillaba.

La presencia del Hombre Verde en sus bosques, molestaba a Simeón al mismo tiempo que le infundía miedo.

Cojeando y refunfuñando iba Simeón camino a las casas cuando de pronto apareció otra vez el Hombre Verde en la copa de un árbol y desde allí le gritó:

—¿Conque eres el dueño de la hacienda, Simeón Ravelo? Que te aproveche la herencia, villano.

Y otra vez la alegre carcajada repercutió en el bosque.

Simeón rugió de furia y de miedo... Al llegar a las casas se encerró en sus habitaciones y sus criados le oyeron vociferar y gritar como si estuviera loco.

Entretanto el Hombre Verde había vuelto al sitio donde se hallaba el conejo, que Benjamín Lagos había querido sacar de la trampa.

—Pobrecillo — murmuraba el Hombre Verde acariciando la patita herida del conejo—. Voy a entablártela y pronto podrás correr otra vez por el bosque.

Con un trozo de pañuelo y un palito muy delgado el Hombre Verde entablilló la pata del conejo y le recostó sobre la hierba.

Dos magníficos ciervos se habían acercado al Hombre Verde y uno de ellos lamía las manos del selvático.

—Mi linda Mimosa — murmuró el Hombre Verde acariciando a la cierva — por el momento no te necesito; — pero no te alejes mucho, porque hay enemigos que me persiguen.

La cierva siguió mansamente los pasos de su amo hasta que éste llegó a una inmensa y añosa encina.

Después de dar una mirada en torno suyo a fin de cerciorarse de que nadie le espiaba, el Hombre Verde trepó al árbol hasta una altura de cuatro metros y en seguida se dejó caer por el hueco que formaba el tronco a esa altura. En el interior había una escalerilla de cordel que descendía hasta un subterráneo. El selvático encendió una linterna a parafina. Alumbrado con ella se internó en un túnel subterráneo y llegó hasta una habitación pequeña, pero bien acondicionada.

La habitación contenía un lecho, una mesa, una silla y una cocina pequeñita.

Esa era la casa del misterioso Hombre Verde.

Sacándose el antifaz y la gorra, el selvático preparó su comida, fumó su pipa y en seguida se tendió sobre el lecho a descansar.

Una hora después murmuró:

—Y a es tiempo que vaya a dar de comer a mis avecillas y a buscar agua al arroyo.

Llevando en una mano la jarra llena de migajas de pan y en la otra su linterna, el Hombre Verde trepó por la escalerilla y salió otra vez al bosque.

Una inmensidad de pájaros le aguardaba en un claro de la selva.

Los más atrevidos subían a sus hombros y otros comían en su mano.

Todos los

pájaros le conocían y amaban.

—Hombre Verde, Hombre Verde — gritó una voz angustiada.

Las avecillas atemorizadas emprendieron el vuelo.

—¿Qué sucede? — interrogó el Hombre Verde a una viejecita que se aproximaba.

—Soy la abuela de Benjamín Lagos — dijo la anciana—. Los carabineros le han llevado preso y Ud. sabe que mi nieto es inocente. Antes que se lo llevaran el niño me



—MI POBRE CONEJITO—murmuró el Hombre Verde—¿estás herido?



dijo que viniera a pedirle que le salvara. Ben no es ladrón, ni nunca ha colocado trampas en el bosque. Toda la culpa es de don Rubén, el más pícaro de los hombres.

—No se aflija, abuelita, — respondió el Hombre Verde — yo sacaré a Ben de la cárcel aunque le tengan bajo siete cerrojos.

La viejecita contempló con admiración al gallardo joven que con su indumentaria verde se confundía con el ramaje que le rodeaba. Para hacerse invisible a sus enemigos, ese misterioso personaje había adoptado el color de los pinos y arrayanes.

¿Quién era el Hombre Verde? Nadie lo sabía; pero la abuela de Benjamín Lagos estaba convencida de que era un individuo bueno y piadoso.

El selvático acompañó a Gertrudis Lagos hasta el límite del bosque y le repitió su promesa de proteger al niño.

De pronto los labradores divisaron al Hombre Verde y alentados por la recompensa que el dueño de la hacienda Simeón Ravelo les había prometido levantaron amenazantes sus azadones y corrieron hacia él.

—No le persigan — gritó la anciana Gertrudis colocándose ante ellos—. A nadie hace mal ese hombre.

—Quita allá vieja idiota — replicó uno de los labradores.

El Hombre Verde se escabulló entre las breñas mientras sus perseguidores se internaban en el bosque.

La anciana Gertrudis se alejó tranquila convencida de que los labradores nunca darían alcance a su buen protector.

Entretanto el sargento Dumas, obedeciendo a la orden del guardabosque Rubén Snake, tenía preso en el retén a Benjamín Lagos.

—BUENAS TARDES, sargento Dumas — dijo el Hombre Verde.

—¿Por qué obedeces a ese mal hombre? — decíale su esposa—. No hay orden del juez para tomar preso a Ben y yo estoy segura que ese niño es inocente.

—Si me indispongo con don Rubén — dijo el sargento — me acusará al señor Ravelo y peligraría mi puesto. Ya sabes lo cruel que es ese hombre.

—Lo sé — dijo la señora Dumas — y nunca me conformaré con que haya heredado la hacienda de don Pedro ese individuo que más trazas tiene de bandolero que de patrón. Voy a visitar a la señora Gertrudis que debe estar desesperada con la prisión de su nieto.

El sargento quedó solo en la salita y a poco se abrió la puerta y apareció en el umbral el Hombre Verde.

—Buenas tardes, sargento — dijo el misterioso habitante del bosque. Disculpe Ud. mi osrpresiva llegada, pero ha de comprender el asunto que me trae aquí. Me han dicho que Rubén Snake acusó de robo a Ben Lagos y que Ud. lo tiene preso.

El sargento Dumas estupefacto por la inesperada aparición del Hombre Verde no sabía qué actitud tomar. Por fin serenándose un tanto replicó:

—A Ud. no le corresponde intervenir en este asunto.

—Me corresponde porque soy el único testigo a favor de Ben — declaró el Hombre Verde—. Yo estaba allí cuando el chico quiso sacar de la trampa al conejito herido. Ud. conoce a Ben y a su abuela y sabe demasiado que son gente honrada. ¿Dónde se encuentra el niño?

—Le llevaron al cuartel de Vallenegro donde le juzgarán — replicó el sargento — y allí estará Ud. también dentro de poco.

Dumas sacó su pito del bolsillo, pero el Hombre Verde le sujetó la mano antes que lo llevara a la boca.

—¿Por qué pretenden arrestarme? — interrogó el selvático.

—El dueño de la hacienda ha pedido su arresto y es mejor que no ponga resistencia — exclamó el sargento Dumas desprendiéndose y consiguiendo tocar dos veces el pito.

En el acto se escuchó ruido de pasos y en-

tre los que acudieron al llamado del sargento venía en primera línea el guarda bosque Rubén Snake.

El Hombre Verde quiso huir por una puerta interior, pero no pudo hacerlo y al buscar otra salida se encontró en un oscuro pasadizo con su enemigo Rubén quien cogiéndole por la cintura gritó:

—Ya lo tengo, aquí... El Hombre Verde está en mi poder.

—Sujételo — respondió el sargento Dumas — ya llevo las esposas.

(CONTINUARA).

EL CACIQUE MATAQUITO



1. Patojo Sobado casi reventó de rabia al ver a Mataquito que cortaba un frondoso maqui—. Aguárdate, cabeza de puero, cortándome mi maqui—. Yo me llamo Mataquito y no Cabeza de Puero — gruñó el cacique.



..2.—No estoy para discutir con gente mal criada. Sin detenerse, Mataquito cruzó el abismo por el tronco del maqui—. No te escaparás, indio de moledera. ¿Estás creyendo que yo no puedo cruzar por ahí?



3. Y el Sobado Patojo se lanzó tras el indio. ¿Y ahora, queris cachimba? Guarda con el fuego, Patojo—. No me asustáis, indio. Me trago el fuego y te engullo a tí, condenao, masca laucha.



4. Se quemaron las ramitas y Patojo cayó, pero no encima de nuestro cacique, sino encima de sus narices—. ¡A la rrrra pata, que cayó la gata, dentro de la acequia, de la Liberata! — entonó el cacique.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO 1291

CUPIDO, por Sesso.— 1, Acorde; 2, Afecto; 3, Airado; 3, Otofñada; 4, Odiosa; 5, Occisa.

LA TELA DE ARANA, por Lalyn.— 1, Erizo;

2, Lento; 3, Perro; 4, Enero; 5, Nimbo; 6, Etneo; 7, Casto; 8, Acero; 9, Yerto; 10, Libro; 11, Abono; 12, Acaro; 13, Rengo; 14, Alado; 15, Nocio; 16, Agrio.

PROVERBIO-JEROGLIFICO, por Eloy. — "Hasta los gatos tienen romadizo".



CAPITULO II

Una ducha de agua fría

RUBEN Snake luchaba con el Hombre Verde en la puerta de la casa del sargento Dumas. El selvático hacía esfuerzos por desprenderse del fornido guardabosque; fué reuniéndose gente hasta que parecía inevitable la perdición del Hombre Verde.

De pronto se abrió una ventana y la abuela de Benjamín Lagos dejó caer sobre los luchadores una jarra con agua gritando fastidiada:

—Dejen dormir; no son horas para estar peleando en la calle.

Por cierto que Gertrudis Lagos no se preocupaba de su sueño, si no que su acto tenía por objeto ayudar al Hombre Verde en su difícil situación.

Rubén Snake alzó la cabeza al recibir la ducha fría y el misterioso habitante del bosque aprovechó su distracción para darle un fuerte golpe en el mentón y desprenderse así de su atacante.

Antes que los demás aldeanos pudieran detenerle, ya el Hombre Verde había entrado a casa de la anciana Lagos.

—Fuera de aquí — gritó en alta voz Gertrudis, mientras en voz baja murmuraba al oído del fugitivo:

—Salté por el muro del jardín.

—Gracias, abuelita — replicó el Hombre Verde; de un salto estuvo al otro lado del muro y de allí le fué fácil llegar al bosque, y refugiarse en su caverna subterránea.

Ya hemos referido en el capítulo anterior que el Hombre Verde vivía en una habitación subterránea a la cual llegaba trepando por el tronco hueco de una inmensa y añosa encina.

Tendido sobre su lecho de pieles el Hombre Verde reflexionaba.

—He prometido salvar a Ben Lagos — decía el selvático — y lo haré. Tal vez si buscara a Rubén Snake y le amenazara seriamente... Volveré al bosque — murmuró por fin el Hombre Verde — y trataré de descubrir al individuo que colocó la trampa para cazar ratones. Es posible que vaya por la noche a buscar su cacería furtiva.

RESUMEN.— ¿Quién es el Hombre Verde?, se preguntan los habitantes de Valle-negro y de la hacienda de Simeón Ravelo. Este individuo viste de verde de pie a cabeza y se confunde con el ramaje de los árboles. Es bueno y protege a Benjamín Lagos a quien el guardabosque Rubén Snake acusa de cazador furtivo. Simeón Ravelo ha heredado el bosque y la hacienda de su tío Pedro Flores y es un individuo muy cruel. Ha prometido una recompensa a quien le entregue al Hombre Verde. Rubén Snake encuentra al selvático en el Retén de Policía y le detiene.

El Hombre Verde trepó por la escalera de cordel y salió fuera del tronco deslizándose hasta el sitio donde el día anterior había encontrado a Ben tratando de sacar al conejo de la trampa.

Escabullido entre las breñas, el misterioso solitario de la selva sintió pasos y voces varoniles.

Uno de los que se acercaban era Rubén Snake, el mortal enemigo del Hombre Verde y el otro el segundo guardabosque.

—El Hombre Verde fué a visitar al imbécil de Dumas — dijo Rubén.

—Qué atrevimiento — replicó el otro — ¿y por qué no lo tomó preso el sargento Dumas?

—Se escapó — replicó Snake.

—Yo creo que hacen mal en culpar al nieto de Gertrudis Lagos — insinuó el segundo guardabosque —. Usted sabe, don Rubén, que la trampa fué colocada por Samuel Guzmán.

—No importa — declaró Rubén — yo deseo envolver en este asunto a Ben Lagos, para atraer al Hombre Verde. Ese individuo misterioso me inspira odio y recelo.

Los guardabosques se alejaron y el Hombre Verde pensó que lo importante por el momento era apoderarse de Samuel Guzmán a quien Rubén atribuía la colocación de trampas en el bosque.

Cerca de la madrugada el Hombre Verde divisó a un sujeto que avanzaba cautelosamente llevando una linterna en la mano.

Creyéndose solo el cazador furtivo se acer-

có a la trampa; viéndola vacía iba a retirarse, cuando el Hombre Verde saltó sobre él y le dijo:

—Eras tú el cazador furtivo y dejas que acusen a un niño inocente, miserable.

El sujeto dejó caer la linterna y huyó aterrado.

Fué una loca carrera entre las tinieblas de la noche hasta que el Hombre Verde dió alcance al cazador.

—Levántate Samuel Guzmán, quiero interrogarte — ordenó el Hombre Verde.

—No me llamo así — balbuceó el sujeto.

—¿Dónde está Samuel Guzmán, entonces? — preguntó el Hombre Verde.

En ese instante uno de los guardabosques disparó en la cercanía y el cazador furtivo huyó por un lado, mientras el misterioso enmascarado trepaba rápidamente a un árbol.

Al día siguiente, Benjamín Lagos fué sacado del calabozo y conducido al juzgado por un agente de policía.

El infeliz muchacho había pasado una noche atroz y se creía poco menos que condenado a muerte.

Cuando estuvo ante el juez, sacudió un tanto su temor y respondió con valentía a las preguntas del magistrado.

—Benjamín Lagos — dijole el juez — le acusan a usted de colocar trampas para robar conejos en el bosque del señor Ravelo.

—Soy inocente — respondió Ben.

—Que llamen al sargento Dumas — ordenó el juez.

Convocado el sargento el magistrado le preguntó si él había visto al niño en flagrante delito.

—No, señor juez — replicó el sargento.

—Que llamen a Rubén Snake — ordenó el juez.

El guardabosque entró a la sala llevando aún en su rostro la marca de los golpes que le había dado el Hombre Verde la noche anterior.

—Declare usted los hechos que acusan a este muchacho — dijo el juez al guardabosque.

—Ayer tarde oí gritar a un conejo y me acerqué en el momento que este muchacho le sacaba de una trampa que él había colocado allí.

—¿Cómo sabe usted que él la había colocado allí?

—Porque él mismo me lo confesó y me juró que si lo perdonaba nunca más lo volvería a hacer.

—Mentira — gritó Ben — yo no le dije eso; es un embustero.

—Silencio — ordenó el juez —. Continúe, Snake.

—Yo le remecí fuertemente y entonces él comenzó a llamar al Hombre Verde pidiéndole que le defendiera. Ese facineroso, que



GERTRUDIS LAGOS arrojó un balde con agua sobre Rubén Snake!



tal vez es el instigador de la cacería furtiva, acudió y me golpeó brutalmente. Puede usted ver los moretones que me ha dejado en la cara el cómplice de Lagos.

—Si el Hombre Verde es cómplice de Benjamín Lagos, ¿por qué no le han arrestado? — interrogó el juez.

—Porque nadie sabe quién es ese misterioso individuo — respondió Snake — y debo agregarle que el señor Ravelo tiene gran interés en que le arresten, porque está mandando a todas las aves del bosque.

—Si el señor Ravelo tiene algo que decir, puede presentarse al tribunal — dijo el juez con un acento que expresaba poca simpatía por el nuevo dueño de la hacienda y del bosque.

En seguida, dirigiéndose a Benjamín, el juez le dijo:

—¿Qué tiene usted que decir sobre lo que ha declarado Snake?

—Que todo es verdad, señor juez — repuso el muchacho — menos que yo estuviera robándole el conejito. Yo vi que tenía la pata herida y quise sacarlo de la trampa, pero no para robármelo, sino para dejarle en libertad. Cierta también que llamé al Hombre Verde y que ese señor le dió unos chancacazos macanudos. Pero fué este señor el que atacó primero y el Hombre Verde le sacó la...

Los asistentes que llenaban la sala estallaron en sonoras carcajadas.

—Exolíquese usted correctamente — ordenó el juez tratando de disimular la risa.

—Quiero decir, señor juez, que le dejó K. O.

—Benjamín Lagos dice la verdad; yo le castigué por su brutalidad con un niño — dijo un individuo alto y vestido de verde que se detenía en el fondo de la sala.

—ATAJENLO — gritó enfurecido Simeón Ravelo.

Un estremecimiento de sorpresa y estupor conmovió a los asistentes. El juez fué el primero que recobró la calma.

—¿Quién es usted? — preguntó al Hombre Verde.

—Soy el llamado Hombre Verde y pido permiso al señor juez para declarar como testigo.

—Usted me toma de sorpresa y no es correcto su proceder — replicó el juez — pero como se trata de esclarecer los hechos, le permito que declare.

—Gracias, señor — murmuró el Hombre Verde avanzando hasta el banco de los testigos —. Anoche — comenzó el Hombre Verde — sorprendí la conversación de Snake con otro guardabosque y le oí decir al acusador que él sabía perfectamente que Benjamín Lagos era inocente; pero que quería culparle a fin de atraerme para que yo hiciera su defensa y con este motivo ganaría la recompensa que Ravelo había ofrecido por mi captura. Dijo, además, que el individuo que colocaba trampas en el bosque era un tal Samuel Guzmán.

—Qué canalla — exclamó uno de los asistentes.

—Silencio o hago despejar la sala — ordenó el juez.

De pronto se escuchó un movimiento en el extremo de la sala y el dueño de la hacienda, Simeón Ravelo, avanzó por entre los bancos y dijo al juez.

—Arreste usted a ese individuo.

—Espero que usted tomará en cuenta mi declaración, señor juez — exclamó el Hombre Verde —. He terminado.

Con pasmosa agilidad el hombre misterioso del bosque se aproximó a una ventana, alzó el marco y se escurrió fuera antes que intentaran sujetarle.

DE SANTIAGO



Victor Hidalgo V., que hizo su primera comunión últimamente.

—Atájenle, atájenle — gritaba desesperado Simeón Ravelo.

El Hombre Verde saltó a la calle desde la ventana y divisando el tilburi de Revelo en la puerta del juzgado, trepó a él, fustigó el caballo y partió velozmente en dirección al bosque.

—Cien pesos al que le de alcance — gritaba Ravelo enfurecido.

Algunos aldeanos corrieron tras del carruaje sin darle alcance, y otros fueron en busca de algún medio de locomoción. Pero ya el Hombre Verde se perdía de vista y cuando por fin llegaron, el tilburi estaba vacío y en el asiento había un papel que decía lo siguiente:

—Gracias por el cochecito, señor Ravelo.

El Hombre Verde era siempre muy bien educado.

(Continuará)

SOLUCIONES DE LA SECCION PROBLEMAS DEL N.º 1292

BUEN CHUTE DE GROCK, por Mis. — 1. Jumento; 2. Juzgado; 3. Jacinto.

BOLICHE, por Brizart. — 1. Balazo; 2. Oso; 3. Lima; 4. India; 5. Callao; 6. Huáscar; 7. Europa.

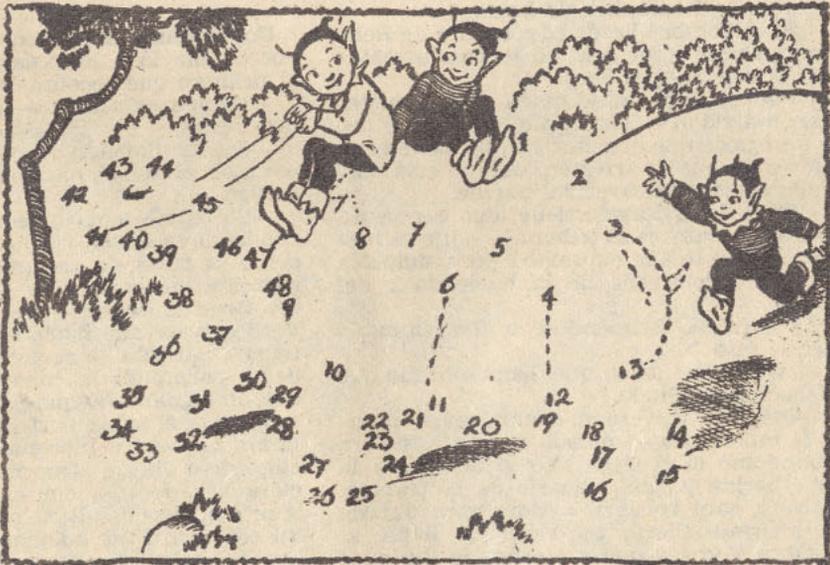
CHARADA ILUSTRADA. — Bocesita.

JEROGLIFICO, por Lino. — Reinado.

ROMPE-CABEZAS

LOS GNOMOS HACEN LA CI-MARRA.

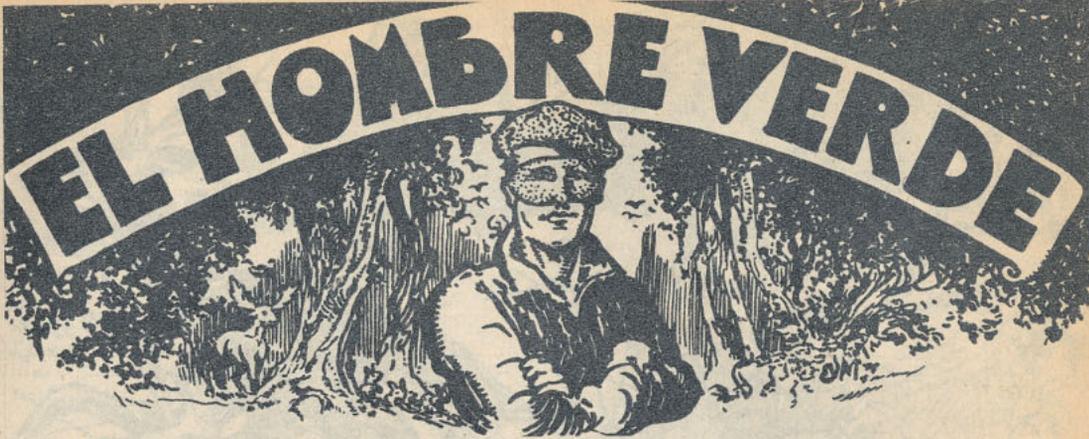
Quando los gnomos cruzaban el bosque para ir al colegio del hada Estia, encontraron algo que los detuvo y se llegaron atrasados. Si quieren saber la causa del entretenimiento, tomen un lápiz y sigan la numeración. Después disculparán a los pequeños gnomos.



LA MANO ROJA

RESUMEN.— Antonio Maceda se encuentra prisionero de La Mano Roja en Yacotomi. La esposa, Eliana, acompañada de sus hijos y de su cuñado Roberto, se encuentra en Norteamérica y trata de libertar al cautivo. Fantina, la hijita menor de los Maceda, ha sido raptada por La Mano Roja y conducida a la fortaleza de Indianópolis. Ahí se reúne con su padre y unidos tratan de escapar. Son recapturados y vueltos a encerrar en la fortaleza. Entretanto, Roberto Maceda, sus sobri-

nos, el negro Fortunato y algunos indios aliados, de la tribu de Bisonte Gris, se encaminan a la fortaleza. El indio Mosqui, escapado de la Ciudad Maldita, informa a los viajeros acerca de las costumbres de los jefes de La Mano Roja. Ellos son crueles y torturan a los esclavos indios que trabajan en las minas. Eliana, desesperada, se aventura sola por los bosques y es recogida por la tribu de Bisonte Gris. Tenko comprende que es la madre de los niños blancos. La tribu la conduce a Indianópolis. Entretanto, Andrés y Miguel han entrado a la fortaleza y son capturados.



CAPITULO III

Cacería humana

EL juez en vista de la inocencia de Benjamín Lagos, decretó su libertad provocando con esta decisión, la furia de Simeón Ravelo y de su guardabosque Rubén Snake.

—Deja tranquilo por uno o dos días al muchacho — ordenó Ravelo al guardabosque—, y después veremos...

—¿Usted cree que el Hombre Verde puede visitar a la vieja Gertrudis, abuela de Ben? — insinuó Snake.

—Exactamente — replicó Ravelo—; es preciso usar de astucia ya que por la fuerza no hemos podido capturar a ese individuo.

—Además—dijo Snake—, el juez está a favor del Hombre Verde. Al salir del Tribunal me dijo que quien debía ir a la cárcel era yo, por haber calumniado a Benjamín Lagos.

—¿Eso dijo el juez?— exclamó furioso Ravelo—; ya verá que mi venganza no es cosa deleznable.

Simeón Ravelo se paseaba con visible impaciencia por la espaciosa sala del castillo. La presencia del Hombre Verde en sus dominios le inquietaba y le infundía temor. ¿Quién era ese misterioso individuo? ¿Por qué había venido a turbar su tranquilidad? Hacía

RESUMEN.— ¿Quién es el Hombre Verde?, se preguntan los habitantes de Valenegro y de la hacienda de Simeón Ravelo? Este individuo viste de verde de pie a cabeza y se confunde con el ramaje de los árboles. Es bueno y protege a Benjamín Lagos a quien el guardabosque Rubén Snake acusa de cazador furtivo. Simeón Ravelo ha heredado el bosque y la hacienda de su tío Pedro Flores y es un individuo muy cruel. Ha prometido una recompensa a quien le entregue al Hombre verde. Rubén Snake, encuentra al selvático en el Retén de Policía y le detiene. Pero en ese momento la abuela de Ben Lagos deja caer un balde con agua sobre la cabeza de Snake y este suelta al Hombre Verde quien huye de nuevo al bosque. Al día siguiente mientras Benjamín es juzgado, el misterioso Hombre Verde entra a la sala y declara a favor del niño. Simeón Ravelo exige que el juez arreste al selvático; este huye en el propio coche del hacendado.

pocos meses que había heredado la fortuna y las tierras de Pedro Flores, muerto de repente sin dejar herederos directos. El único hijo de Flores había desaparecido largos años atrás y algunos decían que había dejado un hijo de corta edad. Pero cuando se anunció la muerte de Pedro Flores nadie reclamó la herencia que fué adjudicada a Simeón Ravelo por ser el pariente más cercano del difunto.

Era culpable de algún crimen Simeón Ravelo o simplemente temía que de un momento a otro apareciera el verdadero heredero de la hacienda y del bosque de Valenegro? Nadie podría asegurarlo; pero resultaba evidente que Ravelo abrigaba un temor y que la presencia del Hombre Verde le mortificaba.

Transcurrieron tres días de completa calma en la aldea de Valenegro.



BENJAMIN LAGOS.



Benjamín iba todos los días a la escuela y regresaba a casa de su abuela a temprana hora.

Pero al cuarto día, Ben Lagos decidió ir al bosque en busca de su amigo, el Hombre Verde, para manifestarle su gratitud.

De pronto sintió el galope de un caballo y al volver la cabeza vió al patrón de la hacienda que venía hacia él.

—¿Eres tú el chico a quien mi guardabosque acusó hace días injustamente?— preguntó Ravelo a Benjamín.

—Sí, señor — respondió Ben.

—A mí me molestó mucho ese asunto— murmuró Ravelo con gran amabilidad—, y le reprendí duramente. Por suerte tuviste un buen defensor... Si yo hubiera sabido que el Hombre Verde asistía al juzgado con el fin de librarte de la cárcel, no habría solicitado tu arresto. Si le ves dile que le felicito.

—No le he vuelto a ver desde ese día — respondió Benjamín...

—Malo, malo — murmuró Ravelo—; tú debes buscarle y darle las gracias. Lo que hizo por ti, fué muy generoso.

—Precisamente por eso venía hoy al bosque — repuso el ingenuo muchacho.

—¿Tú sabes dónde encontrarle? — preguntó hipócritamente Ravelo.

—No, señor — replicó Ben—; pero voy a internarme en el bosque y le llamaré hasta que me responda. Tal vez se oculta en algún árbol de la espesura.

—Buena idea — insinuó Ravelo, acariciando la cabeza de Benjamín—. Adiós, chico; que lo pases bien y si otra vez Snake te molesta ven al castillo a delatármelo. Yo le castigaré.

Benjamín quedó encantado de la manera cómo le había tratado el patrón y en vez de ir al bosque se fué a jugar con los niños de la aldea a quienes refirió su larga conversación con el dueño de la hacienda.

EL HOMBRE VERDE huyó montado sobre el lomo de la cierva.

casas las personas que se aventuraban en la selva.

Una tarde el Hombre Verde daba de comer como de costumbre a las avecillas del bosque cuando escuchó agudos gritos lanzados por una voz infantil.

—No me golpee, don Rubén — suplicaba Benjamín Lagos—. Le acusaré al señor Ravelo. El me dió permiso para andar por el bosque.

—Acúsame al diablo si quieres — replicó Rubén Snake—, yo te haré aprender a insultarme otra vez.

Y de nuevo azotaba al chico con un látigo.

El Hombre Verde avanzó por entre las breñas y ya iba a lanzarse contra el cruel guardabosque, cuando se le ocurrió que sus enemigos le habían preparado una trampa, sirviéndose de Ben Lagos como de cebo para atraerle.

En efecto, apenas apareció el Hombre Verde, se oyó la voz de Simeón Ravelo que ordenaba a sus peones:

—Atájenle. Formen un círculo... Rodéenle.

—Hombre Verde — gritó Benjamín Lagos en medio del tumulto—, tenga cuidado. Han traído un perro de presa. Todos vienen armados.

—Les venceré a todos — alcanzó a gritar el Hombre Verde, huyendo en vertiginosa carrera.

Simeón montado en su alazán llevaba atado a un largo cordel el formidable perro de presa que husmeaba el césped; el guardabosque en unión con los otros servidores rodeaban y formaban un vasto cerco al fugitivo. No eran menos de cien las personas apostadas en el bosque por el hacendado Ravelo.

Viéndose acosado el Hombre Verde lanzó un silbido estridente y gritó:

—Mimosa, aquí, Mimosa.

Se iniciaba un crudo invierno y eran es-

Una linda cierva de torneados cachos surgió de la espesura.

El Hombre Verde saltó sobre su lomo y volviendo la cabeza hacia atrás, gritó a Simeón Ravelo:

—Hasta la vista, caballero.

El alazán no podía correr con la ligereza de la cierva, ni mucho menos hundirse en la espesura, como lo hacía Mimosa; de manera que poco a poco fué ganando delantera el fugitivo.

Los demás perseguidores quedaron atrás; muchos de los ingenuos campesinos se imaginaron que la cierva era una encarnación del demonio o un acto de hechicería.

—También el Hombre Verde — decía un labriego—, me parece un ser extraño.

—Yo no sé por qué lo persigue el patrón — murmuró otro campesino—, nunca

taba sobre la silla de montar y emprendía veloz carrera.

Es de imaginar la furia del hacendado al verse en medio de la selva, en el sitio más apartado de la vía pública, a pie y burlado dos veces por el misterioso individuo cuya existencia tanto le molestaba.

El perro de presa corrió tras el alazán y no paró hasta llegar, siguiéndole el rastro, a las casas de la hacienda.

El Hombre Verde se sirvió del caballo para llegar hasta la encina bajo cuyo tronco tenía su morada, y mientras Ravelo vagaba por el bosque como Pulgarcito perdido, él reposaba tendido sobre su lecho de pieles en el subterráneo secreto.

Llegó la noche y aun Ravelo vagaba sin rumbo y desesperado. De pronto escuchó ruido de pasos y temblando de miedo murmuró:



le hizo mal a nadie; en tanto que él es cruel y avaro...

Entretanto, el fugitivo había llegado a un arroyo y a fin de hacer perder el rastro al perro de presa obligó a Mimosa a correr algunos metros por el agua y luego acariciándole el lomo, le dijo:

—Ve a reunirte con el ganado, Mimosa. La cierva obedeció en el acto.

Simeón Ravelo llegó a la orilla del arroyo y como el perro perdió el rastro, bajó del alazán y fué guiándole por la orilla, tal como había supuesto el Hombre Verde.

—Voy a robarle el caballo — se dijo el astuto habitante del bosque, trepando de un árbol a otro hasta llegar a colocarse sobre la rama que sujetaba las riendas del alazán.

Simeón Ravelo se dió cuenta del audaz suceso sólo cuando el Hombre Verde sal-

EL HOMBRE VERDE saltó sobre el caballo de Ravelo y huyó velozmente...

—Hombre Verde, depongo mi enemistad. Sáqueme por favor de este laberinto.

Las tinieblas de la noche le impidieron ver el rostro de la persona que se aproximaba. Una mano se extendió como para auxiliarle, pero en vez de socorro, Ravelo recibió un golpe de mazo que le dejó aturrido.

Habría transcurrido más de una hora después del cobarde atentado cuando dos guardabosques descubrieron al hacendado tendido al pie de un árbol.

—Mira, Pérez — dijo Reinoso—, el patrón parece mal herido.

Ambos individuos encendieron sus linternas y levantaron la cabeza de Ravelo, en la cual se advertía un feroz golpe.

—Le han robado — exclamó Pérez—. Ha des aparecido el anillo, el reloj y la cartera.

—Carguémoslo hasta las casas — insinuó Reinoso.

Al levantar al herido, Pérez recogió una boina verde idéntica a la que llevaba siempre el Hombre Verde.

—Ha sido el Hombre Verde — dijo Pérez.

—¿Por qué estaba allí la boina? — replicó Reinoso—. No lo creo.

—Ni yo tampoco—murmuró Pérez—, porque ese misterioso individuo no parece cruel, ni malo como éste.

Desde la espesura el Hombre Verde había espiado la conversación de los guardabosques.

—Alguien ha herido a Ravelo para robarle y ha dejado allí una boina verde para que se me culpe de ese delito. Comprendo la idea... Acusado de un crimen, la policía tendrá derecho a perseguirme en el bosque o dondequiera que vaya... ¿Por qué me tienen miedo cuando ignoran quién soy yo? Ravelo no puede gozar de una fortuna mal adquirida porque su conciencia está intranquila. Pero ¿quién es el que ahora le ha herido? Muchos y grandes son los secretos que debo descubrir.

Entretanto, los guardabosques habían llegado a la aldea con el herido y éste al



RUBEN SNAKE.

volver en sí, declaró ante el Juez que su atacante había sido el Hombre Verde.

—Sé que fué otra persona — pensaba en su interior Ravelo—, pero me conviene que persigan a ese hombre misterioso que me inquieta como una sombra fatídica.

Desde esa misma noche la policía inició una persecución sostenida en contra del Hombre Verde, declarado culpable de robo e intento de asesinato. A toda hora patrullas de soldados recorrían la selva.

Trancurrieron varias semanas y no se volvió a saber del Hombre Verde.

—Habrá huido a otra comarca — dijeron las gentes.

Un día, Simeón Ravelo, llamó al oficial encargado de la pesquisa y después de obsequiarle con vinos y manjares le dijo:

—Creo que es inútil que ustedes continúen resguardando mis bosques en busca del Hombre Verde, quien ha huido definitivamente de esta región. Además, el invierno está muy crudo; la nieve cubre ya todos los caminos del bosque. Desisto de mi querrela y les agradezco su actuación.

¿Qué tramaba el pérfido Ravelo para agasajar así a los miembros de la Policía y pedirles que se alejaran del bosque?

(Continuará.)

R O M P E C A B E Z A S

¿QUE BUSCAN
LOS SCOUTS?

Rosita y Jaime, valientes exploradores, han perdido su perro. Esa es la causa de su ansiedad. Sin embargo, «Rover» no anda lejos, como ustedes podrán comprobarlo buscando en el cuadro. Persegue a un conejo y a una ardilla. ¿Los ven?





CAPITULO IV

El niño perdido en el bosque

TRANSCURRIO un mes y los habitantes de Vallenegro habían olvidado casi enteramente el misterioso habitante de la selva.

El hacendado Simeón Ravelo también creía que su odiado enemigo había desaparecido para siempre de la comarca y esta idea le tranquilizaba.

Sin embargo, el Hombre Verde continuaba viviendo en el bosque; cada mañana salía del subterráneo, trepaba por la escalera de cordel sujeta al tronco de la vieja encina, llenaba su jarra con agua de la vertiente, daba de comer a los pájaros y volvía a su caverna, donde, como hemos dicho, tenía su dormitorio y su cocina.

El invierno era crudísimo ese año. Una sábana de nieve cubría los senderos del bosque y escarchaba los arbustos.

Una noche de temporal, el Hombre Verde salió con su linterna al bosque y llamó su atención una huella reciente dejada en la blancura nevada.

—¿Quién puede transitar por la espesura en una noche tan fría? — se dijo el misterioso individuo.

Siguiendo el rastro llegó a los pies de un roble y grande fué su estupor al ver casi enteramente cubierto por la nieve a un chiquitín de cortos años.

—El Niño Perdido en el Bosque — murmuró el Hombre Verde — parece un cuento de hadas, o mejor dicho, una terrible tragedia. Manos criminales han traído aquí a este pobrecillo.

El joven alzó al tierno bebé, que estaba yerto de frío, y apretándolo a su cuerpo, comenzó a frotarle los brazos y las piernas, hasta que el chico abrió los ojos y se

RESUMEN.—¿Quién es el Hombre Verde?, se preguntan los habitantes de Vallenegro y de la hacienda de Simeón Ravelo. Este individuo viste de verde de vie a cabeza y se confunde con el ramaje de los árboles. Es bueno y protege a Benjamín Lagos a quien el guardabosque Rubén Snake acusa de cazador furtivo. Simeón Ravelo ha heredado el bosque y la hacienda de su tío Pedro Flores y es un individuo muy cruel. Ha prometido una recompensa a quien le entregue al Hombre Verde. Rubén Snake, encuentra al selvático en el Retén de Policía y le detiene. Pero en ese momento la abuela de Ben Lagos deja caer un balde con agua sobre la cabeza de Snake y éste suelta al Hombre Verde, quien huye de nuevo al bosque. Al día siguiente, mientras Benjamín es juzgado, el misterioso Hombre Verde entra a la sala y declara a favor del niño. Simeón Ravelo exige que el juez arreste al selvático; éste huye en el propio coche del hacendado. Después de algunos días, Ravelo organiza una cacería con perros de presa para capturar al Hombre Verde. Este huye sobre el lomo de la cierva Mimosa y en seguida se apodera del caballo de Ravelo a fin de llegar hasta su selvática vivienda. Entre tanto, Ravelo es atacado y robado por un desconocido y en su furia, el hacendado acusa criminalmente al Hombre Verde.

reclinó sobre el tibio pecho de su salvador.

—Por fortuna he llegado a tiempo — dijo el Hombre Verde —. ¿Cómo te llamas, niñito?

—Billy — respondió el chico, que parecía tener a lo más tres años.

—Bueno, Billy — exclamó el Hombre Verde — no puedo dejarte en la nieve. Vamos a casa de la abuelita Gertrudis. Allí dormirás en una cama caliente y...

Una maldición se escapó de los labios del selvático.

¿Quién pudo efectuar un crimen tan horrendo? ¿Era posible ser tan malvado y tan inhumano con una criatura inocente?

El Hombre Verde envió a Billy en su gruesa capa y partió en dirección a la casa de Gertrudis Lagos.

Salió a abrir la puerta Benjamín y al ver a su amigo gritó:

—Abuelita... El hom...

—Cállate, Ben, y déjame entrar — murmuró en voz baja el Hombre Verde.

Sin aguardar la llegada de Gertrudis, el selvático se aproximó a la chimenea y acercó a ella al tierno chiquitín.

—Un niño — exclamó la anciana al ver



a Billy — ¿de dónde ha sacado esa criatura?

—No la he robado, mi buena Gertrudis — respondió el Hombre Verde.

—¿Es verdad? — interrogó estupefacta la anciana.

—Lo juro — declaró el selvático —. Encontré a este chico yerto de frío en medio del bosque y lo he traído aquí. Prepare un baño caliente y envuélvalo en frazadas.

Gertrudis cogió al bebé y le contempló extasiada. Era lindo y rubito; sus ojos azules le sonreían.

La hermana de Benjamín llegó en ese momento de casa del hacendado, donde servía de camarera, y al informarse de los sucesos se mostró cavilosa.

—Aquí hay un misterio horrible — dijo Edith — hace dos noches oí el llanto de una criatura en una pieza que siempre permanece cerrada en el último piso del castillo y anoche hubo mucho movimiento en la torre.

—¿Usted cree que han sacado de casa de

EL HOMBRE VERDE descubrió a un niño casi sepultado bajo la nieve.

Ravelo a este niño? — interrogó el Hombre Verde.

—Todo me lo hace suponer — replicó Edith — y ahora caigo en cuenta que el patrón nos dió permiso a todos para salir esta noche. Yo vengo de casa de mi novio Juan, que también sirve en el castillo.

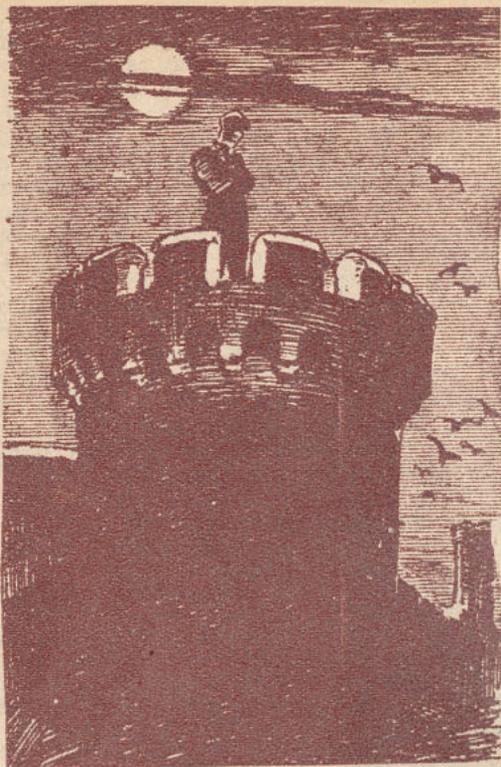
Mientras hablaban, Gertrudis había preparado un baño caliente y Billy gorjeaba feliz, como si nada le hubiera sucedido.

Fué inútil interrogarle. El chico sólo sabía decir que se llamaba Billy y pedir que le dieran papa...

La hermana de Ben, acostó a la criatura en el lecho de su abuela y en seguida invitó al Hombre Verde a tomar una taza de té. Mientras conversaban, pasó por frente a la puerta de calle el sargento Dumas y tal vez llamó su atención el ruido de conversaciones a una hora inusitada.

Aproximándose a la ventana trató de ver





CRUZADO DE BRAZOS el Hombre Verde parecía un dios vengador.

lo que pasaba dentro; por el postigo entreabierto divisó al Hombre Verde.

—En el acto golpeó y antes que Benjamin se diera cuenta de quién era el visitante; Dumas dió un paso dentro del vestíbulo. Con gran rapidez, Edith salió al encuentro del sargento y encarándose con él, le dijo: —¿Con qué motivo entra usted a nuestra casa sin ser invitado?

—Pasaba a verles — respondió Dumas—. Creí que...

—Nada tiene usted que creer, insolente — intervino Gertrudis — ¿se imagina que porque pertenece a la Policía puede introducirse en casa de personas honradas?

El Hombre Verde se había ocultado tras de una cortina, dispuesto a saltar por el muro del jardín en caso que el sargento insistiera en su persecución.

El sargento Dumas se vió obligado a salir; pero resolvió aguardar fuera al Hombre Verde y capturarle a la salida.

—Me voy para no importunarles más — dijo el selvático a Gertrudis —. Le ruego que guarde el más estricto secreto sobre Billy y que no le deje salir de su habitación mientras yo aclare el misterio.

El selvático saltó por el muro interior de la casa y así burló la vigilancia del sargento Dumas.

En vez de dirigirse al bosque, el Hombre Verde caminó en derechura al castillo de Simeón Ravelo y allí estuvo observando largo rato.

Pero como viera que todas las luces estaban apagadas, volvió a su caverna, decidido a descubrir el siniestro misterio del niño perdido en el bosque.

Al día siguiente, Ben Lagos visitó al selvático y le comunicó que el chico tosía mucho, por lo cual su abuela le había dejado en cama.

—El señor Ravelo da esta noche una gran fiesta — agregó Ben — y dice mi hermana que todos los invitados irán con trajes de fantasía y antifaces.

—¿Querrán que les preste el mío? — exclamó riendo el selvático.

—Buen susto se llevaría el patrón — murmuró Ben despidiéndose de su misterioso amigo. El castillo de Ravelo reverberaba de luces. Grandes orquestas amenizaban el baile y nadie parecía más feliz que el dueño de casa. De pronto se abrió paso entre los concurrentes al baile un individuo alto, delgado, todo vestido de verde y con antifaz del mismo color.

Ravelo retrocedió espantado, como si estuviera en presencia de un fantasma.



LOS ASISTENTES AL BAILE divisaron al Hombre Verde en la torre maldita...

—Ignoro quien es usted, amigo — dijo en seguida, dominando su emoción — pero ha caracterizado admirablemente el disfraz del Hombre Verde.

El aludido lanzó una alegre carcajada que no tuvo eco en el alma cobarde de Ravelo.

—A las doce todos sus invitados se sacarán los antifaces — dijo el Hombre Verde — y entonces sabrá usted quién soy. Tal vez fué una imprudencia mía adoptar este disfraz, pero lo encontré original. Además, entiendo qué el Hombre Verde ha desaparecido de esta región desde que tiene encima una acusación criminal ¿Está usted seguro de que fué ese misterioso personaje quien le atacó y robó en el bosque?

—Seguro no — replicó intranquilo Ravelo — pero se encontró cerca de mí su boina verde.

—Me parece raro que un individuo tan astuto como el Hombre Verde haya dejado una prueba tan estúpida de su atentado. Yo tengo mis dudas sobre su culpabilidad y creo que el sujeto que dejó allí la boina es el atacante.

—No me agrada la defensa que usted hace del Hombre Verde — exclamó fastidiado Ravelo —. Espero que a las doce se presente usted ante mí sin careta.

En ese instante un servidor anunció a Ravelo que le llamaban por teléfono de la Comisaría de Vallenegro.

—Debo comunicarle, señor — dijo la voz telefónica — que el sargento Dumas vió anoche al Hombre Verde en casa de Gertrudis Lagos y que hace un instante otro policial divisó al susodicho individuo camino del castillo.

—¡Santo Dios! — exclamó Ravelo — el miserable ha tenido la audacia de venir hasta mi casa. Señor inspector, venga en el acto con una patrulla de carabineros. El Hombre Verde está aquí.

—Vamos en seguida — replicó la voz —. Entretanto, cierre usted las puertas y no deje salir a ninguno de sus huéspedes.

Simeón Ravelo volvió a la sala de baile; pero le fué imposible encontrar allí, ni en las otras habitaciones destinadas a sus invitados, al individuo misterioso.

El Hombre Verde, al escuchar que llamaban a Ravelo de la Comisaría, trepó por una escalera y de allí se escurrió a las habitaciones interiores. Se diría que el selvático conocía perfectamente la casa, pues no vacilaban sus pasos.

Por fin llegó a un pasillo estrecho, abrió una puerta pequeña y con rapidez trepó por la escalerilla de caracol que conducía a la vieja torre del castillo.

Esa torre, conocida con el nombre de *Torre Maldita*, no era frecuentada por los habitantes del castillo, porque se creía que allí vagaba un fantasma vengador. Sin embargo, llamó la atención del Hombre Verde la facilidad con que se abría la puerta, que parecía recién aceiteada.

Otra escalerilla más angosta aun, daba acceso a una habitación circular. El Hombre Verde encendió su linterna y examinó la vieja estancia. En un rincón divisó un colchón, varias frazadas, restos de pan, colillas de cigarros y algunas revistas.

Era evidente que alguna persona había vivido recientemente en esa habitación.

El selvático recordó que Edith le había dicho que la noche antes sintió movimiento en la torre y llantos de niño.

Indicios eran estos que hacían suponer que el chico estuvo algunos días en la torre antes que le llevaran al bosque con el criminal intento de dejarle morir allí de frío.

El Hombre Verde registró los objetos, pero no halló nada que le hiciera suponer que el chico había estado allí.

—Lo esencial — se dijo el selvático — es descubrir quién ha dormido aquí en estos días.

El Hombre Verde se detuvo un instante para escuchar un tumulto que se avecinaba.

Simeón Ravelo se había dado cuenta de que el selvático trepaba a la torre y acompañado de dos carabineros subía precipitadamente la escalera. En el acto el Hombre

Verde cerró la puerta de acceso a la Torre maldita y buscó una salida por la alta almena.

Allí se encontró aislado y sin poder saltar, pues el torreón estaba completamente separado del resto del castillo.

Los asistentes al baile de fantasía salieron al parque y desde allí divisaron al enmascarado, con los brazos cruzados sobre el pecho, como una estatua del dios vengador.

—Baje usted — le gritó el inspector de policía — de allí no puede escapar.

El Hombre Verde lanzó una fuerte carcajada y desapareció tras de las almenas de la Torre Maldita.



SIMEÓN RAVELO.



CAPITULO V

El Hombre Verde, prisionero

AL advertir que el Hombre Verde desaparecía del parapeto, Ravelo, los policiales y los concurrentes al baile treparon por las escaleras que daban acceso a la Torre Maldita.

—Aun está allí, — dijo Ravelo examinando la puerta de hierro.

—Sin duda — dijo un inspector, — pues no ha cerrado el picaporte.

Los perseguidores del Hombre Verde avanzaron hacia la escalinata de piedra, y de pronto retrocedieron despayoridos.

Un guerrero se alzaba ante ellos, con su coraza de hierro irradiando luz infernal.

—El fantasma de la Torre maldita, — gritaron varias voces.

—Huyamos, — exclamó el cobarde Ravelo poseído de terrible pánico.

Los disfrazados se aglomeraban en las escaleras y rodaban de alto abajo. Uno de los más accidentados resultó el dueño de casa.

El primero que recobró la calma fué el sargento inspector.

—¿Sería en realidad un fantasma? — dijo a Ravelo.

—Subamos, — respondió el hacendado; —yo sé que en este viejo castillo hay fantasmas. Pero mejor es cerciorarse.

El guerrero permanecía inmóvil en el último tramo de la escalera irradiando siempre la infernal luz.

—A mí con fantasmas, — exclamó el sargento y lanzó su carabina sobre el casco del guerrero.

La armadura cayó al suelo; pero la luz continuaba brillando dentro de ella.

RESUMEN. — ¿Quién es el Hombre Verde?, se preguntan los habitantes de Vallenegro y de la hacienda de Simeón Ravelo. Este individuo viste de verde de pies a cabeza y se confunde con el ramaje de los árboles. Es bueno y protege a Benjamín Lagos, a quien el guardabosque Rubén Snake acusa de cazador furtivo. Simeón Ravelo ha heredado el bosque y la hacienda de su tío Pedro Flores y es un individuo muy cruel. Ha prometido una recompensa a quien le entregue al Hombre Verde. Rubén Snake, encuentra al selvático en el Retén de Policía y le detiene. Pero en ese momento la abuela de Ben Lagos deja caer un balde con agua sobre la cabeza de Snake y éste suelta al Hombre Verde, quien huye de nuevo al bosque. Al día siguiente, mientras Benjamín es juzgado, el misterioso Hombre Verde entra a la sala y declara a favor del niño. Simeón Ravelo exige que el juez arreste al selvático; éste huye en el propio coche del hacendado. Después de algunos días, Ravelo organiza una cacería con perros de presa para capturar al Hombre Verde. Este huye sobre el lomo de la cierva Mimosa y en seguida se apodera del caballo de Ravelo a fin de llegar hasta su selvática vivienda. Entretanto, Ravelo es atacado y robado por un desconocido y en su furia, el hacendado acusa criminalmente al Hombre Verde. El misterioso habitante del bosque encuentra a un chico de tres años abandonado en la selva; le lleva a casa de Gertrudis Lagos. Sospechando que el criminal es Simeón Ravelo, el Hombre Verde se presenta al castillo y el hacendado cree que es uno de sus invitados al baile de fantasía. Llega la policía y persigue al Hombre Verde refugiado en la Torre Maldita.

El sargento examinó las piezas y descubrió una linterna eléctrica oculta en el interior de la coraza.

—Una farsa del Hombre Verde que nos ha engañado a todos, — dijo Ravelo cobrando valentía. — Corramos tras del fugitivo. No puede estar muy lejos del castillo.

El sargento trepó a la torre y su furia fué inmensa al descubrir un cordel atado al borde de la alta chimenea.

—El Hombre Verde se ha descolgado al piso bajo por esta chimenea — exclamó el sargento inspector. — Pero todavía es tiempo de cogerle.

Los seis policiales recorrieron todo el castillo y el parque sin descubrir al fugitivo.

Entretanto el Hombre Verde aprovechando el momento de ofuscamiento producido por el fantasma, se había escurrido fuera del castillo y, mientras le buscaban ya había llegado a su morada subterránea y descansaba sobre su lecho de pieles, celebran-



UN GUERRERO se alzaba ante ellos irradiando luz.

do el susto que había dado a los invitados al baile de fantasía y a su cobarde huésped.

—No he descubierto gran cosa, — decía el selvático; — sin embargo, tengo la evidencia de que el niño perdido en el bosque es una víctima de Ravelo, y que ese bandido le tenía oculto en la torre antes de dejarle abandonado en la selva.

Transcurrieron dos días, oscuros y lluviosos. El misterioso habitante del bosque, consideró prudente no salir de su vivienda subterránea. Pero al atardecer del tercer día, careciendo de agua se aventuró a salir y guió sus pasos hacia el sitio donde había encontrado, tres noches antes, al pequeño Billy.

Cerca de aquel sitio divisó una silueta que parecía escarbar la tierra.

—No está aquí, — decía una voz, que al punto reconoció el Hombre Verde.

El guardabosque Rubén Snake, continuaba escarbando la tierra.

—No cabe equivocación, — murmuraba el cómplice de Ravelo, — fué aquí donde le

dejé. Allí está la marca que hice en el tronco del árbol.

Silencioso como una sombra, el Hombre Verde avanzó hasta colocarse frente al guardabosque.

—¿Ha perdido Ud. algo? — indagó el selvático.

Ni un rayo que cayera a sus pies habría ocasionado mayor espanto a Rubén Snake. Trabajo le costó dominar su emoción y al fin, balbuceó tartamudeando:

—¿Qué quiere insinuar? Yo no he perdido, ni busco nada aquí.

—Talvez yo podría ayudarle, si Ud. ha olvidado lo que busca, — declaró el Hombre Verde avanzando hacia el guardabosque.

Rubén Snake, creyendo que el misterioso habitante del bosque iba a agredirle, dió un paso atrás y su pié se enredó en una liana. Rápidamente volvió a ponerse de pie y su semblante demostró una expresión de miedo, mezclada con un furor incontenible.

—No sé a qué se refiere Ud., — dijo por fin, el guardabosque.

—Se lo explicaré, — respondió el Hombre Verde; — hace cuatro noches alguien encontró a un chico de tres años, que manos criminales abandonaron aquí para que mu-



riera de frío. ¿Ha venido Ud. a cerciorarse de que el siniestro crimen se ha efectuado?

—¿Está loco Ud.? — murmuró Snake. — ¿De qué niño habla?

—Del que tú dejaste aquí abandonado, miserable, — gritó el Hombre Verde. — Antes de alejarte de aquí tienes que confesar quién es el chico y qué motivos te indujeron al crimen. Si no lo declaras te azotaré hasta que pidas misericordia.

Rubén Snake comprendió que el Hombre Verde haría lo que se proponía, y antes que el selvático se pusiera en guardia saltó sobre él y se trabó entre ambos una lucha cuerpo a cuerpo.

Fué un combate de demonios. El guardabosque golpeaba con toda su fuerza, dispuesto a matar a su enemigo. De pronto el Hombre Verde resbaló en la nieve y Snake le dió un golpe en la sien que le dejó aturdido.

El guardabosque se levantó tambaleándose y gritó tres veces:

—Aquí, auxilio.

EL HOMBRE VERDE

En el acto se escuchó rumor de pasos en la espesura y el Hombre Verde, consciente ya, se alzó de nuevo, dispuesto a defenderse.

Su debilidad era extrema, pero pudo dar otro golpe a Snake; esta vez el guardabosque cayó de espaldas y sin conocimiento.

El selvático oyó la voz de Ravelo que trataba de levantar a Snake.

—¿Dónde está el bandido, Rubén? — interrogaba el hacendado a su cómplice.

Entretanto el Hombre Verde deslizándose por entre los árboles dió dos silbidos estridentes y gritó:

—Mimosa, a mí, Mimosa.

La cierva corrió al punto cerca de su amo y éste, saltando sobre su lomo, se perdió en la obscuridad.

—¿Por qué le dejaste huir? — preguntó Ravelo a Snake.

—Me lo pregunta, — exclamó furioso Rubén, — y Ud. que venía armado no pudo sujetarle. ¿Tanto miedo le tiene?

—Qué manera de contestar a tu patrón, — rugió Ravelo.

—Aquí no hay patronos ni siervos, — dijo con insolencia Rubén, — ambos estamos en peligro de ser llevados a la cárcel. El Hombre Verde conoce la historia del niño... Me amenazó con azotarme para que le dijera quién era esa criatura. Alguien se llevó de aquí a ese...

—Chit, no pronuncies su nombre, — balbuceó temblando, Ravelo. — ¿Y sabes tú dónde está la criatura?

—Tal vez ese hombre le ocultó en el bosque, insinuó Rubén.

—Hay demasiados secretos en este bosque, — dijo Ravelo; — tengo intención de acabar con esta selva maldita. Escucha, Rubén, si descubres la guarida del Hombre Verde te regalaré cinco mil pesos.

—Parece que no se va a poder, — dijo la voz del Hombre Verde, desde muy cerca.

Ravelo y Snake miraron hacia el punto donde salía la misteriosa voz; pero aunque registraron por todos lados no pudieron descubrir al selvático.

—Ya conoce nuestros secretos, — exclamó

mó Ravelo desesperado, — y ahora más que nunca es preciso que demos muerte a ese individuo.

El Hombre Verde se hallaba oculto en la copa de un árbol y desde allí escuchó la conversación de los facinerosos.

—Es preciso que oculte al niño en un sitio seguro, — se dijo el Hombre Verde, — ahora que saben que Billy vive, querrán apoderarse de él. Es evidente que Ravelo, instigador del crimen, tiene interés en que nadie sepa quién es esa criatura. Pero lo averiguaré.

El Hombre Verde aguardó que se alejaran hacia el castillo sus enemigos y en seguida tomó el camino de la aldea.

Allí le aguardaba una desagradable sorpresa.

El sargento Dumas rondaba la casa de Gertrudis Lagos. Varias veces había interrogado a Benjamín y a su abuela sobre el niño que tenían en su casa, a lo cual siempre respondió Gertrudis con evasivas.

—Es curioso que todo lo tenga que averiguar Ud. so intruso, — dijo un día Gertrudis, — ¿por qué no va de casa en casa preguntando quién vive en ellas, qué comen, etc.?

Esa noche el rondador se detuvo frente a la puerta, cerca

de media hora y por fin, se alejó sin divisar al misterioso habitante del bosque, que aguardaba escabullido en la sombra.

Benjamín acudió al llamado de su gran amigo y le hizo entrar a la cocina.

—Dichosos los ojos que merecen verle, — exclamó Gertrudis abrazando al Hombre Verde, — yo creí que ya se había olvidado de nosotros.

—No, mi buena Gertrudis, — respondió el selvático, — no me he olvidado; pero temo comprometerlos. Por ahí anda rondando el sargento Dumas. ¿Y el niño cómo está?

—Venga a verlo, — dijo la abuela de Ben, — está durmiendo. Qué chico más lindo e inteligente. Y pensar que tiene padres que tal vez lloran por él.

—Pronto serán castigados los que quisieron matarle, — respondió el Hombre Verde,



—NO ME HE OLVIDADO DE UDS.— dijo el Hombre Verde a Gertrudis Lagos.

acariciando la mejilla del niño dormido.

Gertrudis había tomado tanto cariño a Billy, que el Hombre Verde no se atrevió a decirle que el objeto de su visita era llevarse al chico para evitar que sus enemigos le descubrieran.

—Buscaré un medio de que partan todos juntos a otra comarca, — pensó el selvático.

Pronto se despidió de sus amigos, regresando sin novedad a su vivienda subterránea.

Rubén Snake entretanto no pensó en descansar ni en curar los moretones de su lucha con el Hombre Verde. Había algo que le interesaba más que su propia salud. Ravelo le había prometido cinco mil pesos si descubría el paradero de Billy y para saberlo necesitaba apoderarse del Hombre Verde.

Antes del alba ya el cómplice de Ravelo había preparado su plan y escabullido en los matorrales aguardaba su realización.

atenaceaban las carnes de su víctima y ató con fuertes cordeles al misterioso selvático.

Cuando éste volvió en sí se encontró amarrado a un árbol.

—Bandido, infame, — vociferó el Hombre Verde al recobrar el sentido.

—No hay para qué insultar, — repuso con toda calma Snake. — Le propongo un arreglo. Si Ud. me dice dónde se encuentra el niño yo le dejaré en libertad. Si no me lo dice lo entregaré a la policía.

Antes que el Hombre Verde diera una respuesta a la proposición de Snake, se escuchó un rumor en la espesura y por un claro apareció balando la cierva Mimosa.

Se advertía su deseo de librar a su gran amigo.

—Ahora ya no podrá ayudarle esa endemoniada cierva, — dijo Snake, alzando el arma para disparar contra el lindo animal.

—Huye, Mimosa, a casa, Mimosa, — gritó el Hombre Verde, luchando por desprender-



Como todas las mañanas, el selvático acudió a un claro del bosque y allí dió de comer a las avecitas y a su cierva regalona.

Mimosa movía intranquila su cola y parecía demostrar inquietud.

—Si supieras hablar, — díjole el selvático acariciándola, — comprendo que algo grave tendrías que decirme.

Mimosa continuaba inquieta y dando muestras de temor.

De pronto el Hombre Verde sintió que sus pies se hundían en la tierra y uno de sus tobillos quedó preso en una trampa de hierro.

Al punto salió de los matorrales Rubén Snake y mofándose del martirio que sufría el Hombre Verde le dijo:

—Qué pronto volvemos a encontrarnos, jovencito.

—Quiteme este tormento, — exclamó el Hombre Verde.

Por toda respuesta, Rubén Snake descargó la cacha de la carabina sobre el Hombre Verde y le dejó sin sentido.

En seguida soltó los garfios de fierro que

RUBEN alzó la carabina para disparar contra la cierva.

se de las ligaduras que le ataban al árbol.

En la imposibilidad de desatarse, el selvático hundió sus pies en la tierra y en seguida con toda su fuerza lanzó un montón de pedruscos contra el guardabosque y logró desviar la dirección de la carabina.

Mimosa huyó rápidamente y el guardabosque se volvió furibundo contra el prisionero.

—¿Ha reflexionado sobre mi proposición? — preguntó al Hombre Verde. — O me dice dónde se halla el niño o le entrego a la policía.

—Iremos todos a la Policía, — replicó el Hombre Verde, — y allí tú y tu cobarde patrón declararán ante el juez quién es el niño que abandonaron en el bosque.

Rubén Snake, recogió su carabina y se alejó; pero como lo suponía el selvático, no dirigió sus pasos hacia el juzgado, sino al castillo de Simeón Ravelo.

(Continuará).



CAPITULO VI

Simeón Ravelo amenaza a Ben Lagos

EL HOMBRE VERDE se desesperaba luchando por desatarse de las ligaduras que le tenían sujeto al árbol.

Si pedía auxilio acudirían los guardabosques, y su situación no mejoraría. Ruben Snake había partido en busca de Simeón Ravelo y mientras tanto él debía permanecer allí prisionero.

De pronto unos ojitos brillantes y picarescos brillaron entre la espesura. Benjamín avanzaba con un cuchillo en la mano.

—Ben, hijo mío — murmuró el Hombre Verde —, has llegado como bajado del cielo.

—Señor, Hombre Verde — respondió el niño —, yo ví cuando don Rubén le amarró al árbol y fui a casa en busca de un cuchillo.

En pocos instantes, el prisionero quedó libre.

—Mi abuelita me mandó en busca suya, señor — continuó diciendo Benjamín — porque teme que le roben a Billy. Don Rubén anduvo esta mañana rondando la casa.

—Díle a Gertrudis que no deje salir a Billy — respondió el Hombre Verde—. Yo lo mandaré lejos de aquí. Y ahora, aléjate, niño, porque en cualquier momento puede aparecer Snake.

El Hombre Verde se dirigía a su vivienda subterránea, cuando advirtió manchas de sangre sobre el césped.

—El bandido ha herido a mi pobre Mimosa — se dijo el selvático.

Por espacio de una milla fué siguiendo el rastro de sangre hasta llegar a un árbol cercano a la encina que daba acceso a su morada subterránea.

La cierva herida se encontraba tendida sobre el pasto al parecer agonizante.

RESUMEN.— *¿Quién es el HOMBRE VERDE? Nadie lo sabe en la aldea de Valenegro; pero el dueño del bosque y del castillo, Simeón Ravelo, se siente muy inquieto con la presencia del misterioso habitante de la selva. Rubén Snake y Ravelo persiguen al Hombre Verde, en tanto que Gertrudis Lagos y su nieto Benjamín le tienen gran cariño. Una noche El Hombre Verde encuentra en el bosque a un chico de tres años a quien manos criminales dejaron abandonado para que muriera de frío. El Hombre Verde le lleva a casa de Gertrudis Lagos y sospechando que es Ravelo el criminal se introduce al castillo de ese individuo en una noche que Ravelo ofrece un baile de fantasía. Allí el misterioso habitante de la selva se convence de que el niño abandonado estuvo oculto en la Torre Maldita del castillo. En varias ocasiones, el Hombre Verde burla a la policía y a sus enemigos ocultándose en un subterráneo al cual se introduce por el tronco hueco de una encina. Una tarde Rubén Snake aprisiona al Hombre Verde y le deja atado a un árbol.*

Después de acariciarla, el Hombre Verde trepó a la vieja encina y bajó por la escalera de cordel a su vivienda, volviendo en seguida con vendas y medicamentos para curar a Mimosa.

La cierva se dejaba curar mansamente por los delicados dedos de su gran amigo. En seguida el Hombre Verde, formó con ramas una pequeña choza y cubrió a la herida cierva con una vieja manta.

En seguida volvió sobre sus pasos y fué borrando toda huella a fin de que sus perseguidores no pudieran descubrirle.

Entretanto Rubén Snake había llegado al castillo de Simeón Ravelo y le daba parte de la captura del misterioso habitante del bosque.

—¿Supongo que no habrás dado parte a la policía? — dijo Ravelo al guardabosque.

—Por cierto que no — repuso Snake —; sería una locura.

—Bien, vamos al bosque — ordenó Ravelo.

Al llegar al árbol donde había quedado

prisionero el Hombre Verde, Snake lanzó una maldición.

—Se ha fugado — murmuró el guardabosque—. Aquí veo los cordeles cortados. Alguien le ayudó a desatarse.

—¿Quién ha podido hacerlo? — interrogó furioso Ravelo—. ¿El Hombre Verde tiene amigos en la aldea?

—Aquí hay huellas de un pie de niño—dijo Rubén, después de inspeccionar la tierra mojada—. Seguramente ha sido el nieto de Gertrudis Lagos.

—Sin duda — asintió Ravelo—. Yo iré a casa de esa mujer y los amenazaré con enviarlos a la cárcel.

Simeón Ravelo montó a caballo y momentos después golpeaba a la puerta de Gertrudis Lagos.

—Necesito hablar dos palabras con tu abuela y contigo — dijo el hacendado—. He sabido que su nieto, señora Gertrudis, tiene amistad con el Hombre Verde y si yo descubro que ustedes le amparan los haré podrirse en la cárcel. No necesito decirles que ese individuo es un criminal, que hace tiempo pretendió asesinarme y me robó todos los objetos de valor que llevaba encima.

—Sabemos que le han acusado de robo — respondió la valiente anciana —, pero lo creemos inocente, señor. ¿Qué pruebas existen contra él? ¿Quién le vió? Sus enemigos dejaron allí una boina verde para que le culparan. No crea, señor Ravelo, que Ud. me atemoriza moviendo el látigo como si fuera a descargarlo contra nosotros. Ya se acabaron los tiempos de los esclavos...

—Insolente — vociferó Ravelo furibundo—. ¿Sabes con quién tratas vieja atrevida?

—Lo sé — respondió Gertrudis —, Ud. es el heredero de don Pedro Flores, pero no se parece a ese caballero tan bueno y a quien todo el pueblo de Vallenegro amaba y respetaba.

Simeón Ravelo hubiera querido dar rienda suelta a su furia; pero algunos aldeanos comenzaban a agruparse y voces hostiles contra el hacendado se alzaban por todas partes.

—Veo que es imposible conversar razonablemente con Ud., mi buena mujer — balbuceó Ravelo fastidiado.

—Me llamo Gertrudis Lagos y no buena mujer — respondió más y más envalentada la anciana—. Prefiero que cortemos esta conversación de una vez por todas.

En ese instante se escuchó la voz de un niño pequeño que gritaba desde una habitación interior:

—Mamita... mamita...

—¿Quién llama? — interrogó Ravelo.

—¿Y a Ud. qué le importa? — respondió Gertrudis cerrando la puerta de calle con tal fuerza que el golpe debió repercutir en toda la aldea.

Una vez sola y tras de la puerta, Gertrudis tuvo un desfallecimiento y apretó ambas manos contra su corazón.

—¿Qué le sucede abuelita? — preguntó inquieto Benjamín.

—Creí que ese malvado hombre iba a descubrir a Billy — murmuró Gertrudis.

—Venga a sentarse abuelita y le daré una taza de té — murmuró afligido el chico.

—Escucha, Ben — dijo un momento después Gertrudis—; es preciso que vuelvas al bosque y le digas al Hombre Verde que Ravelo sabe que el niño está aquí.

—Voy a ver por qué llamaba Billy — respondió Ben —, y después me voy al bosque.

El chiquitín se hallaba en un pequeño cuarto del segundo piso, sentado en su cama y jugando con un muñeco que le había regalado la abuela.

—¿No te he dicho que no llames a la mamita cuando está con visitas? — dijo Ben a Billy.



LA CIERVA se dejaba curar mansamente por el Hombre Verde.

—Pero si es que tenía miedo — balbuceó Billy —; me pareció que venía otra vez el cuco malo. Dile a la mamita que suba; que no hable más con ese hombre.

—Ya se fué ese hombre y ahora no molestes más a la mamita.

Ben dejó tranquilo al chiquitín y partió en dirección al bosque, saltando por el muro interior del jardín.

Benjamin corría velozmente y ya había entrado al sombrío bosque cuando sintió el galope de un caballo que parecía venir tras de él. Volviendo la cabeza divisó a Simeón Ravelo que volaba en su alazán.

El niño comprendió que era inútil huir y a fin de evitar el cruel hacendado trató de escabullirse tras de una cerca de espinos.

Simeón le vió y poseído de furia dirigió el caballo hacia el sitio donde se ocultaba el infeliz Ben. Fué tal el susto del niño que cayó de bruces antes que el corcel le atropellara con sus patas.

El caballo dió un salto fenomenal y fué a hundirse en un pantano próximo a la cerca de espinos.

Simeón Ravelo cayó al agua y el caballo sacudiéndose, empujándolo de espaldas.

—Ven a sacarme del pantano — gritó Simeón a Benjamin.

Pero el nieto de Gertrudis Lagos, pareció atacado de súbita sordera y en vez de obedecer continuó su fuga hacia el bosque, dejando al patrón en tristísima situación.

A poco llegó al sitio donde acostumbraba esperarle el Hombre Verde.

—¿Otra vez por acá, hijo mío? — dijole el misterioso habitante de las selvas.

—Mi abuelita me envió a decirle, que el señor Ravelo estuvo en casa y metió una rosca... Pero lo más terrible es que ya sabe que Billy está con nosotros.

—¿Y no temes que ese hombre pueda seguirte hasta aquí? — dijo alarmado el Hombre Verde.

—Quedó revolcándose en un pantano y yo me apresuré a venir — explicó el inteligente niño—. ¿Y cómo sigue Mimosa, señor Hombre Verde?

—Está mejor — respondió el Hombre Verde —; pero aun no puede correr.

En ese instante se escuchó el ladrido de un perro y la cierva herida asomó su cabeza fuera de la choza.

—¿Andarán otra vez con el perro tras de nosotros? — murmuró aterrado Ben.

—Es posible — declaró el Hombre Verde —; pero a toda costa es preciso evitar que vengan a este sitio, pues el perro atacaría a Mimosa. Quédate junto a ella Ben,

y yo les despistaré mostrándome por otro punto del bosque.

El misterioso individuo partió velozmente y a poco Ben escuchó los ladridos feroces del perro de presa.

—Le siguen — murmuró Ben.

En efecto el perro había encontrado las huellas del fugitivo.

En vez de huir, el Hombre Verde dejó que el perro se le acercara y cuando estuvo a pocos metros alargó su mano y con gesto acariciante le dijo:

—Romo, Romo...

El perro gruñó, escarabó la tierra y

dió otro salto como para morder al selvático.

Sin dar un paso atrás, el Hombre Verde continuó llamándole con suave acento.

Romo dejó de gruñir y poco a poco se amansó hasta dejarse acariciar la cabeza por el hombre a quien su amo le había ordenado atacar.

—Amigos, ¿no es verdad Romo? — murmuró el Hombre Verde con esa voz simpática que le conquistaba los corazones.

—Tu picaro amo, no ha sabido adiestrarte; tal vez es cruel contigo como con los niños — dijo el Hombre Verde.

Ya domado, el perro de presa se dejó guiar por su nuevo amigo.



—SI YO DESCUBRO que Uds. amparan al Hombre Verde les enviaré a la cárcel— dijo Ravelo.

De lejos se escuchaba la voz de Rubén Snake llamando a Romo.

El Hombre Verde sacó de su bolsillo un papel, escribió en él algunas líneas; en seguida arrolló el mensaje y lo ató al collar de Romo.

—Y ahora, a casa, Romo — ordenó el selvático.

El animal movió la cola, lamió las manos del Hombre Verde y se lanzó en dirección al castillo de Vallenegro.

Entretanto Simeón Ravelo había salido del pantano y haciendo una triste figura llegó a su casa casi al mismo tiempo que Romo.

Rubén Snake seguía de cerca a su amo y al ver al perro lanzó una exclamación de sorpresa.

—Se soltó del cordel y no pudo seguirle — explicó Rubén a Ravelo.

—Trae un papel atado al cuello — respondió el malhumorado millonario.



EL CABALLO DE RAVELO dió un salto fenomenal.

Snake abrió la extraña misiva que decía así:

“Mi querido Ravelo:

Como este magnífico animal ya no te sirve para los fines a que lo destinabas, te lo compro. No importa el precio que pidas por Romo.

EL HOMBRE VERDE”.

—Demonios — balbuceó furioso Ravelo—; juro que he de gastar hasta el último centavo para atrapar a ese insolente.

Y en seguida dando un puntapié a Romo,

exclamó:

—A casa, bruto.

—¿Qué le sucedió a Ud.? — interrogó Rubén a Ravelo.

—Por seguir al endiablado Benjamín Lagos, caí del caballo. Pero eso poco importa. Tengo sospechas de que el niño está en poder de Gertrudis Lagos. Ya sabes Snake que te he ofrecido cinco mil pesos si ese chiquillo vuelve a mi poder.

—No se lo ha dicho a un sordo — respondió el guardabosque sonriendo cínicamente.

(CONTINUARA).

PREMIOS DE LA SECCION PROBLEMAS DEL NUMERO 1296

Un premio de \$ 5.— a Diamante Negro, por su dibujo “El Duende Alfíl”.

Otro premio de \$ 5.— a Sara M. Encina, por solución a todos los problemas.

Un vale de \$ 5.— canjeable en la Librería Universo, Ahumada 32, a José Ahumada, por solución a todos los problemas.

Un vale de \$ 5.— canjeable en las Librerías

Universo de Valparaíso o Viña del Mar, a Mercedes Sepúlveda, por solución a todos los problemas.

Este canje puede hacerse en cualquiera de nuestras librerías, situadas en Serrano 213, Condell 1315, Freire esq. Pedro Montt, Victoria 2602, Quillota 49, de Valparaíso y en Viña del Mar, en calle Valparaíso 539.

El premio de un tarro de ALIMENTO MEYER, que obsequia semanalmente la FABRICA DEL ALIMENTO MEYER, a Josefina Herrera.

EL HOMBRE VERDE



CAPITULO VII

El rapto de Billy

—No tengo seguridad — decía Ravelo a Snake —, de que el niño que alberga Gertrudis Lagos sea el que nos preocupa; pero de todas maneras, te aconsejo que obres con prudencia, pues si te culpan de rapto o secuestro, yo negaré toda complicidad contigo.

—Descuide, señor — replicó el malvado Rubén —; el chiquillo no estará mucho tiempo más en casa de doña Gertrudis.

Entretanto el Hombre Verde después de hacerse amigo con Romo, el perro de presa de Ravelo, volvió sobre sus pasos decidido a ir en busca de Billy, pues temía y con razón, que los enemigos del niño habían de pretender apoderarse de él.

Dando un gran rodeo, el Hombre Verde se aproximó a la aldea Vallenegro, no por los límites del bosque, sino por los vastos potreros de la hacienda.

De pronto divisó a un grupo de campesinos que trataban de sujetar a un toro bravo que se había escapado del potrero.

Pero uno de los capataces al ver al Hombre Verde, olvidó al toro y llamando a sus peones les gritó:

—El Hombre Verde, niños... Hay mil pesos de premio a quien le capture.

Se comprenderá que todos los campesinos abandonaran al toro y corrieran veloces en persecución del Hombre Verde.

No era posible huir al bosque, ni ocultarse entre breñas o matorrales.

El Hombre Verde estaba perdido si no acudía a la astucia.

El jinete que le perseguía de cerca se vió de pronto entre un gran canal y la cerca; al pretender saltarla cayó del caballo; otro jinete que seguía al fugitivo en línea recta no pudo desviar el corcel hacia el sitio donde se refugió el Hombre Verde y se vió obligado a continuar galopando varios metros más adelante.

Libre de sus enemigos, el misterioso habitante del bosque logró llegar al límite de sus dominios y casi sin aliento, trepó al tronco hueco de la encina y se recostó sobre su lecho de pieles.

RESUMEN.— ¿Quién es el HOMBRE VERDE? Nadie lo sabe en la aldea de Vallenegro; pero el dueño del bosque y del castillo, Simeón Ravelo, se siente muy inquieto con la presencia del misterioso habitante de la selva. Rubén Snake y Ravelo persiguen al Hombre Verde, en tanto que Gertrudis Lagos y su nieto Benjamín, le tienen gran cariño. Una noche El Hombre Verde encuentra en el bosque a un chico de tres años a quien manos criminales dejaron abandonado para que muriera de frío. El Hombre Verde le lleva a casa de Gertrudis Lagos y sospechando que es Ravelo el criminal, se introduce al castillo de ese individuo en una noche que Ravelo ofrece un baile de fantasía. Allí el misterioso habitante de la selva se convence de que el niño abandonado estuvo oculto en la Torre Maldita del castillo. En varias ocasiones, el Hombre Verde burla a la policía y a sus enemigos ocultándose en un subterráneo al cual se introduce por el tronco hueco de una encina. Una tarde Rubén Snake aprisiona al Hombre Verde y le deja atado a un árbol. Mientras va en busca de Ravelo, Benjamín Lagos desata al Hombre Verde y ambos acuden a curar a la cierva Mimosa que Rubén ha herido. Los enemigos del misterioso habitante del bosque se enfurecen al advertir que éste ha huido; sospechando que Ben le ha libertado, Ravelo se dirige a casa de Gertrudis Lagos y descubre que allí se encuentra Billy. . .

—Es absolutamente necesario — pensaba el Hombre Verde —, que yo advierta a Gertrudis Lagos del peligro que amenaza a Billy. Mis buenos amigos deben huir antes de la noche.

Sin embargo a pesar de su impaciencia, debió aguardar la medianoche para salir de su vivienda secreta.

Arrastrándose por entre las breñas el Hombre Verde buscó una senda enmarañada y por fin llegó sin tropiezos al jardín interior de Gertrudis Lagos.

Llamó su atención que hubiera luz en el aposento de la anciana.

—He llegado demasiado tarde — se dijo el selvático—. Tal vez ya los malhechores han raptado a Billy.



Presuroso avanzó por el jardín y como hallara la puerta sin llave penetró hasta la habitación de Benjamín.

—Se han llevado a Billy — exclamó sollozando Benjamín.

Gertrudis acudió también a recibir a su misterioso amigo y con viva emoción refirió lo que había sucedido.

—Entraron al cuarto de Ben — decía la abuela —; le dieron un golpe en la cabeza y luego le dejaron amarrado.

—¿Tú no reconociste al raptor? — interrogó el Hombre Verde.

—Estaba muy oscuro el cuarto — replicó Ben —, y Billy dormía a mi lado. Cuando abrí los ojos ví una sombra que se inclinaba sobre mí y después no supe más. A mis gritos acudió la abuelita y advertimos que se habían llevado a Billy.

—¿A qué horas sucedió eso? — interrogó el Hombre Verde.

LOS CAMPESINOS corrian veloces, persiguiendo al Hombre Verde.

—A lo sumo ha transcurrido una hora — declaró Gertrudis —; yo me levanté al sentir ruido y al punto desaté a mi nieto.

—No se preocupe, señora Gertrudis — murmuró el Hombre Verde —, nada le sucederá a Billy. Pero creo prudente no traerlo otra vez aquí. Ya han sufrido mucho Uds. por causa de este chico.

El Hombre Verde partió tan silencioso como había entrado, recomendando antes a sus amigos que no comunicaran el rapto de Billy a la policía.

A esa misma hora, el mayordomo del castillo, Juan Narváez, entraba a la lujosa habitación de Simeón Ravelo, comunicán-



RAVELO arrojó a Rubén de espaldas sobre la chimenea encendida.

dole que el guardabosque Rubén Snake deseaba verle.

—Que se vaya al diablo — rugió el hacendado—. No son horas para visitar.

Peró después de un instante de reflexión pensó que tal vez Snake traía al chico y ordenó que le hicieran entrar.

Rápidamente saltó del lecho y se cubrió con una bata.

A poco entró el guardabosque rebotando alegría.

—Ya le tengo — dijo Rubén —, puede firmarme el cheque por cinco mil pesos.

—No hables tan fuerte, idiota — murmuró Ravelo—. ¿Dónde está el niño?

—Lo llevé al cuarto de la torre, como Ud. me lo ordenó — dijo Rubén—. Para que no despertara le dí narcótico en el camino y dormirá tal vez ocho horas más.

ro se vió obligado a trepar hasta la Torre Maldita.

Ayudado de una linterna eléctrica llegó por fin al cuarto donde el raptor había dejado al chico y sólo descubrió una manta arrollada en el suelo. Siguió a las demás buhardillas de la torre y por ninguna parte encontró al niño secuestrado.

Enfurecido bajó las escaleras y al entrar a su habitación se lanzó sobre el guardabosque y remeciéndole las espaldas le dijo:

—Infame, embustero; querías que te diera el cheque y no has traído al niño.

—Claro que lo traje — replicó estupefacto Rubén—. Entré por la puerta interior del castillo con la llave que Ud. me había dado y en seguida llamé por la principal siguiendo sus instrucciones.

—Te digo que el niño no está en la torre — exclamó fuera de sí Ravelo.



—¿Y en casa de Benjamín Lagos te reconocieron? — preguntó Ravelo.

—No tuvieron tiempo — replicó Snake—, porque Ben quedó aturdido.

—¿Y el Hombre Verde?

—Ese no se atreverá a asomar la nariz después de la batida que le dieron los capataces.

—Bien — declaró Ravelo—. Vamos a la torre.

—Vaya Ud. solo, señor — suplicó Rubén—. Yo tengo miedo al fantasma. El niño está en la misma habitación donde le teníamos antes.

—Cobarde — balbuceó Ravelo—. Iré yo solo.

Rubén Snake alzó los hombros con indiferencia y mientras Ravelo trepaba a la torre, ocupó un sillón cerca de la chimenea y encendió un cigarrillo.

Simeón Ravelo también tenía miedo: pe-

—ARRIBA LAS MANOS— gritaron los guardabosques.

Snake se decidió a subir a la torre maldita en compañía de Ravelo y grande fué su sorpresa al constatar que el niño había desaparecido.

Al volver a la habitación donde momentos antes habían conversado, Ravelo no pudo contener su furia y dando de bofetadas al guardabosque lo arrojó de espaldas sobre la chimenea encendida.

Un alarido de dolor brotó de los labios de Snake. Se había quemado parte del pantalón y su blusa comenzaba a arder.

—Me vengaré de Ud. lo juro por el diablo — exclamó el guardabosque huyendo precipitadamente de la sala.

Al llegar a la pila del jardín se desnudó y tomó un baño frío a fin de aliviar sus quemaduras.

Desde el balcón Simeón Ravelo reía a carcajadas de la figura grotesca de su cómplice.

En la caverna subterránea que servía de morada al Hombre Verde, dormía plácidamente el niño raptado.

Cómo y de qué manera pudo el Hombre Verde sacar al chico de la torre es cosa que por el momento queda en el misterio.

El Hombre Verde encendió su cocina a petróleo y preparó el desayuno como buen dueño de casa. Cuando todo estuvo listo, se aproximó a Billy y acariciándole el rostro le dijo:

—Despierta, flojonazo. ¿Quieres tomar desayuno?

—Billy tiene hambre — murmuró el delicioso chico.

—Y yo también — dijo alegremente el Hombre Verde —, ven a sentarte junto a mí, Billy.

Rubén Snake había tenido la precaución de llevarse la ropa del chico y antes de llegar al castillo de Vallenegro le había vestido con el trajecito que Gertrudis le tejiera.

—¿Dónde está la mamita? — murmuró de pronto Billy —; quiero ir donde mi mamita Gerta...

—Más tarde iremos — respondió el Hombre Verde —; ahora te llevaré al bosque.

El misterioso enmascarado trepó con el niño la escalera de cordel suspendida al tronco hueco de la encina.

Su primer acto en aquella mañana fué dirigirse a la choza de la cierva Mimosa y curarle su herida.

—Quiero subir a la cierva — dijo Billy.

—Hoy no — replicó el Hombre Verde —, porque a la pobre Mimosa le pegó un hombre malo y tiene mala su pata. Dale galletas, Billy, y después iremos a repartir migajas a los pajaritos.

El chico estaba encantado con el gorjeo de las numerosas avejillas que acudían a comer en su mano; pero el Hombre Verde temiendo un ataque sorpresivo de sus enemigos volvió con el niño a la caverna, y al atardecer, dejándole dormido, salió en dirección a la casa de Gertrudis Lagos.

Sigilosamente y siempre alerta al menor ruido, el Hombre Verde avanzaba por entre los árboles cuando de pronto divisó al guardabosque en acecho.

Oculto tras un inmenso tronco, el misterioso enmascarado observaba a su enemigo. Eran las cinco de la tarde, hora precisa en que Benjamín Lagos regresaba de la escuela bordeando los límites del bosque.

Rubén Snake divisó al nieto de Gertrudis y a pesar de que éste pretendió esquivar su compañía, el guardabosque salió a su encuentro y le abordó afablemente.

—¿Es verdad que anoche entraron ladrones a tu casa, Ben? — preguntó el guardabosque—. ¿Se robaron algo?

—Raptaron a un chico que estaba alojado en casa — respondió Ben.

—¿Se robaron a un niño? — exclamó fingiendo sorpresa Rubén—. ¿Y para qué quieren un chiquillo?

—Mi abuelita cree que para cobrar después un rescate por él — respondió el astuto muchacho.

—¿Tienes ideas de quién es el raptor? — interrogó Snake.

Ante esa pregunta el Hombre Verde no pudo menos que sonreír.

Benjamín, cada vez más nervioso y desesperado con su indiscreción no supo qué responder.

—Yo te lo diré — añadió el guardabosque—. Fué el Hombre Verde...

—No fué el Hombre Verde — protestó Ben.

—¿Por qué aseguras que no fué ese individuo? — interrogó Rubén.

—Por... porque el Hombre Verde no es malo y yo...

El Hombre Verde dió un paso adelante como para dar a conocer a Benjamín que estaba cerca de él.

En ese momento una voz gritó tras de él:

—Arriba las manos, Hombre Verde... Si das un paso disparamos.

El Hombre Verde volvió la cabeza y vió a un metro de distancia a dos guardabosques con sus carabinas listas para disparar.

(CONTINUARA).



CARTILLA DE «EL HOMBRE VERDE»

La serial "El Hombre Verde" tiene tres enigmas cuya solución presentamos a nuestros lectores.

¿QUIEN ES SIMEON RAVELO?

¿QUIEN ES BILLY, el niño abandonado en el bosque?

¿QUIEN ES EL HOMBRE VERDE?



Entre los que acierten, esta cartilla sortea premios en dinero y valiosos objetos.

Las respuestas deben enviarse antes del 1.º de enero de 1934.



CAPITULO VIII

Tan preocupado estaba el Hombre Verde con la conversación de Rubén Snake con Benjamín, que por primera vez se vió perdido irremisiblemente.

Los dos guardabosques que apuntaban con sus carabinas al selvático, dijeron a Snake que atara al prisionero mientras ellos le mantenían bajo sus armas.

En ese momento Benjamín Lagos dió un feroz puntapié a Rubén y en seguida fué a colocarse frente a los guardabosques armados, quienes no se atrevieron a disparar contra el muchacho.

—Gracias, Ben — alcanzó a decir el Hombre Verde antes de huir — dile a tu abuela que todo va bien.

Los guardabosques dispararon contra el fugitivo, pero las balas se estrellaron contra el tronco de un árbol.

Benjamín huyó también perseguido por el pérfido Snake, quien cojeaba y se lamentaba por el feroz pisotón que le había dado el simpático chiquillo.

El Hombre Verde llegó a su misteriosa caverna muy preocupado. No temía por su vida sino por la del niño que tenía consigo en la caverna.

Estaba convencido que Billy constituía un peligro para Simeón Ravelo y que el hacendado movería cielo y tierra para descubrir el paradero del niño que tan criminalmente había abandonado en el bosque una noche fría de invierno.

Billy dormía profundamente cuando llegó el enmascarado a su caverna; pero apenas despertó comenzó a llorar y a pedir que le llevaran de nuevo a casa de Gertrudis Lagos.

—Mañana iremos a casa de la mamita — le replicó el Hombre Verde—; pero ahora ya está oscuro y no podemos atravesar el bosque.

Durante el resto del día el Hombre Verde permaneció en la caverna jugando con Billy y cuando éste se durmió, salió otra vez fuera de la encina y marchó sigilosamente hasta la casa de Benjamín.

RESUMEN.— ¿Quién es el HOMBRE VERDE? Nadie lo sabe en la aldea de Vallenegro; pero el dueño del bosque y del castillo, Simeón Ravelo, se siente muy inquieto con la presencia del misterioso habitante de la selva. Rubén Snake y Ravelo persiguen al Hombre Verde, en tanto que Gertrudis Lagos y su nieto Benjamín, le tienen gran cariño. Una noche el Hombre Verde encuentra en el bosque a un chico de tres años a quien manos criminales dejaron abandonado para que muriera de frío. El Hombre Verde le lleva a casa de Gertrudis Lagos y sospechando que es Ravelo el criminal, se introduce al castillo de ese individuo en una noche que Ravelo ofrece un baile de fantasía. Allí el misterioso habitante de la selva se convence de que el niño abandonado estuvo oculto en la Torre Maldita del castillo. En varias ocasiones, el Hombre Verde burla a la policía y a sus enemigos ocultándose en un subterráneo al cual se introduce por el tronco hueco de una encina. Una tarde Rubén Snake aprisiona al Hombre Verde y le deja atado a un árbol. Mientras va en busca de Ravelo, Benjamín Lagos desata al Hombre Verde y ambos acuden a curar a la cierva Mimosa que Rubén ha herido. Los enemigos del misterioso habitante del bosque se enfurecen al advertir que éste ha huido; sospechando que Ben le ha libertado, Ravelo se dirige a casa de Gertrudis Lagos y descubre que allí se encuentra Billy. En el acto ordena a Rubén Snake que rapte al niño. Rubén se introduce a medianoche al dormitorio de Benjamín, le da un golpe para aturdirlo y se lleva a Billy. El Hombre Verde impuesto del hecho recupera a Billy; pero es tomado prisionero por Snake.

La aldea estaba silenciosa; todos dormían.

El Hombre Verde deslizó una carta bajo la puerta de Gertrudis Lagos y regresó sin tropiezos hasta la caverna.

Al día siguiente, muy de madrugada, Benjamín recogió la carta y se la entregó a su abuela.

—Pronto, niño — ordenó Gertrudis a su



nieto — vamos a colocar dos sábanas en el cordel de la ropa.

—¿Para qué, abuelita? — interrogó Ben.

—Ya lo verás — murmuró Gertrudis.

Una vez que colocaron las sábanas blancas, Gertrudis leyó a su nieto la carta del Hombre Verde.

Decía lo siguiente:

«Billy está conmigo; pero por muchas razones no es posible que permanezca en mi vivienda secreta por mucho tiempo. Sería un peligro muy grande para él y para mí. Si usted tiene cariño por Billy y no desea separarse de él, le ruego que acepte mi proposición. Poseo una casita en Mar Amarillo y si usted quiere puede trasladarse allí con Ben y el niño. Sería preciso que partieran en el tren de las cuatro de la tarde con dirección a Malvina. Allí se aguardará un auto que les llevará a Mar Amarillo. Si alguien les pregunta a dónde van, respondan que van por unos días a visitar a un pariente enfermo; pero den otra dirección. Mi querida Gertrudis, si usted acepta este plan, coloqué dos sábanas en el cordel de la ropa y yo desde el bosque veré esa señal y efectuaré todos los preparativos necesarios.—El Hombre Verde».

—¿Entonces estamos de viaje? — interrogó entusiasmado Benjamin.

—Por cierto que sí, Ben—replicó la buena anciana—. ¿Te imaginas que iba yo a abandonar a Billy? Ahora vete al colegio, como todos los días y recuerda que a nadie debes decir que estamos de viaje.

—Así lo haré, abuelita — respondió Benjamin partiendo, como todos los días, camino hacia la escuela de Vallenegro.

Entretanto, el Hombre Verde, trepado en la copa más alta de una encina, observaba la casa de Gertrudis Lagos.

—Mi buena Gertrudis — exclamó al divisar las dos sábanas — ha aceptado mi

GERTRUDIS LAGOS colocó la señal solicitada por el Hombre Verde.

plan. Espero que su generosidad no le causará molestias.

Antes de entrar a la caverna, el Hombre Verde visitó a la cierva Mimosa; desató las vendas de su herida y constatando que ya estaba curada, la acarició suavemente y le dijo:

—Ahora, Mimosa, ya puedes irte con tus hermanos y cuidado con acercarte al malvado Rubén.

Mimosa lamió las manos de su amo y, como si hubiera comprendido sus órdenes, corrió a reunirse con el rebaño de ciervos que pastaba en lo más enmarañado de la selva.

El Hombre Verde se disponía a trepar al tronco hueco de la encina cuando divisó a Simeón Ravelo en compañía de un forastero. Al punto el enmascarado trepó a la copa de un árbol vecino y desde allí escuchó la conversación de aquellos individuos.

El forastero tenía en sus manos una libreta y un lápiz.

—Necesitamos mil encinas — decía aquel sujeto.

—Hay aquí más de veinte mil — replicó Simeón Ravelo—; vaya usted marcando los árboles que desea cortar... Este bosque es demasiado tupido y me gustaría que fuera dejando caminos.

—Entiendo — dijo el forastero — que usted no tiene preferencias por determinados sitios y que sólo anhela despejar la selva a fin de evitar que merodeen aquí los cazadores furtivos y sobre todo el Hombre Verde. ¿Le han visto últimamente por acá?

—Sin duda — respondió Ravelo—; por eso yo no tengo inconveniente en vender a su firma todos los árboles que necesiten.

Ravelo se alejó dejando al forastero en compañía de dos guardabosques.

Con un grueso pincel untado en pintura blanca, el forastero fué marcando los ár-

boles que iba a derribar y grande fué el disgusto del Hombre Verde al ver que el forastero marcaba también la encina que le servía de acceso a su vivienda subterránea.

—No me inquietaré por esto — se dijo el selvático después de un instante de reflexión—; apenas se alejen, borraré esa marca.

El Hombre Verde encontró a Billy desesperado con su soledad.

—Hoy mismo volverás a ver a tu mamita — dijo le el Hombre Verde—, pero tienes que ir muy calladito, porque si el ogro te descubre volverá a robarte.

Poco antes de las cuatro de la tarde, Gertrudis Lagos y su nieto Ben, se dirigían a la estación con sus maletas.

—¿Van de paseo? — interrrogóles Rubén Snake avanzando hacia la anciana.

—Si — replicó Gertrudis—; vamos a pasar algunos días lejos de Vallenebro. Será una felicidad no verle la cara por un tiempo.

Snake no respondió a la impertinente réplica; pero decidió averiguar qué motivaba el viaje de Gertrudis y Ben.

Los viajeros descendieron en la estación de Malvina; allí les aguardaba un automóvil cerrado.

—¿Estará allí el Hombre Verde? — dijo Ben a su abuela.

Por la ventanilla del auto asomó su linda cabecita, Billy, y extendió sus brazos a Gertrudis.

—Señor — preguntó la señora Lagos al chauffeur—, ¿es usted la persona enviada por...

—Si — respondió el chauffeur — y tengo instrucciones para conducirles a Mar Amarillo.

Gertrudis subió al auto y estrechó en sus brazos a Billy.

El niño, en su balbuceo infantil, refería a su mamita, cómo había vivido con el Hombre Verde bajo el tronco de una encina.

El auto corría velozmente. De pronto

Benjamín volvió la cabeza y divisó un automóvil que parecía venir tras ellos.

—Es el auto del señor Ravelo — murmuró espantado el muchacho.

—¡Santo Dios! — exclamó Gertrudis — dile al chauffeur que vaya más ligero.

—Mi abuelita le pide que acelere— dijo Ben al chauffeur —; nos persiguen nuestros enemigos.

—No te preocupes, Ben — replicó el chauffeur sin mirar al niño.

Benjamín dió un salto en el asiento. La voz era la del Hombre Verde. Cómo podía ser eso? Su fisionomía estaba enteramente cambiada, y Benjamín nunca le había visto sino con el antifaz

verde. De pronto el gran automóvil comenzó a disminuir la marcha y se detuvo bruscamente.

Al punto le alcanzó el 8 cilindros de Ravelo y se colocó tras el auto donde viajaba Gertrudis, Ben y Billy.

Simeón Ravelo saltó del carruaje e interpeló a Gertrudis:

—¿Con qué derecho rapta usted a ese niño? — dijo Ravelo, abriendo la puerta del automóvil.

—No tengo por qué responderle — murmuró Gertrudis apretando al chico contra



DESDE LA COPA DE UN ARBOL el Hombre Verde observaba la casa de Ben Lagos.



RUBEN SNAKE descargó un laque sobre la cabeza del Hombre Verde.

su pecho—. Cierre la puerta y márchese...

—Me iré, pero con el niño — respondió Ravelo — ese chico ha sido raptado por el Hombre Verde y debe volver a su hogar. Si no lo entrega usted, irá a la policía.

Benjamín, entretanto, llamaba al chauffeur, quien se había detenido a arreglar una imperfección del motor.

El chauffeur se aproximó a los individuos que parlamentaban con Gertrudis. Pero ya no era el chauffeur de gafas y gorra, sino el enmascarado del bosque.

—No mientas, Ravelo — dijo el Hombre Verde al hacendado—. Ese niño no te pertenece y no contento con atentar contra su vida pretendes atemorizar ahora a esta buena anciana. Tu villanía no tiene límites.

—Eres el último en hablar de villanías— replicó Ravelo—, pues estás sentenciado a prisión por haberme atacado en el bosque y robado mis efectos.

—Sabes muy bien que no fui yo quien te atacó en el bosque —dijo el Hombre Verde—. Ha llegado el momento de la justicia, Ravelo y quien irá a la cárcel no será yo sino tú, criminal, asesino, estafador...

Simeón Ravelo se estremeció y su rostro quedó tan pálido que parecía próximo a desmayarse.

—¿Qué piensas tú, misterioso individuo? —balbuceó el malvado Ravelo.

En ese instante Benjamín lanzó un agudo grito.

—¡Señor Hombre Verde, mire tras usted! —dijo el niño.

El aviso llegó tarde... Rubén Snake desde el asiento del automóvil había descargado un pesado laque sobre la cabeza del Hombre Verde, quien caía al suelo sin conocimiento.

—Ayúdeme a subirlo al auto, señor —dijo Rubén a su patrón—. Le amarraré bien... Apresúrese, porque diviso allá lejos una motocicleta.

En cortos instantes ambos individuos ataron fuertemente al Hombre Verde y le colocaron en el fondo del vehículo.

—Y ahora huya en el otro auto —dijo Snake a Ravelo — yo le seguiré tan pronto como deje bien oculto a este miserable.

Benjamín quiso descender del auto y quedarse con su amigo, pero Ravelo le arrojó al interior del carruaje y le dejó medio aturdido de dos bofetadas.

Entretanto, la anciana Gertrudis continuaba con Billy en sus brazos decidida a dejarse matar antes que entregarle a sus enemigos.

(CONTINUARA)

CONCURSO DE PROVERBIOS N.º 18

SOLUCION: Se quedó con los crespos hechos.

Entre los solucionistas exactos se sortearon dos premios, correspondiendo \$ 5.—, a J. Villagra, de Valparaíso, y \$ 5.—, a Jaime Alarcón, de Curicó.

CONCURSO DE ESTRELLAS N.º 71

SOLUCION: Francis, Mojica, Nagel, Keaton.

Entre los solucionistas se sortearon dos premios, correspondiendo \$ 5.—, a Bartolomé Echeverría, de Chillán y \$ 5.—, a Carlos Allaga, de San Antonio.

SOLUCION A LA SECCION PROBLEMAS DEL N.º 1298

EL EQUILIBRISTA, por Lino.—Mario Gálvez.

EL CONEJO, por Pathé.— ¿Qué come el conejo?

L-A Lechuga; Z-A, Zanahoria; B-A, Beta-rage; H-A, Haba.

MICIFUZ, por Alicia.—1, Potrillo; 2, Estancia; 3, Nocivo; 4, Eshelto; 5, Comarca; 6, Anal-fabeto.

EL SOL, por Más.—Haynes, Jordán, Swan-son, Crespo.



CAPITULO IX

MIENTRAS Simeón Ravelo partía en el automóvil del Hombre Verde, llevándose prisioneros a Gertrudis, Benjamín y Billy, Rubén Snake aseguraba las correas con que había atado al Hombre Verde y cubría su cuerpo con varias mantas a fin de que si tenía un encuentro fortuito con la policía pudiera ocultar al prisionero.

—El patrón tendrá que darme una buena renta — pensaba el bandido—. Gracias a mi astucia descubrí hacia dónde se dirigía la vieja Gertrudis... Ahora hemos efectuado dos grandes capturas... El chico Billy y el misterioso Hombre Verde.

Rubén Snake subió al auto y emprendió veloz carrera.

Transcurridos quince minutos, el Hombre Verde comenzó a recobrar los sentidos y poco a poco recordó lo sucedido.

—Snake viaja solo — se dijo el selvático — por lo tanto, Ravelo se ha llevado a Gertrudis y a los niños.

Desesperado comenzó a moverse tratando de desligarse.

De pronto se reventó un neumático y Rubén Snake saltó fuera del auto. Como no entendía gran cosa en automovilismo, el guardabosque se encontró sin saber manejar la gata y, por último, buscó una piedra para levantar la carrocería.

El Hombre Verde continuaba agitándose para desligarse y fueron tantos sus movimientos que la piedra y la gata se deslizaron.

—¡Demonios! — gritó Rubén aproximándose al Hombre Verde — si te mueves te aturdo de un martillazo.

RESUMEN.— ¿Quién es el HOMBRE VERDE? Nadie lo sabe en la aldea de Vallenegro; pero el dueño del bosque y del castillo, Simeón Ravelo, se siente muy inquieto con la presencia del misterioso habitante de la selva. Rubén Snake y Ravelo persiguen al Hombre Verde, en tanto que Gertrudis Lagos y su nieto Benjamín, la tienen gran cariño. Una noche el Hombre Verde encuentra en el bosque a un chico de tres años a quien manos criminales dejaron abandonado para que muriera de frío. El Hombre Verde le lleva a casa de Gertrudis Lagos y sospechando que es Ravelo el criminal, se introduce al castillo de ese individuo en una noche que Ravelo ofrece un baile de fantasía. Allí el misterioso habitante de la selva se convence de que el niño abandonado estuvo oculto en la Torre Maldita del castillo. En varias ocasiones, el Hombre Verde burla a la policía y a sus enemigos ocultándose en un subterráneo, al cual se introduce por el tronco hueco de una encina. Una tarde Rubén Snake aprisiona al Hombre Verde y le deja atado a un árbol. Mientras va en busca de Ravelo, Benjamín Lagos desata al Hombre Verde y ambos acuden a curar a la cierva Mimosa que Rubén ha herido. Los enemigos del misterioso habitante del bosque se enfurecen al advertir que éste ha huido; sospechando que Ben le ha libertado, Ravelo se dirige a casa de Gertrudis Lagos y descubre que allí se encuentra Billy. En el acto ordena a Rubén Snake que rapte al niño. Rubén se introduce a medianoche al dormitorio de Benjamín, le da un golpe para aturdirlo y se lleva a Billy. El Hombre Verde, impuesto del hecho recupera a Billy; pero es tomado prisionero por Rubén Snake. Benjamín Lagos facilita la fuga de su amigo, quien decide que Gertrudis, Ben y Billy se alejen por un tiempo de Vallenegro. Cuando se dirigen en automóvil a Mar Amarillo, Ravelo y Snake les detienen. Ravelo secuestra a la anciana y a los dos niños, en tanto que Snake oculta en su carruaje al Hombre Verde, cautivo y maniatado.

El Hombre Verde alzó de improviso sus dos piernas atadas y dió al guardabosque tan feroz puntapié que le arrojó a dos metros de distancia, en un canal lleno de lodo.

Entretanto, Simeón Ravelo corría velozmente conduciendo a sus prisioneros. A poco Benjamín Lagos recobraba los sentidos y decía quedadamente a su abuela:

—Voy a dejarme caer del auto, porque no podemos abandonar al Hombre Verde. Cierre usted la puerta apenas yo salte fuera.

La maniobra se efectuó con tal sigilo, que Simeón, preocupado del manejo del automóvil no se dió cuenta de la fuga de Benjamín.

El niño cayó sobre el mullido césped sin ocasionarse daño y en seguida corrió en veloz carrera hacia el sitio donde había quedado el Hombre Verde.

De paso recogió una gran piedra dispuesto a lanzársela por la cabeza al guardabosque si pasaba a su lado.

Había corrido cerca de media hora, cuando divisó detenido a la orilla del camino el automóvil de Ravelo.

Pero, ¿dónde se hallaba Rubén Snake? Con gran estupefacción, el muchacho divisó a su enemigo arrastrándose fuera del canal, cubierto de lodo y en un estado de furor que nada bueno predecía.

Evitando que le viera el grotesco náufrago de agua dulce, Benjamin trepó a un árbol, a cuya sombra se detenía el automóvil y desde allí siguió los movimientos de Snake.

El guardabosque pensó que era prudente no aproximarse de nuevo al Hombre Verde y volvió otra vez a cambiar el neumático.

Benjamín Lagos lanzó entonces su gran piedra con cierta puntería y el cómplice de Ravelo volvió a caer al canal, medio aturrido.

En el acto, el inteligente muchacho desató al Hombre Verde y ambos comenzaron a colocar el neumático que estuvo listo en pocos instantes.

—Es preciso saber hacia dónde se ha dirigido Ravelo— dijo el Hombre Verde a Ben—. ¿La abuelita y Billy iban contigo en el automóvil?

—Sí — dijo Ben —, íbamos en línea recta por este camino.

—Haremos hablar a Snake antes de partir — declaró el Hombre Verde aproximándose al canal.

Lo primero que vió Rubén al salir enlodado hasta los ojos, del agua cenagosa, fué al Hombre Verde cruzado de brazos en la orilla.

—Rubén Snake — exclamó el selvático — si no quieres volver al canal y sepultarte allí para siempre, dime hacia dónde se ha dirigido tu infame patrón.

—Vaya usted a buscarlo si quiere — replicó el guardabosque.

El Hombre Verde no podía perder el tiem-

po y cogiendo por los hombros al guardabosque, le replicó:

—Me dirás en el acto lo que te ordeno o vas de nuevo al canal con una piedra al cuello.

Sintiéndose perdido, Snake confesó que Ravelo se había dirigido a una granja de su propiedad situada cerca de Olivillo.

—Bien — murmuró el Hombre Verde — ahora puedes volver a Vallenegro.

—¿A pie? — protestó Snake.

—A pie, y aléjate pronto — repuso el Hombre Verde—. Uno de estos días arreglaré cuentas contigo y con tu criminal patrón.

Ben y el Hombre Verde partieron en el

automóvil de Ravelo y al llegar a un cruce del camino buscaron la carretera que conducía a Olivillo.

Al llegar a la aldehuela preguntaron por la granja de Ravelo y un campesino les dió las señas agregando:

—Ese caballero es un mal hombre, señor. Tiene amenazado al arrendatario con echarlo de la granja si no le paga un semestre atrasado y, como están los tiempos, le será imposible a don Mendro, pagar ese arriendo.

El Hombre Verde detuvo su automóvil frente a una puerta de trancas y ordenó a Benjamín que le esperara en dicho sitio.

Sigilosamente

se acercó a la casa de campo y por una ventana escuchó la siguiente conversación:

—Ya lo sabes, Mendro, tú respondes de la vieja y del niño; pobre de ti si se escapan. Tú y tus hijos saldrán de aquí, con lo encapillado. Me debes mil pesos de arriendo y te los perdonaré si guardas bien a los prisioneros.

—Señor — protestó don Mendro — si usted cree que esa señora y el niño deben secuestrarse, ¿por qué no da parte a la policía? Yo, aunque pobre, no puedo...

—Te digo que yo hago una buena acción, Mendro — replicó Ravelo — esa pobre anciana y su nietecito son perseguidos por un malvado y yo...

En ese momento entró a la sala el Hombre Verde; cruzándose de brazos dijo a Ravelo:



EL HOMBRE VERDE alzó sus piernas atadas y dió un feroz puntapié a Snake.

—¡Secuestrador infame!, ¿cómo te atreves a engañar a esa gente?

—¡Mendro! — gritó Ravelo— llama a tus peones para que cojan a este individuo. Es él quien pretende apoderarse de la anciana y del niño.

—He venido a evitar un crimen — dijo el Hombre Verde al granjero—. Ese hombre, por motivos inconfesables, ha intentado dos veces raptar al chico...

—¡Mendro obedece o sales de mi granja! — ordenó Ravelo.

—¿Cuánto dinero le debe usted a ese infame? — preguntó el Hombre Verde a don Mendro.

—Mil pesos...

El misterioso habitante del bosque de Vallenegro abrió su cartera y arrojó a los pies de Ravelo un billete de mil pesos.

—Y ahora, ya están las cuentas pagadas, malvado y cruel reptil. Vete de aquí an-



BENJAMIN se lanzó fuera del automóvil.

tes que amotine contra ti a todos los campesinos.

[Ravelo comprendió que los aldeanos de Olivillo, no estarían de su parte en una querrela; saliendo al camino trepó al automóvil y partió entre el vocerío de los campesinos que le insultaban y lanzaban piedras al automóvil.

El Hombre Verde entró de nuevo a la granja y allí explicó a don Mendro los acontecimientos.

—Si ese Ravelo vuelve a molestarlo — añadió el Hombre Verde — yo lo sabré. Por el momento, usted le ha pagado el arriendo y puede estar tranquilo.

Don Mendro y su esposa ofrecieron una ligera comida a Ben, al Hombre Verde, a Gertrudis y a Billy y en seguida se despidieron encantados de verse libres de conflictos policiales y de las amenazas continuas del cruel propietario de la granja.

mida a Ben, al Hombre Verde, a Gertrudis y a Billy y en seguida se despidieron encantados de verse libres de conflictos policiales y de las amenazas continuas del cruel propietario de la granja.



SIMEON RAVELO partió de la granja entre los insultos y vocerío de los campesinos.

Otra vez el automóvil del Hombre Verde cruzó velozmente la carretera en dirección a las playas de Mar Amarillo.

Cerca de medianoche, los viajeros arribaron a un chalet modesto y confortable.

—Esta será su casa, señora Gertrudis — dijo el Hombre Verde a la abuela de Ben — hasta que yo consiga desenmascarar al bandido que pretendió asesinar a Billy. Le ruego que no pierda de vista al niño. Benjamín puede acompañarle a la playa durante el día. Pero le ruego que no converse con los habitantes de este balneario y

a nadie comunique quién es y de dónde viene.

—Así lo haré — respondió Gertrudis—. Yo quiero a Billy como si fuera en realidad mi nietecito.

—Volveré pronto — dijo el Hombre Verde despidiéndose de sus amigos.

El automóvil se perdió entre las tinieblas de la noche, mientras Gertrudis y los niños descansaban en cómodos dormitorios.

(CONTINUARA).



CARTILLA DE «EL HOMBRE VERDE»

La serial "El Hombre Verde" tiene tres enigmas cuya solución presentamos a nuestros lectores.

¿QUIEN ES SIMEON RAVELO?

¿QUIEN ES BILLY, el niño abandonado en el bosque?

¿QUIEN ES EL HOMBRE VERDE?



Entre los que acierten esta cartilla sortearemos premios en dinero y valiosos objetos.

Las respuestas deben enviarse antes del 1.º de enero de 1934.



"En mi casa nunca falta la Cafiaspirina"

CAFIASPIRINA M. R.: 0,5 g. Aspirina (ácido acetil-salicílico por procedimiento especial Bayer), 0,05 g. Cafeína y 0,139 g. Almidón.



CAPITULO X

EL Hombre Verde llevaba una hora de viaje en el automóvil que arrendó en un garage para la fuga de Gertrudis Lagos, Ben y Billy, cuando fué detenido en el camino por dos policiales que desde lejos le hacían señales para que se detuviera.

Como es de suponerlo, el Hombre Verde se había despojado de su boina y antifaz verde antes de partir del chalet, donde se hospedaba Gertrudis Lagos, y sobre su traje había colocado un grueso capote de chofer, completando su indumentaria, una gorra galoneada.

—¿Qué pasa, carabineiro? — interrogó el selvático al individuo que le detenía. — ¿Por qué examina usted el número de mi automóvil?

—Nos han comunicado que un sujeto conocido bajo el apodo del Hombre Verde del bosque de Vallenegro, viajaba esta noche en el automóvil con patente 89061.

—¿Y usted cree que yo soy el Hombre Verde? — exclamó el selvático riendo a carcajadas —. Cómo se van a reír mis compañeros del garage cuando sepan que me han confundido con el Hombre Verde. Es algo divertidísimo.

—En realidad, usted no tiene apariencia de ser un individuo de aventuras, dijo el policial —. Continúe su camino, señor.

—Buenas noches — replicó el Hombre Verde dando marcha a su carruaje.

—Me creí descubierto — se dijo el selvático

RESUMEN. — ¿Quién es el HOMBRE VERDE? Nadie lo sabe en la aldea de Vallenegro; pero el dueño del bosque y del castillo, Simeón Ravelo, se siente muy inquieto con la presencia del misterioso habitante de la selva. Rubén Snake y Ravelo persiguen al Hombre Verde, en tanto que Gertrudis Lagos y su nieto Benjamín, le tienen gran cariño. Una noche, el Hombre Verde encuentra en el bosque a un chico de tres años a quien manos criminales dejaron abandonado para que muriera de frío. El Hombre Verde le lleva a casa de Gertrudis Lagos y sospechando que es Ravelo el criminal, se introduce al castillo de ese individuo en una noche que Ravelo ofrece un baile de fantasía. Allí el misterioso habitante de la selva se convence de que el niño abandonado estuvo oculto en la Torre Maldita del castillo. En varias ocasiones, el Hombre Verde burla a la policía y a sus enemigos ocultándose en un subterráneo, al cual se introduce por el tronco hueco de una encina. Una tarde, Rubén Snake aprisiona al Hombre Verde y le deja atado a un árbol. Mientras va en busca de Ravelo, Benjamín Lagos desata al Hombre Verde y ambos acuden a curar a la cierva Mimosa, que Rubén ha herido. Los enemigos del misterioso habitante del bosque se enfurecen al advertir que éste ha huido; sospechando que Ben le ha libertado, Ravelo se dirige a casa de Gertrudis Lagos y descubre que allí se encuentra Billy. En el acto ordena a Rubén Snake que rapte al niño. Rubén se introduce a medianoche al dormitorio de Benjamín, le da un golpe para aturdirlo y se lleva a Billy. El Hombre Verde, impuesta del hecho, recupera a Billy; pero es tomado prisionero por Rubén Snake. Benjamín Lagos facilita la fuga de su amigo, quien decide que Gertrudis, Ben y Billy se alejen por un tiempo de Vallenegro. Cuando se dirigen en automóvil a Mar Amarillo, Ravelo y Snake les detienen. Ravelo secuestra a la anciana y a los dos niños, en tanto que Snake oculta en su carruaje al Hombre Verde, cautivo y maniatado. Benjamín Lagos salta fuera del automóvil y acude en auxilio del Hombre Verde, a quien liberta. Ambos se dirigen a la quinta Olivillo, donde Ravelo tiene prisioneros a Gertrudis y a Billy. Rescatados éstos, el Hombre Verde les lleva a la playa de Mar Amarillo, les instala en una cómoda casa y regresa a Vallenegro.

— pero ya no sospecharán de mí y podrá llegar al garage donde alquilé este auto antes de la madrugada...

De pronto el Hombre Verde miró por el espejo del parabrisa y advirtió que los policiales le seguían en sus motocicletas.

—No están del todo satisfechos con mis declaraciones — pensó el Hombre Verde — y me seguirán hasta el garage de Malvina. Voy a torcer el rumbo cuando lleguemos a los límites del bosque de Vallenegro.

El golpe que Snake había dado en la cabeza del Hombre Verde había sido terrible y después de algunas horas de agitación el viajero comenzaba a sentir un malestar indescible.

—Ya no tengo fuerzas para manejar — suspiraba el Hombre Verde — voy a desviarme hacia el bosque.

Pero como la vista se le nublab a consecuencias del malestar enunciado, el automóvil, al bajar a un camino pedregoso, tomó gran velocidad y fué a volcarse en un estanque de agua cenagosa. El Hombre Verde quedó sepultado bajo el agua y sólo gracias a su portentosa agilidad pudo escurrirse fuera y ocultarse entre los cañaverales para en seguida deslizarse como una sombra hasta el bosque de Vallesnegro.

Entretanto, los policiales se detenían inquietos al ver que habían desaparecido las luces del auto que seguían.

—¿Dónde se ha ocultado ese individuo? — dijo el cabo Shell.

—Tal vez torció a la derecha.

Ambos detectives bajaron de la moto y escudriñaron los alrededores con sus linternas eléctricas.

—Allá diviso un automóvil volcado — exclamó el cabo Shell —. Vamos a pie, porque el camino es muy pendiente y pedregoso.

El automóvil había quedado con las dos ruedas traseras enterradas en el fango de la orilla y el resto de la carrocería sepultada bajo el agua.

—Difícil es que haya salvado el chofer — dijo el cabo Shell — voy a treparme al techo del auto.

Desde allí el policial bajó hasta la puertecilla del coche y con el agua a la rodilla

registró el interior. —La puerta está abierta — dijo a su compañero — lo cual prueba que el desconocido ha saltado fuera del auto antes que éste cayera al estanque.

Continuando su búsqueda, el cabo encontró una boina verde.

—Nos engañó el aspecto honrado y simpático del chofer — exclamó Shell al volver al lado de su compañero —; yo creo que el Hombre Verde era realmente este individuo que o ha huido o ha caído al agua aturdido.



—¿Y USTED CREE QUE YO SOY EL HOMBRE VERDE?,
dijo el selvático al carabinero.

—Magnífica solución sería la muerte del Hombre Verde — decía Ravelo a Snake — nos libraríamos de un testigo molesto...

—Así es, patrón — replicó Rubén — sabe demasiado...

Una carcajada estridente heló de espanto a Ravelo.

—¿Oíste, Rubén? — balbuceó el cobarde hacendado —. Era la risa del Hombre Verde. ¿Estará vivo después de todo ese bandido?

Rubén escudriñó los árboles y miró hacia todos lados.

—¿Por qué se asusta tanto, señor? — ex-

—Tendríamos que draguar el estanque — replicó el otro detective —. Pero ante todo es preciso dar parte a la policía y al señor Ravelo. Los detectives se alejaron.

Antes de las doce del día siguiente, Siméon Ravelo y Rubén Snake ya estaban impuestos de la catástrofe.

—Vamos a visitar el estanque — dijo Ravelo al guardabosque —; por lo que explican los detectives es casi seguro que el Hombre Verde pereció ahogado.

Ambos facinerosos montaron en buenos caballos y atravesaron el bosque en dirección a la laguna.

clamó con ironía Snake —. Tal vez ha sido el ánima del finado... O un loco que pretende asustarle.

Ravelo no replicó a las burlas del guarda bosques y continuó aceleradamente su camino.

Varios individuos trabajaban por sacar el automóvil del estanque. Habían traído un motor para levantar la carrocería; los vigilaba el cabo Shell y su compañero.

—¿Han encontrado al Hombre Verde? — preguntó Ravelo al cabo.

—No, señor; me parece que se ha escapado — respondió Shell.

Ravelo permaneció un momento en silencio y en seguida volvió riendas al caballo y se alejó taciturno.

Entretanto, el Hombre Verde, después de llegar a su morada subterránea, cambió de traje, salió del bosque y, como ya lo hemos dicho, escuchó el diálogo de sus ene-



EL HOMBRE VERDE descubrió los objetos robados a Stimeón Ravelo.

migos lanzando la alegre carcajada que hizo estremecer de miedo a Ravelo.

Siguiendo su camino el Hombre Verde se detuvo en el sitio donde pacían los ciervos, y acarició a su cierva favorita, la graciosa Mimosa, quien dió muestras de gran placer al ver de nuevo a su amo.

—Ya estás completamente sana de la patita, Mimosa — murmuró el Hombre Verde —; cuidado con vagar cerca de la casa de Snake.

Mimosa devoró los panes de azúcar que le ofrecía su amo y en seguida galopó briosamente hasta que se reunió con el ganado de ciervos que pastaban más lejos.

El Hombre Verde permaneció un instante en el sitio

donde había acariciando a Mimosa y de pronto llamó su atención un montón de tierra removida...

—¿Qué ha estado escarbando aquí Mi-



RUBEN SNAKE encontró al Hombre Verde posesionado de su casa.

mosa? — exclamó el selvático. Un objeto brillante surgía de la tierra removida.

Lleno de curiosidad el Hombre Verde se inclinó sobre el césped y grande fué su estupefacción al descubrir un pañuelo de colores por cuya punta asomaba una cadena de oro.

—No hay necesidad de averiguar de quién son estos objetos — exclamó el Hombre Verde —. Un reloj con el monograma de Simeón Ravelo, la cadena y la cartera robadas...

Cerca de allí se encontraba la casa del guardabosque Snake.

—Comprendo todo — se dijo el selvático — Snake atacó a su patrón y después le robó todos los objetos valiosos que llevaba consigo. Pero estos objetos no deben quedar ni por un instante en mi poder, porque serían prueba más que suficiente de mi culpabilidad.

Sin vacilar un momento el Hombre Verde entró a la casa de Snake, solitaria a esa hora, y desclavando una tabla del suelo ocultó allí el pañuelo con los objetos robados.

Ya había dejado todo en su lugar cuando sintió pasos en el jardín.

Rubén Snake abrió la puerta de su salita y cuál no sería su estupor al ver ocupando su sillón al Hombre Verde.

—Buenas tardes, Snake — exclamó el Hombre Verde.

—¿Qué hace usted aquí? — gritó furioso Snake.

—Pasaba por estos lados y me dieron deseos de hacerle una visita de vecindad — dijo el Hombre Verde —. ¿Podría usted ofrecermé una taza de té?

El guardabosque estaba inquieto y nervioso. ¿Qué fin podía tener esa visita? Por cierto que no era creíble que el Hombre Verde entrara allí sin objeto premeditado.

Como Snake no tenía la conciencia tranquila era comprensible su inquietud.

—Escuche — balbuceó el cobarde guardabosque — quiero saber qué busca en mi casa. ¿Qué juego es ese? Usted no tiene derecho a introducirse como un ladrón en casa ajena.

—Si le dijera qué motivo me trajo aquí, su sorpresa sería inmensa — declaró el Hombre Verde —. No está lejano el día en

que lo sepa... Mientras tanto quiero hacerle una advertencia. Hasta aquí he sido demasiado paciente para soportar su persecución; pero si vuelve a intentar robarse al niño confiado a Gertrudis Lagos, yo declararé al juez del crimen todos sus delitos... Tú, miserable, fuiste quien llevó al bosque a Billy para que muriese de frío en una noche de invierno, tú le raptaste de casa de Gertrudis Lagos hace una semana y tú también asaltaste en el bosque a Simeón Ravelo y le robaste su reloj, su cadena y cartera...

—Es una mentira — exclamó Snake.

—¿Supongamos que yo tenga pruebas? — insinuó el Hombre Verde.

—No puedes tenerlas — gritó Snake —. El ladrón fuiste tú... Ravelo así lo declaró al juez.

—Ravelo declarará cualquier día que tú eres un asesino — replicó el Hombre Verde —. Cuando ya no necesite del cómplice que le ayuda en sus crímenes, se deshará de ti como de un animal inservible. Ahora mismo ya está tratando de eliminarte.

Rubén Snake en vez de responder al Hombre Verde, fijaba sus miradas en la ventana de la sala y con gran regocijo advertía que dos guardabosques se aproximaban a su casa.

Una chispa de triunfo brilló en sus pupilas negras; sin embargo, trató de disminuir su alegría y continuó argumentando con el misterioso habitante del bosque.

—El patrón sabe que yo soy un hombre honrado — decía Snake — y nadie creará tus viles calumnias. No tengo temor a tus amenazas...

Los dos guardabosques ya estaban a pocos metros de la casa; Snake creía que el Hombre Verde no les había visto, lo cual motivó una temeraria tranquilidad de la cual se aprovechó, con su natural astucia, nuestro héroe.

Con rápido movimiento, el Hombre Verde saltó del sillón y descolgó de la pared la carabina del guardabosque.

—Ordena a esos individuos que se aproximan — dijo el selvático apuntando con el arma a Snake — que sigan su camino. Si no lo haces dispararé contra ti.

(Continuará)



CARTILLA DE «EL HOMBRE VERDE»

La serial "El Hombre Verde" tiene tres enigmas cuya solución presentamos a nuestros lectores.

¿QUIEN ES SIMEON RAVELO?

¿QUIEN ES BILLY, el niño abandonado en el bosque?

¿QUIEN ES EL HOMBRE VERDE?



Entre los que acierten esta cartilla sorteaemos premios en dinero y valiosos objetos.

Las respuestas deben enviarse antes del 1.º de enero de 1934.

EL HOMBRE VERDE



RESUMEN.—¿Quién es el HOMBRE VERDE? Nadie lo sabe en la aldea de Vallenegro; pero el dueño del bosque y del castillo, Simeón Ravelo, se siente muy inquieto con la presencia del misterioso habitante de la selva. Rubén Snake y Ravelo persiguen al Hombre Verde, en tanto que Gertrudis Lagos y su nieto Benjamín, le tienen gran cariño. Una noche, el Hombre Verde encuentra en el bosque a un chico de tres años a quien manos criminales dejaron abandonado para que muriera de frío. El Hombre Verde le lleva a casa de Gertrudis Lagos y sospechando que es Ravelo el criminal, se introduce al castillo de ese individuo en una noche que Ravelo ofrece un baile de fantasía. Allí el misterioso habitante de la selva se convence de que el niño abandonado estuvo oculto en la Torre Maldita del castillo. En varias ocasiones, el Hombre Verde burla a la policía y a sus enemigos ocultándose en un subterráneo, al cual se introduce por el tronco hueco de una cocina. Una tarde, Rubén Snake aprisiona al Hombre Verde y le deja atado a un árbol. Mientras va en busca de Ravelo, Benjamín Lagos desata al Hombre Verde y ambos acuden a curar a la cierva Mimosa, que Rubén ha herido. Los enemigos del misterioso habitante del bosque se enfurecen al advertir que éste ha huido; sospechando que Ben le ha libertado, Ravelo se dirige a casa de Gertrudis Lagos y descubre que allí se encuentra Billy. En el acto ordena a Rubén Snake que rapte al niño. Rubén se introduce a medianoche al dormitorio de Benjamín, le da un golpe para aturdirlo y se lleva a Billy. El Hombre Verde, impuesto del hecho, recupera a Billy; pero es tomado prisionero por Rubén Snake. Benjamín Lagos facilita la fuga de su amigo, quien decide que Gertrudis, Ben y Billy se alejen por un tiempo de Vallenegro. Cuando se dirigen en automóvil a Mar Amarillo, Ravelo y Snake les detienen. Ravelo secuestra a la anciana y a los dos niños, en tanto que Snake oculta en su carruaje al Hombre Verde, cautivo y maniatado. Benjamín Lagos salta fuera del automóvil y acude en auxilio del Hombre Verde, a quien libera. Ambos se dirigen a la quinta Olivillo, donde Ravelo tiene prisioneros a Gertrudis y Billy. Rescatados éstos, el Hombre Verde les lleva a la playa de Mar Amarillo, les instala en una cómoda casa y regresa a Vallenegro. En el camino es perseguido por una pareja de carabineros y por huir de ellos el automóvil se vuelca en un estanque de aguas cenagosas. El Hombre Verde logra escapar con vida y mientras Snake está ausente de su casa, el misterioso habitante del bosque, descubre que el guardabosque es el individuo que robó el reloj, cadena de oro y cartera de Simeón Ravelo. El Hombre Verde oculta esos objetos bajo las tablas de la salita de Snake. Momentos después llega Snake, quien pretende cautivar al Hombre Verde; pero éste le amenaza con la carabina y le obliga a guardar silencio.

CAPITULO XI

ORдена a esos guardabosques que prosigan su camino — repitió el Hombre Verde a Snake —, o disparo contra ti, miserable.

Rubén Snake, vacilaba. No se le presentaría otra ocasión mejor para entregar a la justicia a su enemigo. Sin embargo, advertía el gran peligro que corría si daba un grito o hacía una señal a los guardabosques que ya estaban cerca de su puerta.

—Dile a esos individuos — murmuró en voz baja el Hombre Verde —, que estás descansando y que se marchen en el acto.

Breves golpes resonaron en la puerta de calle.

—¿Está en casa, compañero Snake? — preguntó uno de los guardabosques.

—Sí, Rosales — replicó Snake —, pero ya estoy en cama. Buenas noches.

—Quería decirle — agregó Rosales —, que el Hombre Verde anda rondando de nuevo por el bosque. Buenas noches.

Ambos guardabosques se alejaron de casa de Snake y a poco se perdieron de vista entre la sombra de los bosques.

El Hombre Verde bajó la carabina y con gran amabilidad dijo al pérfido Snake:

—Siento mucho haberle hecho perder su siesta; pero ya puede dormir. Me llevaré la carabina, a fin de que no sucumba a la imprudente tentación de disparar contra mí cuando salga de aquí... Tampoco llame a sus compañeros, porque si lo hace, volveré sobre mis pasos y esta vez... Pum... pum... pum...

Rubén Snake se mordía de rabia, pero

no se atrevió a seguirle sino momentos después.

Pero ya el Hombre Verde había desaparecido, dejando afirmada a un tronco la carabina del guardabosque.

El misterioso habitante del bosque trepó a la encima que daba acceso a su vivienda subterránea y de allí salió vestido con un capote color caki y gorra con visera. Sobre el labio superior lucía un bigote postizo que le cambiaba enteramente su fisonomía.

Ni los guardabosques reconocieron en ese elegante deportista al enemigo de Ravelo. En los límites del bosque, el Hombre Verde subió a una motocicleta y con extrema velocidad recorrió los 100 kilómetros que le separaban de las playas de Mar Amarillo. Gertrudis Lagos recibió a su amigo con muestras de gran alegría.

—¿Está contenta en su nueva casa? — preguntó el Hombre Verde.

—Estoy en el quinto cielo, señor — replicó la buena mujer —. Los niños juegan todo el día en la playa... Allí vienen...

Benjamín y Bill saltaron al cuello del Hombre Verde y le manifestaron también su felicidad.

—Escuche, señora Gertrudis — dijo el Hombre Verde —, voy a estar ausente por muchos días y le ruego que vigile mucho al niño. No le deje solo ni un instante. Y tú, Benjamín, no hables con personas extrañas y no te apartes de Billy. Si el plan que tengo en proyecto se realiza, habrá grandes cambios en Vallenegro y grandes sorpresas también.

Al atardecer, el misterioso enmascarado se despidió de sus amigos y llegó sin tropiezos al bosque de Vallenegro.

Otra vez en su caverna el Hombre Verde descansó una hora y en seguida mirando el reloj murmuró:

—Falta un cuarto para la medianoche. Aun no es hora para iniciar mi plan.

Con toda tranquilidad encendió su pipa y se recostó sobre su lecho de pieles.

—Si no se muere de susto el bandido — pensaba el selvático —, tendrá que tener los nervios muy fuertes aún.

Cerca de la una de la mañana, el Hombre Verde encendió su linterna eléctrica y abriendo una puertecilla en el fondo de su caverna se internó por un túnel subterráneo que daba acceso al castillo de Vallenegro. Por esa misma senda había rapado días antes a Billy, prisionero en la torre maldita.

Inclinando su esbelta silueta, el Hombre Verde atravesó el estrecho túnel y trepó las escalinatas de piedra hasta llegar a una habitación de la Torre Maldita. A esa torre que los moradores del castillo temían porque según la tradición penaba en ella un fantasma acorazado.

El Hombre Verde se escurrió como una sombra por las galerías de la vetusta mansión y después de constatar que todos dormían, se introdujo al departamento de Siméon Ravelo. Con

gran sigilo fué dando vueltas a la perilla de la chapa y se introdujo al dormitorio de Ravelo.

El hacendado tenía el sueño agitado de los culpables cuya conciencia no les deja en paz ni en las horas de reposo.

—Estará soñando conmigo — se dijo el Hombre Verde aproximándose al lecho.

Ya inclinado sobre su enemigo, el misterioso personaje, colocó una mano sobre su pecho y le dijo en voz queda:

—¿Quién es el niño que tú pretendes suprimir? Confiesa o...

Siméon Ravelo creyó que estaba soñando y lanzó un grito estridente.

El Hombre Verde colocó en las narices de Ravelo un pañuelo húmedo y lo apretó fuertemente.

Un momento después, Ravelo estaba sumido en un sueño profundo.

El grito de Ravelo fué escuchado por Juan, el mayordomo del castillo, quien se levantó en el acto y acudió al dormitorio de su patrón.

Pero al verle profundamente dormido el viejo servidor murmuró:



EL HOMBRE VERDE avanzaba por un túnel subterráneo, que daba acceso al castillo de Vallenegro.

—Estaría soñando con el Hombre Verde... No tiene la conciencia tranquila... Cuando pienso lo bueno que era su tío... Ese sí que no sufría de pesadillas...

Y sin investigar más, el mayordomo se alejó de la habitación.

Simeón Ravelo despertó de su letargo horas después, con un fuerte dolor de cabeza y sin abrir bien los ojos alargó su mano para tocar la campanilla. Pero sólo tocó un frío muro.

Alarmado se incorporó y grande fué su espanto al verse afirmado contra una piedra y atado con cadenas al muro.

—No estaba soñando entonces — balbuceó desesperado Ravelo—. El Hombre Verde me ha secuestrado.

—Así parece —replicó una voz que surgía de la obscuridad.

—Bandido —gritó furioso Ravelo—, vuélveme a casa o sí no....

—¿Qué sucederá? —interrogó el Hombre Verde, colocándose frente al prisionero con sus brazos cruzados sobre el pecho.

Simeón Ravelo inclinó la cabeza, convencido de que se hallaba indefenso en manos de su enemigo.

—Puedes gritar y llamar, pero nadie te oirá —dijo el misterioso enmascarado—. Aquí te quedarás hasta que me digas quién es el niño que abandonaste en el bosque.

—No te lo diré jamás —respondió Ravelo—. La policía me buscará y serás condenado, vil asesino.

—Te buscarán, pero no podrán encontrarte—, declaró friamente el Hombre Verde.

Y sin agregar una palabra más salió de la caverna.

Después de preparar su almuerzo y servirse con toda calma, el selvático salió al bosque, y saltando de rama en rama fué a colocarse en la copa de un árbol contiguo a la vivienda de Rubén Snake.



SIMEÓN RAVELO despertó de su letargo, encontrándose atado con fuertes cadenas al muro.

Por cierto que ya todos los habitantes del castillo conocían el drama de la noche.

Simeón había desaparecido misteriosamente y la policía le buscaba por todas partes.

A poco llegó a la vivienda de Snake uno de los guardabosques y el Hombre Verde, desde su alto observatorio escuchó la siguiente conversación:

—La gente dice, don Rubén — comunicó el segundo guardabosques —, que el Hombre Verde tiene algo que ver con la desaparición del patrón. Pero, ¿cómo pudo entrar ese sujeto al castillo? Don Juan asegura que estaban con llave todas las puertas. Tampoco han quedado rastros en el jardín. ¿Qué piensa usted, don Rubén?

—Si no ha sido el Hombre Verde — exclamó Snake —, sería el fantasma de la torre... El patrón ha desaparecido sin vestirse... Quien le secuestró ha debido llevarse con su pijama. A no ser que el señor Ravelo sea sonámbulo y haya caído en el pozo...

Y, en su interior, el malvado cómplice

de Ravelo abrigaba esperanzas de que así fuera.

—¡Ah, ah, ah! — rió el segundo guardabosques—, me hace gracia lo del sonambulismo. ¡Cómo se reiría la gente al verle en pijama!...

Rubén Snake guardó un prudente silencio. Recordaba las amenazas del Hombre Verde y prefería no suscitarse represalias. Ya comenzaba a comprender que el misterioso enmascarado era un hombre peligroso para él y que algún día podía perderle.

El Hombre Verde sobre una rama, se divertía escuchando la conversación de los guardabosques. Pero, de pronto, su situación se hizo peligrosa. La rama del árbol sobre el cual se apoyaba comenzaba a crujir y amenazaba desgajarse.

Para colmo de mala suerte, el Hombre Verde sintió que le venía un acceso de tos, y al llevarse la mano a la boca hizo un mo-

vimiento que atrajo la atención de los guardabosques...

—Allí está el Hombre Verde — gritó el segundo guardabosques —. Mírelo, don Rubén...

El Hombre Verde no aguardó que esos individuos se repusieran de la sorpresa causada por su presencia y saltando a tierra derribó de dos bofetadas a los estupefactos guardabosques y se lanzó en veloz carrera por entre las breñas del bosque.

Rubén Snake disparó todos los tiros de su carabina y en el acto aparecieron los demás guardabosques y los carabineros que buscaban a Simeón Ravelo.



DESDE LA COPA DE UN ARBOL el Hombre Verde escuchaba la conversación de los guardabosques.

—El Hombre Verde, el Hombre Verde, corran tras de él — ordenó Rubén, señalando la dirección por donde había huido el misterioso personaje.

Como una liebre perseguida por galgos, el Hombre Verde corría de un lado a otro.

A cada momento surgían nuevos perseguidores y ya era imposible llegar hasta la encina que daba acceso a su morada subterránea. Oculto entre espesos matorrales, el Hombre Verde veía desfilar a los guardabosques y a los carabineros y por momentos

temía que alguno le descubriera. (Continuará).

GRANDIOSO SORTEO DE "EL PENECA"

PARA EL 23 DE DICIEMBRE

La Dirección de esta revista, deseosa de complacer a sus lectores, organiza un grandioso sorteo con valiosísimos premios.

Ya saben nuestros lectores que estos sorteos son muy correctos; prueba de ello la han dado los anteriores en que han sido premiados numerosos admiradores de "EL PENECA".

Entre los premios que hasta la fecha tenemos reunidos enumeraremos:

- | | |
|--|---|
| 1 AMOBLADO DORMITORIO, compuesto de ropero, dos veladores, chiffonnier, mesa toilette, marquesa con somier, una mesita y dos sillas. | 6 LAPICES DE MINA marca "Wahl Evershard". |
| 2 BICICLETAS para niños. | 7 DOCENAS de medias marca "Der-Ven". |
| 1 DOCENA DE PELOTAS de color. | 7 DOCENAS de calcetines marca "Der-Ven". |
| 4 CORTES DE CASIMIRES para trajes. | 1 COLLAR de perlas. |
| 3 CORTES DE GENERO para niñas. | 2 PIANOS juguetes. |
| 6 PLUMAS FUENTE marca "Eagle Pencil Co.". | 2 PARES de aros. |
| 2 LIBROS de la pintura religiosa, con preciosas ilustraciones. | 1 CURSO completo de taquigrafía. |
| | 1 SERVICIO de loza para té. |
| | 1 SERVICIO de loza de juguete. |
| | 5 PREMIOS de \$ 100.— cada uno. |
| | UN GRAN SURTIDO de juguetes. |



RESUMEN.— ¿Quién es el HOMBRE VERDE? Nadie lo sabe en la aldea de Valleenegro; pero el dueño del bosque y del castillo, Simeón Ravelo, se siente muy inquieto con la presencia del misterioso habitante de la selva. Rubén Snake y Ravelo persiguen al Hombre Verde, en tanto que Gertrudis Lagos y su nieto Benjamin, le tienen gran cariño. Una noche, el Hombre Verde encuentra en el bosque a un chico de tres años a quien manos criminales dejaron abandonado para que muriera de frío. El Hombre Verde le lleva a casa de Gertrudis Lagos y sospechando que es Ravelo el criminal, se introduce al castillo de ese individuo en una noche que Ravelo ofrece un baile de fantasía. Allí el misterioso habitante de la selva se convence de que el niño abandonado estuvo oculto en la Torre Maldita del castillo. En varias ocasiones, el Hombre Verde burla a la policía y a sus enemigos ocultándose en un subterráneo, al cual se introduce por el tronco hueco de una encina. Una tarde, Rubén Snake aprisiona al Hombre Verde y le deja atado a un árbol. Mientras va en busca de Ravelo, Benjamin Lagos desata al Hombre Verde y ambos acuden a curar a la cierva Mimosa, que Rubén ha herido. Los enemigos del misterioso habitante del bosque se enfurecen al advertir que éste ha huido; sospechando que Ben le ha libertado, Ravelo se dirige a casa de Gertrudis Lagos y descubre que allí se encuentra Billy. En el acto ordena a Rubén Snake que rapte al niño. Rubén se introduce a medianoche al dormitorio de Benjamin, le da un golpe para aturdirlo y se lleva a Billy. El Hombre Verde, impuseto del hecho, recupera a Billy; pero es tomado prisionero por Rubén Snake. Benjamin Lagos facilita la fuga de su amigo, quien decide que Gertrudis, Ben y Billy, se alejen por un tiempo de Valleenegro. Cuando se dirigen en automóvil a Mar Amarillo, Ravelo y Snake les detienen, Ravelo secuestra a la anciana y a los niños, en tanto que Snake oculta en su carruaje al Hombre Verde, cautivo y maniatado. Benjamin Lagos salta fuera del automóvil y acude en auxilio del Hombre Verde, a quien liberta. Ambos se dirigen a la quinta Olivillo, donde Ravelo tiene prisioneros a Gertrudis y Billy. Rescatados éstos, el Hombre Verde les lleva a la playa de Mar Amarillo, les instala en una cómoda casa y regresa a Valleenegro. En el camino es perseguido por una pareja de carabineros y por huir de ellos el automóvil se vuelca en un estanque de aguas cenagosas. El Hombre Verde logra escapar con vida y mientras Snake está ausente de su casa, el misterioso habitante del bosque, descubre que el guardabosque es el individuo que robó el reloj, cadena de oro y cartera de Simeón Ravelo. El Hombre Verde oculta esos objetos bajo las tablas de la salita de Snake. Momentos después llega Snake, quien pretende cautivar al Hombre Verde; pero éste le amenaza con la carabina y le obliga a guardar silencio. El Hombre Verde ha secuestrado a Simeón Ravelo en los subterráneos del castillo. Guardabosques y carabineros buscan al hacendado y sospechan que el misterioso habitante del bosque es culpable del secuestro.

CAPITULO XII

Ravelo en libertad

EL Hombre Verde, perseguido por más de doce individuos, comprendía que su situación era peligrosísima.

Dos veces habían pasado los guardabosques a medio metro del matorral donde se ocultaba.

Cuando les vio alejarse, trepó a un inmenso roble y desde allí observó a sus perseguidores.

—Seguramente ha trepado a un árbol —

decía uno de los carabineros —. Examinemos los troncos y así veremos dónde han quedado huellas de su ascensión.

Fué el guardabosque, cómplice de Snake en el robo de conejos, quien descubrió las huellas del Hombre Verde en el tronco del inmenso roble.

—No se le divisa porque es muy tupido el ramaje — declaró el sargento Dumas — pero traigan una hacha para derribar el árbol.

—Esperen un momento — ordenó el oficial de carabineros —. Vamos a intimarle rendición antes de sacrificar el árbol.

El sargento Dumas colocó sus dos manos alrededor de la boca y comenzó a llamar

al misterioso habitante del bosque.

—Hombre Verde — gritaba Dumas — todos sabemos que estás oculto en la copa de este roble. Baja en el acto, si no quieres que te aplaste el roble al caer.

Por toda respuesta el Hombre Verde lanzó una de sus sonoras carcajadas.

—Snake — ordenó el oficial — mande a los leñadores que echen abajo el roble.

Una cuadrilla de leñadores inició en el acto la tarea.

El Hombre Verde, desde la copa del gigantesco roble seguía el trabajo de los leñadores pensando cómo podría escapar de sus enemigos.

Por fin decidió que cuando el roble cayera derribado, él saltaría a otro árbol que se hallaba a varios metros de distancia del roble que le servía de refugio.

Lo esencial era darse cuenta hacia qué lado caería el añoso roble, pues cualquiera torpeza acarrearía su muerte o su captura.

Cada hachazo repercutía hasta en la última rama del roble. Poco a poco fué ahondándose el corte — el Hombre Verde estuvo listo para saltar a tiempo que el inmenso



DESDE LA COPA DE UN INMENSO ROBLO el Hombre Verde observaba a sus perseguidores.

dos roble, y grande fué la estupefacción de todos al ver que el Hombre Verde había desaparecido.

—Sin embargo, estaba allí — dijo el sargento Dumas —; yo escuché su burlesca carcajada.

Rubén Snake guardó silencio. Después de la amenaza del Hombre Verde, el guardabosque prefería no intervenir en los asuntos de su enemigo a quien comenzaba a temer.

Como recordarán nuestros lectores, el Hombre Verde tenía prisionero en una caverna subterránea al hacendado Simeón

árbol caía con estruendo y vertiginosa rapidez sobre el césped.

El Hombre Verde saltó del roble al árbol vecino con la maestría de un acróbata.

Nadie le vió, pues su traje se confundía con el verde follaje.

Saltando de rama en rama, el misterioso habitante del bosque llegó hasta la vieja encina que daba acceso a su morada subterránea y allí reposó por fin de su inquietante aventura.

Entretanto, los carabineros y los guardabosques registraban el frondoso



UNA CUADRILLA DE LEÑADORES procedió a cortar el roble.



Ravelo y Snake sospechaba que era el misterioso enmascarado quien le había capturado, por arte de magia o por medios desconocidos para él.

El Hombre Verde, después de un breve descanso en su morada subterránea, se internó por el oscuro túnel, a fin de visitar a su prisionero.

—Después de un día de cautiverio, ya estará más dispuesto a confesar quién es el niño Billy— se dijo el selvático.

Al llegar a la caverna, el Hombre Verde tuvo una desagradable sorpresa. Su prisionero no estaba atado a la cadena.

Sin duda Ravelo en un frenesí de rabia había hecho esfuerzos sobrehumanos por romperla y había huído.

—Si está aún en el túnel — se dijo el Hombre Verde — puedo capturarlo de nuevo. Sin una linterna para alumbrarse se habrá perdido entre los vericuetos de este laberinto subterráneo.

Sin embargo, la fuga de Ravelo resultaba un hecho gravísimo para el Hombre Verde. Ravelo ya tenía conocimiento de la existencia de los subterráneos que daban acceso a la torre maldita y, además, podría fácilmente descubrir su morada bajo la vieja encina.

De pronto el Hombre Verde escuchó el ruido de una cadena que se arrastraba y cautelosamente se internó en el estrecho túnel de donde procedía el ruido. Un momento después escuchó un agudo grito y el ruido de la cadena cesó súbitamente. Vanos fueron todos los pasos que dió el Hombre Verde para encontrar a Ravelo. El hacendado había desaparecido misteriosamente.

El sargento Dumas volvía a la aldea de Vallenegro, con el objeto de dar narte a sus superiores de su búsqueda infructuosa,

AL VER A RAVELO EN EL LAGO, el sargento Dumas creyó que se le aparecía un difunto.

cuando de improviso escuchó un grito ahogado.

Volviendo sobre sus pasos se aproximó al lago que circundaba el bosque y abriéndose paso entre los cañaverales, divisó a un individuo en pijama, con el cabello desgredado y la faz livida, que alzaba los brazos y daba gritos ahogados.

—Don Simeón Ravelo — exclamó estupefacto el sargento.

Dumas creyó que era el ánima del difunto y retrocedió aterrado.

—No te quedes ahí como un idiota — exclamó Ravelo — ven a sacarme de este pantano, animal. ¿No me oyes? ¿O crees que soy un aparecido?

—Sí, sí, señor — balbuceó el sargento perdiendo su timidez — deme la mano. Afírmese en mí...

No fué cosa fácil alzar al cautivo cuya cadena de fierro pesaba muchos kilos.

—Tira, animal, o que un rayo de parta — gritaba Ravelo.

Si no hubiera sido por los cien pesos de premio que Snake había ofrecido a quien encontrara a Ravelo, el sargento Dumas habría dejado abandonado a su suerte al cruel hacendado. Pero este aliciente le movió a soportar los insultos de Ravelo y a sacarlo por fin del cenagoso lago.

—¿Estamos lejos del castillo? — preguntó Ravelo al sargento.

—Siguiendo por la orilla del lago — respondió Dumas — hay menos de una legua. Apóyese en mi brazo, señor.

—Te imaginas, bruto — vociferó Ravelo — que estoy en estado de caminar una legua.

El sargento Dumas contempló al hacen-

dado que sólo vestía un mojado pijama, los pies descalzos y una cadena atada a la cintura.

—Dame tu chaqueta — ordenó Ravelo al sargento — y llévame cargado hasta esa choza del guardabosque. Ustedes son unos imbéciles. Mientras el Hombre Verde me cautivaba, ¿qué han hecho por buscarme? ¿Para qué sirve la policía en este país del diablo?

Dumas cargó sobre sus hombros al hacendado.

Por entre las breñas el Hombre Verde observaba la escena y con su habitual buen humor murmuraba:

—Quién tuviera una máquina fotográfica para sacarle una plancha grotesca al orgulloso Ravelo. ¡Cómo gozarían con verla Benjamín y Gertrudis Lagos!

El pobre Dumas jadeaba con el peso del hacendado y cuando se detenía Ravelo le insultaba y le daba de puntapiés.

El sargento no soportó más el mal tratamiento de Simeón y le dejó caer.

—Olvida usted, señor — dijo Dumas a Ravelo — que soy sargento de carabineros y que debe respetarme. Aquí le dejaré tumbado mientras voy en busca de auxilio.

—No me deje solo — suplicó Ravelo — piense que yo tengo mucho dinero y...

—No lo tendrás por mucho tiempo más —

dijo una voz que salía de entre las breñas.

—El Hombre Verde — exclamó Dumas.

En efecto, el Hombre Verde salía de entre los matorrales del bosque y cruzado de brazos contemplaba al grotesco hacendado.

—Arréstelo, Dumas — ordenó Ravelo temblando de rabia y de vergüenza —. Es un bandido.

El sargento no deseaba otra cosa, pues sabía que, además de la gloria que obtendría con la captura del misterioso habitante del bosque, Ravelo le recompensaría. ¿Pero cómo arrestar a ese individuo que se evaporaba como el humo?

—Arréstame, Dumas — replicó sonriendo el Hombre Verde — pero no hoy día... Ese pobre pelele necesita tus cuidados. Míralo cómo tiembla el cobarde... Pregúntale cuántos crímenes tiene en la conciencia.

Y mientras hablaba no perdía de vista al sargento que disimuladamente se preparaba a saltar sobre él en el primer momento de distracción.

—Entréguese buenamente — dijo Dumas al Hombre Verde — tarde o temprano le cojerán.

Y al decir esto, dió un salto de hipopótamo y alcanzó a coger el brazo del enmascarado.

(Continuará)



CARTILLA DE «EL HOMBRE VERDE»

La serial "El Hombre Verde" tiene tres enigmas cuya solución presentamos a nuestros lectores.

- ¿QUIEN ES SIMEON RAVELO?
- ¿QUIEN ES BILLY, el niño abandonado en el bosque?
- ¿QUIEN ES EL HOMBRE VERDE?



Entre los que acierten esta cartilla sorteaemos premios en dinero y valiosos objetos.

Las respuestas deben enviarse antes del 1.º de enero de 1934.



EL MOMENTO ESE...

de entregarse al dentista, no llegará para usted si limpia sus dientes, después de cada comida, con

PASTA ESMALTINA.

PASCUA



LA SEÑORA (que encuentra que ya deberían irse los pequeños invitados al Arbol de Pascua).—¿No creen ustedes que la mamá y el papá los estarán echando de menos?

UN CHICO.—Sí, señora. ¿Los llamo por teléfono?



CAPITULO XIII

Billy otra vez en peligro

EL sargento Dumas no era un cobarde; pero no contaba con la agilidad y astucia del Hombre Verde.

Al saltar sobre el misterioso enmascarado, éste le hizo una zancadilla con el pie y en seguida se colocó tras del tronco de un árbol.

—Pillame, sargentito de marras — decía el Hombre Verde riendo a carcajadas — con sólo alargar la mano te haces de una conquista preciosa.

Dumas se enfurecía y seguía dando vueltas alrededor del tronco como un chiquillo travieso.

Entretanto, Simeón Ravelo, tan furioso como el sargento, trataba de dar un paso, pero la gruesa cadena le estorbaba y, además, sus pies descalzos le impedían caminar por el césped lleno de zarzas y de espinudas ramas.

De pronto Ravelo recordó que del bolsillo de la chaqueta de Dumas pendía un pito y comenzó a tocarlo rabiamente.

El agudo sonido repercutió en el bosque y atrajo la atención de los guardabosques y carabineros que buscaban a Ravelo.

—Por esta vez te has escapado de tu prisión, Simeón Ravelo — dijo el Hombre Verde a su enemigo —; pero te advierto que aun tenemos cuentas pendientes. Mientras subsista el misterio del niño que abandonaste en el bosque, no tendrás un instante de tranquilidad. Hasta la vista, sargento.

Y al decir esto desapareció por entre los matorrales de la selva.

Diez segundos después aparecían junto a Ravelo dos guardabosques.

—¿No vieron al Hombre Verde? — preguntó furioso Ravelo —. Ha huido por el mismo camino que les trajo a ustedes hasta aquí.

Los guardabosques en vez de responder se

RESUMEN: Nadie sabe en la aldea de Vallenegro, quién es el Hombre Verde. Simeón Ravelo, dueño del castillo, bosque y tierras de esa comarca, odia al misterioso enmascarado y le persigue. El Hombre Verde encontró abandonado en el bosque a un chico de tres años, al cual salvó de la muerte entregándole al cuidado de Gertrudis Lagos. El Hombre Verde sabe que fué Simeón Ravelo quien cometió el delito de abandonar a Billy y por este motivo visita la Torre Maldita del castillo donde estuvo cautivo el niño. Después de muchas aventuras, el Hombre Verde decide alejar a Billy, a Gertrudis y Benjamin de Vallenegro y los lleva a la playa de Mar Amarillo. A su regreso, rapta una noche al hacendado Simeón Ravelo y le aprisiona en los túneles subterráneos que comunican secretamente el castillo con el bosque. El hacendado ha roto su cadena y buscando una salida fuera del túnel, cae al lago.

quedaron contemplando la grotesca figura del patrón.

—¿Por qué se quedan como estafermos? — gritó Ravelo — ¿y qué hacen ahí, imbéciles?

Los guardabosques hubieran estallado de risa si el temor de la venganza de Ravelo no los hubiera detenido.

Tras de los guardabosques llegaron los carabineros y gente de la aldea.

La humillación de Ravelo era atroz.

Por fin llegó Snake y ayudado por otro guardabosque trasladaron a Ravelo en silla de manos hasta el castillo.

Interrogado por la policía, el hacendado declaró que el Hombre Verde le había narcotizado durante la noche y que cuando volvió en sí, se había encontrado dentro del lago.

—Pero el secuestro fué anteayer — insinuó el oficial —. ¿No se acuerda usted qué ocurrió durante las horas de ayer y de anoche?

—Si lo recordara se los diría — declaró fastidiado Ravelo.

Era evidente que no deseaba que la policía conociera la existencia de las cavernas subterráneas.

Los policiales se retiraron y apenas Ravelo quedó solo con Rubén Snake, le refirió fielmente lo ocurrido.

—El Hombre Verde me llevó narcotizado a una caverna subterránea — decía Ravelo a su cómplice — y me declaró que permanecería allí prisionero y encadenado hasta que le confesara quién era Billy. Pero yo logré romper la cadena que me ataba al muro de piedra y busqué una salida por entre un laberinto de oscuros túneles. Creo que anduve varias horas por esas cavernas y de pronto caía al agua. Bajo el bosque hay una vertiente subterránea que surte al lago. La corriente me arrastró vertiginosamente, y de pronto me encontré en la superficie y a la luz del día. Me parece que si volviera a visitar esos parajes descubriría la desembocadura de la vertiente subterránea.

—Y también descubriríamos el sitio donde se oculta el zorro verde — replicó Snake.

Ravelo y Snake decidieron ir al día siguiente al lago y buscar la vertiente que surtía de aguas al cenagoso lago.

Después de una noche de reposo, Ravelo estuvo listo para iniciar sus pesquisas.

Snake le acompañaba en un pequeño bote.

Entretanto, el Hombre Verde se encontraba en una situación angustiada. Ravelo conocía ya la existencia de las cavernas y en cualquier momento podía invadir con su gente los túneles subterráneos y descubrir su morada.

—Yo ignoraba que hubiera una salida al lago — se decía el misterioso enmascarado — y este descubrimiento estorba mis planes.

El misterioso habitante del bosque, calculó que Ravelo intentaría, lo más pronto posible descubrir aquellos subterráneos y, como era lógico, visitaría el lago a fin de

buscar el túnel por el cual había salido de tan triste manera.

Oculto en la copa de un roble el Hombre Verde divisó a Ravelo y a Snake remando en un bote. Ambos individuos pasaron cerca de él sin descubrirle. A poco remar Ravelo exclamó señalando una pequeña cascada cuyas aguas caían al lago:

—Allí está el túnel por donde yo caí al agua. Acércate a la cascada, Rubén.

Después de examinarla, Snake dijo a su patrón:

—No me parece fácil volver a entrar allí, señor. Correríamos el riesgo de ahogarnos. Sin duda existe una vertiente subterránea. Busqué a otro túnel...

—A nadie le conviene más que a ti la captura del Hombre Verde, Snake — declaró Ravelo —. El sabe mucho sobre ti y cualquier día tendrás que defenderte de sus acusaciones...

—Bien dicho, señor Ravelo — exclamó el Hombre Verde desde la copa del árbol.

Ambos cómplices pasearon sus miradas por las riberas del lago; pero ya el misterioso enmascarado había desaparecido.

Simeón Ravelo estaba desesperado. Como lo había dicho Snake resultaba imposible introducirse a las cavernas por la cascada y, sin embargo, el Hombre Verde continuaba burlándose de él y triunfando en toda la línea.

Después de tantos fracasos, el hacendado decidió ausentarse de Vallenegro. Partió con grandes maletas y a nadie comunicó hacia dónde se dirigía.

El Hombre Verde casi no podía salir de su caverna subterránea porque el bosque estaba lleno de trabajadores que cortaban centenares de árboles. Poco a poco desaparecería la selva y le sería difícil vivir allí.

Una mañana, el misterioso habitante de la caverna, sintió un extraño presentimiento. Le parecía que Gertrudis Lagos le llamaba, y le decía que Billy corría peligro. Tan intensa fué la angustia que le produjo esta idea, que el generoso enmascarado no vaciló un momento y cogiendo su motocicleta se lanzó por caminos extraviados a las playas de Mar Amarillo.



EL HOMBRE VERDE se divertía haciendo rabiar al sargento Dumas.

En dos horas de viaje a vertiginosa carrera, el Hombre Verde estuvo a la puerta del chalet que había arrendado para Gertrudis Lagos y los niños.

La anciana le saludó con el cariño de siempre.

—¿Cómo están ustedes, mi buena Gertrudis? — dijo el Hombre Verde a la abuela de Benjamín.

—Muy bien, señor, y pensando siempre en usted. Pero no sé por qué motivo estoy inquieta. Se me ocurre que algo malo va a ocurrir. Yo diría que el diablo anda rondando por aquí. Usted pensará, señor, que soy una vieja loca.

—De ninguna manera — respondió el Hombre Verde — porque yo también he sentido esa inquietud y por eso he venido. ¿Dónde están los niños ahora?

—Jugando en la playa — contestó Gertrudis —. Ben y Billy se han hecho amigos de un pescador que les presta un botecillo y todas las tardes Benjamín se ejercita en remar.

—Supongo que no se alejarán mucho de la playa — dijo el Hombre Verde.

—Por cierto que no — murmuró Gertrudis — yo le he advertido a Ben que si no obedece le daré una calda de la cual se acordará todos los días de su vida.

El misterioso enmascarado se dirigió a la playa y con su antejo de larga vista paseó sus miradas en torno al pintoresco balneario. Atrajo su atención un magnífico yat.



—ALLI ESTA LA VERTIENTE por donde yo cai al lago — explicaba Ravelo a Snake.

Fijando con más atención sus ojos en aquel barco, leyó su nombre.

—El Castella — exclamó aterrado el Hombre Verde — es el yat de Simeón Ravelo. ¿Qué motivo siniestro le trae a Mar Amarillo?

Un momento después vió aparecer en la cubierta del yat a Simeón Ravelo, quien observaba el bote donde remaba Benjamín Lagos y Billy.

Sin perder un instante el Hombre Verde corrió a la caleta de pescadores y alquiló una embarcación.

Cuando la echó al mar vió que Simeón Ravelo se dirigía al sitio donde se hallaban los niños en una lancha a gasolina.

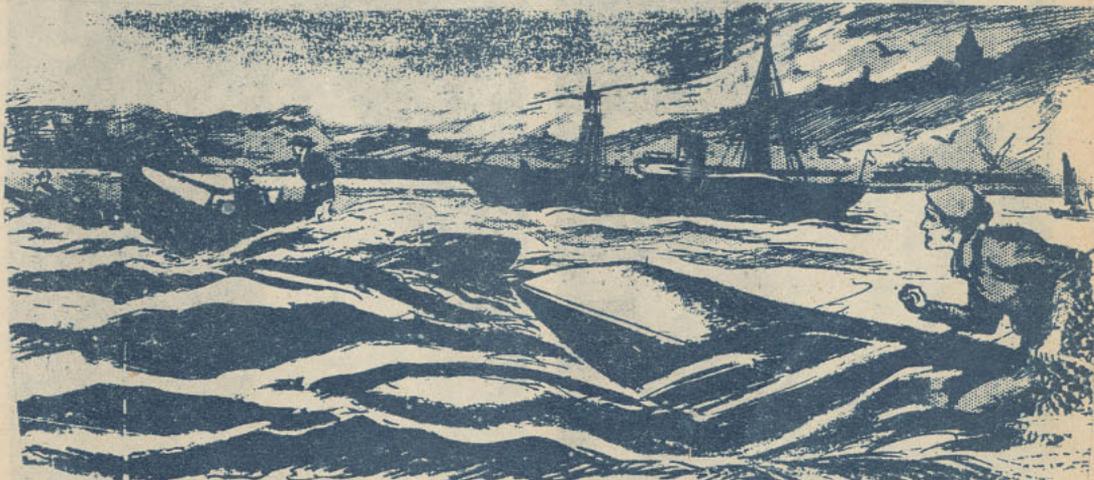
—Bandido — exclamó el Hombre Verde remando a toda fuerza —. Billy jamás caerá en tus garras mientras yo viva.

Entretanto, Benjamín Lagos, sin sospechar que la lancha a gasolina que venía hacia él, conducía a su enemigo Ravelo, continuaba remando mar afuera.

—Acerquémonos a ese buque tan lindo — decía Billy a su compañero.

Desobedeciendo las órdenes de su abuela Gertrudis, Ben se alejaba de la playa y cuando advirtió que era Simeón Ravelo quien se aproximaba en la lancha a gasolina, su desesperación fué atroz.

¿Cómo salvar a Billy? El Hombre Verde y su abuela le culparían de la desgracia



SIMEON RAVELO se aproximaba al bote ocupado por Benjamin y Billy.

EL HOMBRE VERDE

que le ocurriera al niño y nunca le perdonarían su imprudencia.

En su turbación, en vez de remar hacia la playa, Benjamín sólo pensaba en huir de la lancha y se alejaba así de todo recurso o auxilio.

De pronto Ravelo dió una mirada hacia atrás y divisó al Hombre Verde que venía tras de él.

—Por todos los demonios — exclamó el vil individuo — otra vez el Hombre Verde se

cruza en mi camino —. Gantes, dé mayor velocidad al motor; es preciso alcanzar inmediatamente a ese botecillo.

El Hombre Verde se desesperaba... A pesar de que la distancia se acortaba gracias a sus titánicos esfuerzos, ya era casi imposible ganarle delantera.

Un grito de terror lanzado por Billy y Benjamin desesperaron aún más al misterioso enmascarado.

(Continuará)

PRIMERA COMUNION



*Amanda Bañados Cuadra.
(Santiago).*



*Matilde Scuffeneger.
(Mulchén).*



Mario y Eliana Strappa A.



Aída Rebeca Bustamante B. (Valparaíso).



*María Elena Arteaga.
(Quipué).*



Yolanda Sofía Romanini O. (Melipilla).



Adriana Alvarez Piña. (Melipilla).



CAPITULO XIV

Perdidos en el mar

BENJAMIN Lagos y Billy al descubrir que Simeón Ravelo les perseguía, lanzaban gritos de auxilio y luchaban por huir del enemigo.

De pronto Ben divisó la lancha del Hombre Verde a varios metros tras de la de Ravelo y abrigó la esperanza de que aun podrían salvarse.

Pero no fué así... El piloto de Simeón Ravelo atracó la lancha al costado del bote.

Benjamin se puso de pie sobre el barquichuelo y levantando uno de los remos gritó valientemente:

—Retírese de aquí, señor; Ud. nada tiene que ver con nosotros.

—Gantes — ordenó Ravelo al piloto —, coge al chico. Pronto, pronto.

Gantes saltó al bote; pero no pudo coger al niño, porque Ben descargó sobre él un remo. El marinero furioso dió una feroz bofetada al muchacho y le lanzó de cabeza al mar.

Acto continuo cogió a Billy por la cintura y se lo entregó a Ravelo.

El Hombre Verde había presenciado la tragedia a pocos metros de distancia y tal vez habría podido alcanzar a Ravelo, si Benjamin Lagos no hubiera estado en peligro.

Minutos perdidos, que facilitaron la fuga del malvado Ravelo. El misterioso enmascarado divisó a Benjamin luchando por mantenerse a flote y acercándose lo alzó hasta la lancha que él dirigía.

—Señor Hombre Verde — murmuró sollozando Ben —, merezco un castigo: Azóteme, máteme... Por mi culpa se han roado al pobre Billy.

Y el niño lloraba y temblaba de frío.

—Abriate con mi capote — dijo el Hombre Verde al desesperado niño—. Con castigarte no recuperé a Billy. Comprendo tu desesperación; pero ánimo, Ben. Ya salvarémos al niño.

La lancha a gasolina llegaba ya cerca del yate Castilla, cuando el Hombre Verde lanzó una maldición.

—Se agotó la bencina... So podemos avanzar...

RESUMEN.—Nadie sabe en la aldea de Valenegro, quien es el Hombre Verde. Simeón Ravelo, dueño del castillo, bosque y tierras de esa comarca, odia al misterioso enmascarado y le persigue. El Hombre Verde encontró abandonado en el bosque a un chico de tres años, al cual salvó de la muerte entregándole al cuidado de Gertrudis Lagos. El Hombre Verde sabe que fué Simeón Ravelo quien cometió el delito de abandonar a Billy y por este motivo visita la Torre Maldita del castillo donde estuvo cautivo el niño. Después de muchas aventuras, el Hombre Verde decide alejar a Billy, a Gertrudis y Benjamin de Valenegro y los lleva a la playa de Mar Amarillo. A su regreso, rapta una noche al hacendado Simeón Ravelo y le aprisiona en los túneles subterráneos que comunican secretamente el castillo con el bosque. El hacendado ha roto su cadena y buscando una salida fuera del túnel, cae al lago. El Hombre Verde es perseguido de nuevo, pero sin éxito alguno. Simeón se dirige a Mar Amarillo con el fin de raptarse a Billy. El Hombre Verde llega al balneario a tiempo que Ravelo pretende apoderarse de Billy.

En efecto la vieja lancha, que el Hombre Verde había contratado en la caleta de pescadores, no tenía más combustible. Y para colmo de desgracia se desencadenó una tormenta, con lluvia, truenos y mar gruesa.

—No hay ni un remo en esta lancha — dijo desesperado el Hombre Verde.

Anochecía ya. El yate Castilla se alejaba rápidamente, mientras ellos quedaban abandonados en alta mar.

—Señor Hombre Verde—murmuró Ben—, estamos perdidos.

—Mientras tengamos el alma en el cuerpo no hay que desesperar — replicó el enmascarado.

Pero en su interior, el Hombre Verde comprendía que el peligro era grave.

De pronto una ola gigantesca volcó la lancha y ambos cayeron al mar.

En medio de la tenebrosa obscuridad, el Hombre Verde cogió por la cintura a Ben y le sostuvo sobre la superficie del agua.

Así permanecieron más de una hora, has-

ta que las fuerzas del enmascarado se agotaron.

Ben pesaba sobre el brazo del Hombre Verde cada vez con más fuerza.

De pronto un reflector se posó sobre los naufragos.

El Hombre Verde antes de perder los sentidos se había aferrado a una red de pescadores.

El capitán del barco daba órdenes de recoger la red.

—Viene muy pesada — decía Samuel Davis.

José Raulin, otro de los pescadores hizo girar el reflector eléctrico y exclamó estupefacto:

—Hemos hecho una pesca milagrosa... Un hombre y un niño.

—Levántenlos — ordenó el capitán.

Ambos naufragos estaban inconcientes. Los marineros les condujeron a un camarote, y después de desvestirlos les acostaron cubriéndoles con gruesas frazadas.

Cuando el Hombre Verde volvió en sí, su primer pensamiento fué para Ben. ¿Se habría salvado el nieto de Gertrudis Lagos?

Le dió la respuesta un suspiro del niño, que recobraba el conocimiento casi a un tiempo con él.

Se hallaban desfallecidos y a tal punto fatigados que después de cambiar algunas palabras volvieron a sumirse en un profundo sueño.

muel —; pero aseguran que es un bandido de la peor especie. Una vez atacó al señor Ravelo y le robó el reloj y la cartera. Yo sé que el hacendado de Vallenegro ha prometido una recompensa al que le capture.

—¿Y cómo se encontraba en el mar, el misterioso habitante del bosque? — interrogó el capitán.

—Tal vez se ha robado a ese chiquillo que lo acompañaba — dijo Samuel—. Conozco al niño. Es nieto de la señora Gertrudis Lagos, que vive en Mar Amarillo.

—¿La arrendataria del chalet de Bellavista? — interrumpió José Raulin—. Esa vieja también es muy misteriosa. Llegó hace poco a Mar Amarillo y vive de sus rentas. Tal vez es cómplice del Hombre Verde.

—No importa si es o no cómplice del enmascarado — exclamó el capitán—. Se trata de no dejar escapar al Hombre Verde. Apenas desembarquemos llamaremos a la policía y el señor Ravelo nos dará la recompensa prometida. Lo principal es que ese individuo no sospeche que le hemos reconocido. Le dejaremos encerrado en el camarote hasta que lleguen los carabineros.

El Hombre Verde ignorante de lo que se complotaba en su contra, continuaba durmiendo y sólo al amanecer despertó a Benjamín.

—Hola, Ben, ¿cómo te sientes?

—Se mueve mucho el buque — murmuró Benjamín—. No comprendo como estamos



Entretanto el capitán del barco pescador y sus dos marineros hacían conjeturas sobre los naufragos.

—Es el famoso Hombre Verde — decía Samuel Davis—. Miren Uds. esta blusa verde, el antifaz y los pantalones. Mi hermano trabaja en el bosque de Vallenegro y me ha contado sus aventuras.

—¿Quién es el Hombre Verde? — interrogó el capitán.

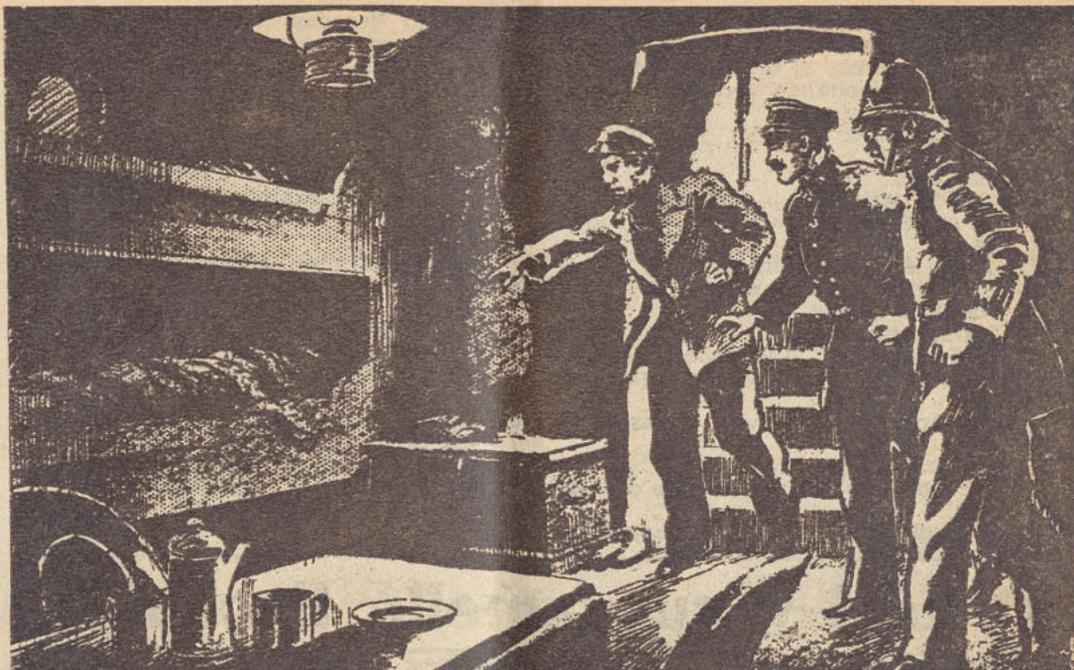
—Nadie sabe quien es — prosiguió Sa-

—HEMOS HECHO UNA PESCA MILAGROSA — dijo Samuel Davis—. Un hombre y un niño.

vivos. Dígame señor Hombre Verde, ¿quién nos recogió?...

—Chit, no me llames Hombre Verde — balbuceó el misterioso personaje.

En ese momento Samuel Davis abrió la puerta y alcanzaba a oír la conversación de los naufragos.



—Mi capitán, ya lo decía yo... Es el Hombre Verde en persona. Acabo de oír que así lo llamaba el chiquillo — dijo el pescador a su jefe.

—Bien — ordenó el capitán —, haz salir del camarote al niño y deja encerrado al otro.

Samuel Devis entró al camarote con la ropa de Benjamín.

—Vístete niño — dijo el pescador a Benjamín —, y ven a tomar desayuno al puente. Su traje no está aún seco, señor — añadió dirigiéndose al Hombre Verde.

—No importa — respondió el misterioso selvático — puedo esperar un rato. ¿Parece que aún no cesa la tempestad?

—Ha sido una noche horrenda — explicó Samuel —, creo que no podremos entrar al puerto hasta mediodía.

Benjamín descendió de la cama y comenzó a vestirse.

—Estoy mareado con el movimiento — balbuceó Benjamín —, preferiría quedarme aquí.

—Imposible — dijo Samuel —, el capitán lo ordena.

La respuesta del marinero despertó las sospechas del Hombre Verde, sospechas que fueron confirmadas cuando Samuel al salir del camarote con Ben, cerró la puerta con llave.

Benjamín fué conducido al puente y allí le ofrecieron una taza de café con leche y pan.

—¿Cómo te secuestró el Hombre Verde? — interrogó Samuel Davis al niño.

Benjamín no tuvo tiempo para responder, porque en ese momento el marinero era llamado por el capitán.

Pero la pregunta de Samuel dió a comprender al niño que en el barco sabían quién era su amigo.

—Yo le he metido en este embrollo — se

EL CAPITAN señaló el lecho donde yacía el misterioso Hombre Verde.

dijo Ben —, y tengo que ayudarle a salir de él.

En un cordel, cerca del sitio donde le había dejado Samuel, divisó la ropa del Hombre Verde. Al punto la arrolló en un paquete y se deslizó silenciosamente hasta el camarote.

—Han descubierto quien es Ud. — dijo Ben al Hombre Verde —, y seguramente piensan entregarle a la policía cuando lleguemos al puerto.

—Así lo sospechaba yo — replicó el Hombre Verde—. Pero no te aflijas, niño. De peores aprietos me he librado ya en mi aventurera vida.

—¿Cree Ud. fácil huir de aquí? — preguntó Ben.

—Muy fácil si tú me ayudas a realizar mi plan — respondió el Hombre Verde—. Todo depende de ti.

Y el misterioso enmascarado dió algunas instrucciones en voz baja a Benjamín Lagos.

—¿Me has entendido bien? — interrogó el misterioso individuo.

—Perfectamente — replicó sonriendo Benjamín.

El muchacho volvió al puente y al ver a Samuel Davis le dijo:

—Oiga, señor, parece que el Hombre Verde está muy enfermo. Se está quejando mucho... Es algo horrible. Mejor sería que Ud. fuera a ver qué le pasa...

El marinero vaciló un momento; pero en seguida pensó que si el prisionero se moría no obtendrían la recompensa prometida.

Temeroso de una celada, Samuel abrió lentamente la puerta y se detuvo para escuchar los lastimeros quejidos del Hombre Verde.

Entretanto Ben observaba las maniobras del capitán y del otro marinero, quienes trataban de acercar el barco al muelle de Mar Amarillo, luchando con la tormenta que aun arrebataba.

A poco subió el pescador y el niño le preguntó:

—¿Está bien?

—Nada de particular — replicó el individuo que cubría su rostro con un capuchón de hule.

Benjamín dió un suspiro de alivio y continuó observando las maniobras del capitán y de José Raulín.

—¿Dónde está Samuel? — interrogó de pronto el capitán—. Allí viene la lancha de la capitania y los carabineros que pedí por radio.

Hace rato que no le veo — respondió José.

Samuel había desaparecido.

En ese momento subían al barco dos carabineros.

—Por aquí, señores — dijo el capitán a

los recién llegados —, el prisionero está encerrado en el camarote de abajo.

—¿Está Ud. seguro de que es el Hombre Verde? — preguntó uno de los carabineros—. Parece difícil que se encuentre a tanta distancia del bosque de Vallenegro.

—Estoy seguro — respondió el capitán— le hemos descubierto por la ropa.

Al entrar al camarote, el capitán señaló el lecho donde yacía el misterioso individuo.

El carabinero se aproximó y levantó la ropa.

—Por los mil rediablós — exclamó estupefacto el capitán —, este no es el Hombre Verde. El villano se ha fugado.

En vez del prisionero se hallaba en el lecho Samuel Davis, atado como un salchichón y con un pañuelo de mordaza.

—El Hombre Verde me amarró — dijo Samuel —, y en seguida se vistió con mi capote y capuchón impermeables.

(CONTINUARA)

HYKAH y su camello Escobillón



1. Llegó un día, en el desierto Banana, en que Hykah se dedicó a vender cactus. Llegó con un hermoso ejemplar a casa del pachá Ramis Futin. — ¿Tiene ropita usá que cambiar por un cacto raro?



2.—No, pero te lo cambio por una patada — respondió, furioso el pachá. La planta rara volvió a unos cuantos metros de altura y cayó sobre el piso que ocupaba el fachoso pachá del Banana.



3.—Ahora, lárgate, turco insolente — rugió Ramis Futin. — Guardias, arrójenslo a la calle. Pero Hykah no quería moverse sin ver el final de la película. — No ha caído en mala parte — alanta — decía.



4. El pachá se dejó caer en el piso y se levantó dando aullidos. Cientos de espinitas le clavaban. — Después de todo vas a tener ropita usá y bien aportillada — rió el turco, escapando.



CAPITULO XV

El naufragio del yate «Castella»

EL plan fraguado por el Hombre Verde y Benjamin, había tenido completo éxito.

Mientras el capitán y los carabineros quedaban estupefactos al ver en el camarote al marinero Samuel Davis en vez del prisionero que ellos iban a entregar, Benjamín Lagos saltó al bote que había traído a bordo la policía y de esa embarcación pasó a otras, hasta que logró llegar al muelle.

Como aun era muy temprano, la playa estaba solitaria y el niño pudo llegar sin tropiezos hasta el chalet de su abuela, Gertrudis Lagos.

La anciana no se había acostado esa noche, pensando en la suerte que habrían corrido el Hombre Verde, Ben y Billy.

Al ver llegar a su nieto, le preguntó anhelante:

—¿Dónde están el Hombre Verde y Billy?...

—Abuelita, ha sucedido una terrible desgracia, — baluceó Ben, — el señor Ravelo se robó a Billy.

Y con profundos sollozos y entrecortadas frases el niño refirió los sucesos narrados en el capítulo anterior.

—No te aflijas tanto, — murmuró la buena Gertrudis; — yo tengo plena confianza en el Hombre Verde y estoy segura que pronto recuperará al chico. Pero tú has recibido una terrible lección por haberme desobedecido.

El Hombre Verde se había lanzado al mar, mucho antes que llegara la Policía al barco pescador. Favoreció su fuga el capote de marinero que llevaba puesto y además la lluvia torrencial que oscurecía el amanecer.

—Podría ir en busca de mi motocicleta a casa de Gertrudis, — se dijo el Hombre Verde, — y así estaría antes de dos horas en el bosque de Vallenegro.

Pero no contaba con la alarma dada por la Policía al descubrir su fuga.

RESUMEN.—Nadie sabe en la aldea de Vallenegro, quien es el Hombre Verde. Simeón Ravelo, dueño del castillo, bosque y tierras de esa comarca, odia al misterioso enmascarado y le persigue. El Hombre Verde encontró abandonado en el bosque a un chico de tres años, al cual salvó de la muerte, entregándole al cuidado de Gertrudis Lagos. El Hombre Verde sabe que fué Simeón Ravelo quien cometió el delito de abandonar a Billy y por este motivo visita la Torre Maldita del castillo donde estuvo cautivo el niño. Después de muchas aventuras, el Hombre Verde decide alejar a Billy, a Gertrudis y Benjamín de Vallenegro y los lleva a la playa de Mar Amarillo. A su regreso, raptó una noche al hacendado Simeón Ravelo y le aprisiona en los túneles subterráneos que comunican secretamente el castillo con el bosque. El hacendado ha roto su cadena y buscando una salida fuera del túnel, cae al lago. El Hombre Verde es perseguido de nuevo, pero sin éxito alguno. Simeón se dirige a Mar Amarillo con el fin de raptarse a Billy. El Hombre Verde llega al balneario a tiempo que Ravelo pretende apoderarse de Billy. Ravelo rapta al niño y se lo lleva al yate «Castella». Entre tanto, el Hombre Verde salva a Benjamín que ha caído al mar. Ambos quedan en medio del océano; sobreviene una tempestad y después de muchas horas de terrible angustia, el Hombre Verde y Ben son recogidos por el capitán de un barco pesquero. El misterioso enmascarado es descubierto por el capitán, quien le delata a la policía. El Hombre Verde huye del barco, a tiempo que llegan los carabineros.

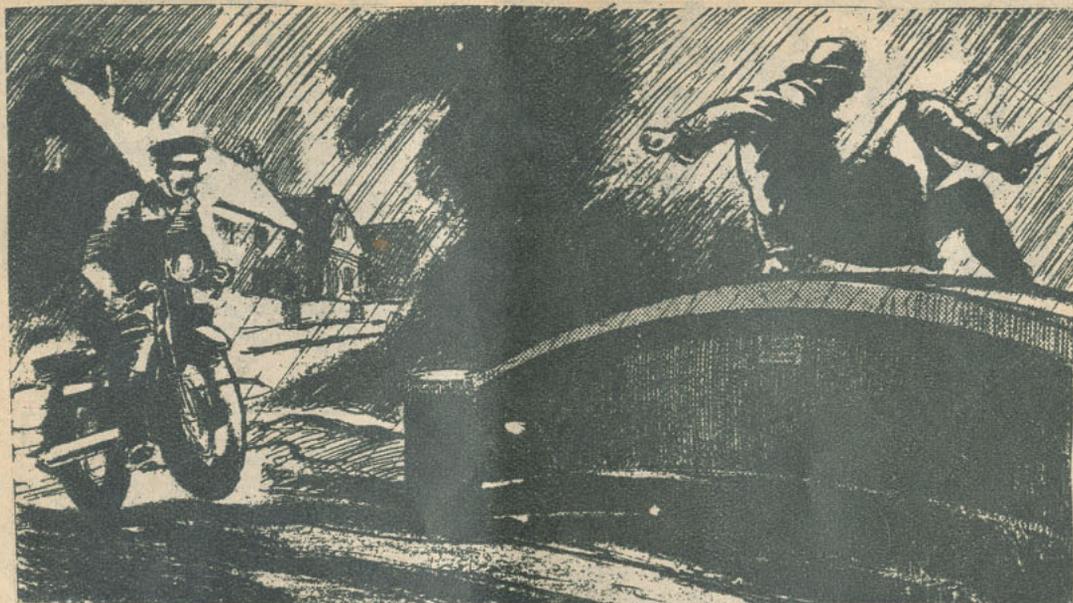
Dos pescadores que pasaban a su lado hablaban del suceso.

—Toda la policía está avisada, — decía uno de los pescadores, — y hay dos carabineros aguardando al Hombre Verde en casa de la señora Lagos.

El misterioso enmascarado se agazapó tras de un muro y cuando quedó solitaria la calleja se escurrió hacia un potrero; de allí corrió en medio de la lluvia torrencial hasta la carretera que conducía a Vallenegro.

Pronto se dió cuenta el fugitivo de que le seguía un carabinero en motocicleta.

La fuga se hacía difícil y en pocos mo-



mentos el motociclista le dió alcance.

El Hombre Verde se hallaba en medio de un puente, cuando el policial le gritó:

—¡Detente, o te atropello!

Por toda respuesta el selvático lanzó una sonora carcajada y con pasmosa agilidad saltó el parapeto del puente y se perdió de vista.

—Se va a desnucar, — exclamó estupefacto el carabiniere.

Dejando a un lado su motocicleta, se asomó por el parapeto y cuál no sería su asombro al ver que el Hombre Verde había caído sobre el techo de un vagón de ferrocarril.

En efecto, el Hombre Verde al asomarse al parapeto había visto que avanzaba una locomotora; calculando magistralmente el salto, cayó tendido sobre uno de los vagones en marcha.

El misterioso enmascarado pensó que el policial de la motocicleta daría parte por teléfono a los carabineros, de la próxima estación y que seguramente le esperarían allí para prenderle.

—Tendré que ocultarme en algún carro, — se dijo el Hombre Verde. Pero antes que pusiera en práctica su idea, el tren llegaba a la Estación. El fugitivo, con la ligereza que le era proverbial, se escurrió bajo el vagón, colgándose de las manos para evitar los andamios salientes en la vía férrea.

Varios carabineros se aproximaron al conductor del tren y le comunicaron que el Hombre Verde viajaba en ese convoy.

—Es preciso registrar todo el tren, — dijo el oficial de Policía.

A cada pasajero se le preguntaba si había visto a un individuo alto con un impermeable negro y capuchón de marinero.

Nadie le había visto y a nadie se le ocurrió mirar bajo las ruedas de los vagones.

Por fin el conductor del tren dió la orden de partir y la máquina comenzó a salir de la estación.

El Hombre Verde se deslizó hasta la pla-

EL HOMBRE VERDE saltó sobre el parapeto del puente.

taforma del último vagón y dió un salto. Pero con tan mala suerte que los pasajeros de otro tren que se cruzaba con el que partía, le divisaron y comenzaron a gritar:

—¡Ahí va el ladrón... Atájenlo.

Al punto se detuvieron ambos trenes y los pitos de los policiaes les resonaron por todas partes.

El Hombre Verde saltó un muro y continuó huyendo por el campo, hasta que sus perseguidores le perdieron de vista.

El Hombre Verde, al llegar al campo había divisado un caballo que pacía en un potrero y antes que los policiaes pudieran advertir la dirección que tomaba, saltó sobre el lomo del animal y emprendió veloz carrera.

Corrió así tres leguas y en seguida, acariciando al brioso corcel le dijo con su habitual simpatía:

—Gracias, mi buen caballito. Ahora puedes volver a tu potrero.

Aún se encontraba el Hombre Verde muy lejos de Vallenegro; resultaba casi imposible llegar al bosque a pie.

Agazapado caminó hasta la estación próxima y tuvo la suerte de encontrar un tren de carga que salía en ese momento del andén.

Sin que nadie le viera, se escurrió tras de las lonas de un carro y así pudo llegar a Vallenegro sin ser molestado.

Todas estas aventuras habían rendido al perseguido, quien arribó por fin al bosque y pudo trepar sin tropiezos a la vieja encina que daba acceso a su morada subterránea.

Rendido, y desesperado por la captura de Billy, el Hombre Verde se dejó caer sobre su lecho de pieles.

Después de un corto descanso, el misterioso enmascarado se despojó del impermeable y, encendiendo su cocina a petró-

leo, preparó una frugal comida y en seguida durmió ocho horas seguidas.

Era entrado el día cuando despertó con sus fuerzas recuperadas y dispuesto a efectuar una nueva aventura.

El Hombre Verde subió por la escalera de cordel que pendía del tronco hueco de la encina y saltó al césped. Tenía necesidad de llenar sus odres con agua fresca y además ansiaba darse un baño en el río.

El bosque estaba solitario aún; por lo tanto, nadie molestó al selvático en su corto paseo.

—Los guardabosques ignoran que he regresado, — se dijo el Hombre Verde, — y han relajado su vigilancia. Además, la ausencia de Ravelo me favorece.

Después de dar de comer a las avecillas y acariciar a su cierva favorita, la ágil Mimosa, el Hombre Verde volvió a trepar a la encina y se refugió en la caverna subterránea.

—Necesito imponerme de la suerte de Simeón Ravelo, — se dijo el misterioso enmascarado—. Tal vez los criados del castillo puedan tener noticias.

Poco antes del atardecer, el Hombre Verde atravesó los estrechos túneles y galerías subterráneas que comunicaban con el viejo castillo; llegó a la puertecilla de la torre maldita y de allí bajó al primer piso.

El mayordomo Juan leía un diario en alta voz a la servidumbre reunida en el pequeño comedor.

—Catástrofe ocasionada por el gran temporal de ayer, — leía Juan—. *El Yate "Castella", de propiedad del señor Simeón Ravelo, ha encallado cerca de Mar Amarillo.*

caballero; pero éste... Bueno, sigamos leyendo...

—“Hasta aquí han sido vanos todos los esfuerzos por desencallar el yate. Se teme que de un momento a otro el barco se hunda en los bancos de arena”.

—Bravo, — exclamó una doncella, — que se hunda el facineroso que nos trata de brutos y de imbéciles.

—Escuchen, ustedes — exclamó de pronto Juan—. Hay otra noticia espeluznante en el diario:

“EL HOMBRE VERDE, DEL BOSQUE DE VALLENEGRO”

“Ayer el capitán del barco pesquero “María Luz”, notificó a la policía que durante el temporal había recogido a un naufrago y que ése individuo era el Hombre Verde. Pero cuando llegaron los carabineros el misterioso enmascarado había desaparecido. Le persiguieron hasta la Estación de Malvina y se cree que ha vuelto otra vez al bosque de Valenegro”.

—Mar Amarillo está muy distante de Valenegro, — insinuó el camarero, — dudo que el Hombre Verde hubiera llegado hasta esa playa.

—Me alegro que haya escapado — dijo la camarera Evangelina,—porque aun cuando el patrón asegura que es un bandido, yo le tengo simpatía.

—Alabo su gusto, — replicó el camarero, —ese enmascarado es un vulgar ladrón. Ya ven ustedes que atacó al patrón y le robó su reloj y cartera.

—Eso dijo el patrón, — protestó Edith,



—¿El patrón andaba navegando? — interrogó el camarero—. No lo sabía...

—Yo, tampoco — dijo Juan—. Seguramente, ese idiota iría dirigiendo su yate, para no tener que pagar un práctico. Que se quede allí por un mes... No hace falta.

—Usted no le tiene simpatía, — comentó el camarero.

—Había de tenerle, — exclamó el viejo mayordomo—. El patrón antiguo era un

—**AHI VA EL LADRON** — gritaban los pasajeros del tren.

quien como sabemos era hermana de Ben Lagos y nieta de la anciana Gertrudis—. Lo que yo puedo asegurar, es que el señor Ravelo le teme al Hombre Verde y de ser alguien criminal, no creo que lo sea el enmascarado.

—Mejor sería que usted guardara sus ma-

los conceptos sobre el patrón, señorita Edith, — dijo Juan, — porque de otra manera...

—No se preocupe, don Juanito — interrumpió Evangelina—. Edith se ha enamorado del Hombre Verde. ¿No es cierto, amiguita?

Edith se puso más roja que una guinda, mientras el camarero y el chofer reían a carcajadas.

—El Hombre Verde es un individuo valiente, — exclamó Edith, — y no un pollo mojado...

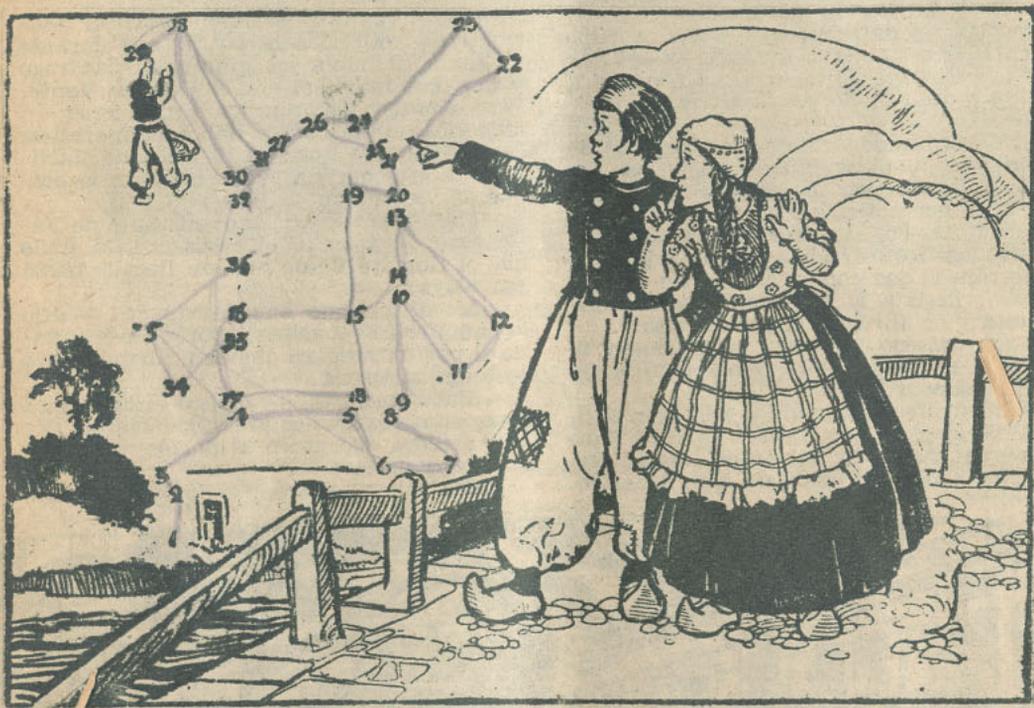
Y diciendo esto, la joven se dispuso a salir del comedor. Pero al abrir la puerta retrocedió espantada.

—Hay alguien allí, — dijo la joven, señalando una sombra que se escabullía entre los arcos de la galería.

(CONTINUARA).

R O M P E C A B E Z A S

¿Qué le pasa al molinero?



Hans y Gretel estaban asustados. Parecía que el molinero se caía del cielo. Pero no era así. Vean ustedes lo que aparece siguiendo la numeración con un lápiz. También está por ahí la mujer del molinero y cuatro niños.

LOS HUÉRFANOS DEL RANCHO K.

RESUMEN.—Jim Kennedy, ingeniero, abandona su trabajo en Yukón, por hacerse cargo de los huérfanos de su compañero de trabajo, Tomás Mason. Jim se impone de que existan dos familias Mason en Drummond, una rica y otra pobre. Creyendo que sus recomendados son los huérfanos del Rancho K., los toma a su cargo y los adopta legalmente. Trini, la mayor de los cinco niños, sabe positivamente que su padre se encuentra preso y que jamás ha ido a Yukón, no obstante calla por salvar a sus hermanitos del hambre y de la persecución del vecino Carden. Su padre, llamado también Tomás Mason, es un bebedor, un desalmado, cuyos malos tratos fueron la causa de la muerte de su madre. Piensa en él con terror. Gaspar Carden pretende comprar el Rancho K.; no consiguiéndolo, reclama la tutela de los niños, pero Jim se opone.

C O N C U R S O D E P R O V E R B I O S N.º 25

Solución: Al mejor cazador se le va la liebre.

Entre los solucionistas exactos se sortearon dos premios, correspondiendo \$ 5.— a Manuel Huidobro R., de Santiago y \$ 5.— a Inés Anguita, de Concepción.

SOLUCION A LOS PROBLEMAS DEL N.º 1305

EL CARTEL DE TOM, por Dte. Negro.—1, Molino; 2, Lorenzo; 3, Diurmo; 4, Toribio; 5, Pas-tero; 6, Fausto; 7, Novarro; 8, Aromo.

EL FONOGRAFO, por E. Ruiz.—1, Tisana; 2, Tarántula; 3, Tercerola; 4, Tortuga; 5, Tórtola.

PROVERBIO-JEROGLIFICO, por Tolap. — Más valen dos bocados de vaca, que siete de patatas.



CAPITULO XVI

Los naufragos del yate «Castella»

EDITH señalaba desde la puerta del comedor, una sombra que se deslizaba por la galería.

—Parece que es el Hombre Verde, — exclamó el camarero—; vamos tras de él, compañeros.

El mayordomo Juan y los demás empleados de Ravelo, corrieron hasta el fondo del corredor y allí divisaron a dos individuos trabados en una lucha cuerpo a cuerpo.

Uno de los combatientes era el Hombre Verde y el otro Ruben Snake el guardabosque que era enemigo mortal del enmascarado.

El camarero y el chofer llegaban al oscuro corredor, cuando el Hombre Verde asestando a Snake un fuerte golpe en el mentón, le dejó aturdido y como un relámpago trepó la escalera de piedra que conducía a la torre Maldita.

Sus perseguidores corrieron tras él y cuando ya le daban alcance, el Hombre Verde entró a la habitación más alta de la torre y cerró con llave la puerta.

El grupo de servidores de Simeón Ravelo intentó inútilmente derribar la maciza puerta y viendo que era imposible forzarla algunos se situaron en la barandilla de la torre.

—De allí no puede salir, — dijo el mayordomo Juan, — porque esa habitación no tiene otra salida que a la terraza de la torre.

Un momento después los perseguidores del Hombre Verde quedaron estupefactos al ver que el enmascarado juntaba las manos en lo más alto de la torre y se arrojaba al estanque de agua que rodeaba el castillo.

Un salto a cincuenta metros de altura era algo prodigioso.

—Qué proeza más estupenda, — exclamó el chofer—. Es un salto monumental.

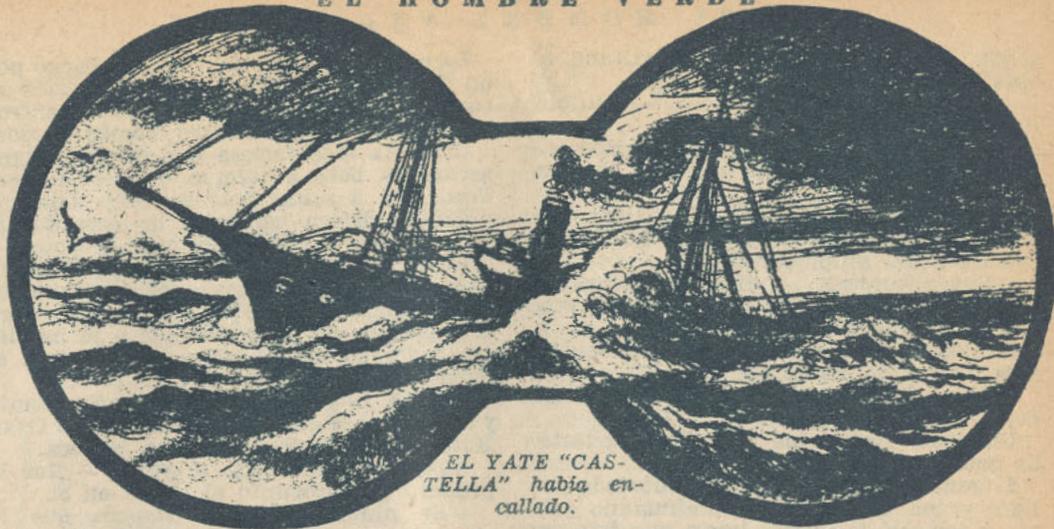
—¿Dónde cayó? — interrogó Juan.

—Allí está, — replicó el chofer, — na-

RESUMEN.—Nadie sabe en la aldea de Vallenegro, quién es el Hombre Verde. Simeón Ravelo, dueño del castillo, bosque y tierras de esa comarca, odia al misterioso enmascarado y le persigue. El Hombre Verde encontró abandonado en el bosque a un chico de tres años, al cual salvó de la muerte, entregándole al cuidado de Gertrudis Lagos. El Hombre Verde sabe que fué Simeón Ravelo quien cometió el delito de abandonar a Billy y por este motivo visita la Torre Maldita del castillo donde estuvo cautivo el niño. Después de muchas aventuras el Hombre Verde decide alejar a Billy, a Gertrudis y Benjamin de Vallenegro y los lleva a la playa de Mar Amarillo. A su regreso, rapta una noche al hacendado Simeón Ravelo y le aprisiona en los túneles subterráneos que comunican secretamente el castillo con el bosque. El hacendado ha roto su cadena y buscando una salida fuera del túnel, cae al lago. El Hombre Verde es perseguido de nuevo, pero sin éxito alguno. Simeón se dirige a Mar Amarillo con el fin de raptarse a Billy. El Hombre Verde llega al balneario a tiempo que Ravelo pretende apoderarse de Billy. Ravelo rapta al niño y se lo lleva al yate "Castella". Entre tanto, el Hombre Verde salva a Benjamin que ha caído al mar. Ambos quedarán en medio del océano; sobreviene una tempestad y después de muchas horas de terrible angustia, el Hombre Verde y Ben son recogidos por el capitán de un barco pesquero. El misterioso enmascarado es descubierto por el capitán, quien le delata a la policía. El Hombre Verde huye del barco a tiempo que llegan los carabineros. Perseguido por un carabinero motociclista el Hombre Verde salta el parapeto de un puente y cae sobre un vagón del ferrocarril. Siempre perseguido por la policía logra por fin llegar a su morada subterránea. Allí se desespera por la suerte de Billy y se dirige por secretos pasajes hasta el castillo donde sabe por un diario que leen los servidores de Ravelo, que el yate Castella ha encallado. De pronto los empleados escuchan un ruido en la galería y salen inquietos a inspeccionar la casa.

dando para salir a la otra orilla. Es inútil tratar de perseguirle.

—¿Qué vendría a buscar al castillo? — murmuró el camarero.



EL YATE "CASTELLA" había encallado.

ño del yate pero yo soy el capitán y si hay órdenes que dar o represiones que hacer a la tripulación, no es Ud. sino yo quien debe hacerlas. Recuérdelo para otra ocasión.

El Hombre Verde, entretanto había conseguido un bote salvavidas y acudía presuroso en busca de Billy.

Le acompañaban tres marineros del faro de Mar Amarillo.

—Afrontamos un grave peligro, — dijo el guarda-faro Tomás Parson.

—Yo dirigiré el bote, — respondió el Hombre Verde, — pues tengo experiencia. He vencido en temporales más fuertes que éste. En medio de la bruma y de la lluvia torrencial, los tripulantes del yate Castella divisaron el bote que avanzaba luchando con la braveza del mar.

El Hombre Verde divisó sobre la cubierta del yate a Simeón Ravelo y a sus tripulantes; pero su mirada inquieta buscó inútilmente al chico Billy entre los que se-

guían anhelantes su lucha por llegar al yate encallado.

—Lancen un cable, — gritó el guarda-faro Parson—. Vamos a tratar de acercarnos al costado del yate. Pedro, coge tú el cable mientras sujeto el bote con un garfio.

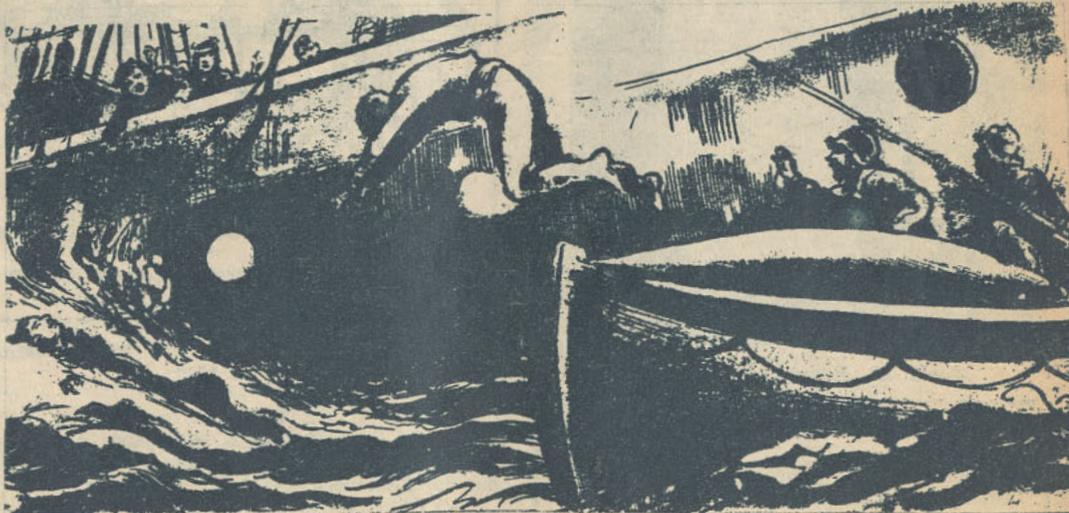
El capitán del barco soltó dos cables que fueron atados por la otra punta al bote salvavidas.

El primero que intentó salvarse fué Simeón Ravelo.

Dando de empujones a los tripulantes que se agolpaban, el hacendado se colgó del cable y ya llegaba al bote cuando una ola inmensa cortó el cable arrojando al mar a Simeón Ravelo. Al caer había estrellado su cabeza contra el bote salvavidas.

Era segura su muerte. Pero el generoso enmascarado olvidando su justa irritación contra el raptor de Billy se lanzó de cabeza al mar y le salvó de una muerte segura.

Cada vez que la braveza del mar lo per-



EL HOMBRE VERDE se arrojó al mar para salvar al pérfido Ravelo.

—Tal vez a robar, — insinuó el mayordomo Juan—. Voy a ver si se ha llevado la vajilla de plata del comedor.

—El Hombre Verde no es un ladrón, — protestó Edith, la hermana de Ben Lagos.

Mientras el mayordomo Juan revisaba el servicio de plata, el Hombre Verde llegaba a la caverna subterránea y se disponía a partir para la playa de Mar Amarillo.

—Si el yate Castella ha encallado, Billy está en peligro, — se dijo el enmascarado, — y mi deber es ir a socorrerle.

No fué tarea fácil salir del bosque, lleno de los obreros que cortaban los árboles por mandato de Simeón Ravelo.

Como hemos dicho en capítulos anteriores el hacendado había vendido a un aserradero miles de árboles, con dos motivos: primero para evitar que el Hombre Verde se ocultara en la espesura, y segundo para obtener dinero por esas magníficas encinas que tanto amaba su antecesor.

ticia que los diarios dieron a la mañana siguiente.

Pero como en esa playa no habían grandes buques, ni dragas, era difícil obtener una pronta ayuda.

Además el temporal era cada vez más fuerte y nadie se arriesgaba a afrontar la furiosa tempestad. Poco a poco el yate se hundía en el banco de arena.

—Bajen la lancha a gasolina, — ordenó Simeón Ravelo, — me voy a la costa con el niño.

—Sería una temeridad, señor Ravelo, — respondió el capitán—. Con el mar tan agitado no es fácil bajar la lancha. Tenga un poco de paciencia.

—¡Paciencia!, — gritó Ravelo—. Con paciencia nos vamos a ahogar todos. Mando que bajen la lancha.

El capitán ordenó a los marineros que bajaran la lancha. Dos veces lo intentaron; pero una vez sobre la superficie del



Por fin el Hombre Verde pudo esquivar la vigilancia de los guardabosques y tomar el primer tren que salía para Mar Amarillo.

La noche anterior el yate Castella había encallado en los arrecifes de Lobo Gris y por más que el capitán hacía esfuerzos por desprender el barco de aquellos escollos, le resultaba imposible salvar el frágil yate.

Simeón Ravelo se paseaba furioso por la cubierta del yate e insultaba, como era su costumbre al capitán y a los tripulantes.

Entre tanto el pobre Billy permanecía encerrado en un camarote y de tanto llorar se quedó dormido.

Un radiograma enviado a la Gobernación de Mar Amarillo había comunicado la no-

LOS EMPLEADOS DE RAVELO divisaron al Hombre Verde y Rubén Snake en una lucha cuerpo a cuerpo.

mar la embarcación se estrelló contra el costado del barco y después quedó colgando de un cable destrozándose la rueda del comando.

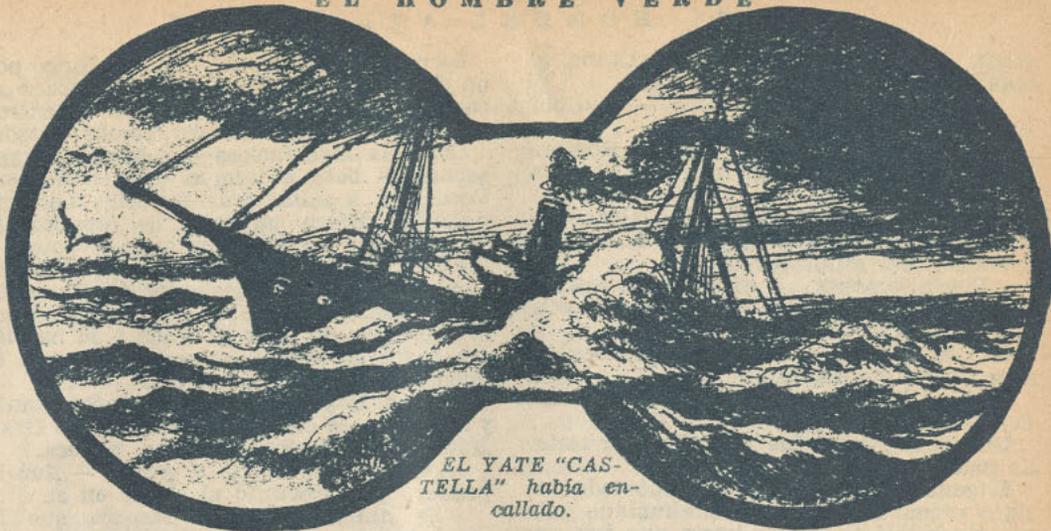
Por fin se rompió el otro cable y la lancha fué arrastrada por una ola gigante.

Esto fué una suerte para Billy porque Simeón Ravelo había pensado que le sería fácil arrojar al niño para en seguida decir que su muerte se había efectuado naturalmente.

—Tropa de idiotas, — exclamó el criminal Ravelo.

El capitán dió una mirada de desprecio al hacendado y dijo a sus marineros:

—Retírense. Uds. hicieron lo posible; pero contra la furia del mar no se puede luchar. Y Ud. señor Ravelo, puede ser el due-



EL YATE "CASTELLA" había encallado.

ño del yate pero yo soy el capitán y si hay órdenes que dar o represiones que hacer a la tripulación, no es Ud. sino yo quien debe hacerlas. Recuérdelo para otra ocasión.

El Hombre Verde, entretanto había conseguido un bote salvavidas y acudía presuroso en busca de Billy.

Le acompañaban tres marineros del faro de Mar Amarillo.

—Afrontamos un grave peligro, — dijo el guarda-faro Tomás Parson.

—Yo dirigiré el bote, — respondió el Hombre Verde, — pues tengo experiencia. He vencido en temporales más fuertes que éste. En medio de la bruma y de la lluvia torrencial, los tripulantes del yate Castilla divisaron el bote que avanzaba luchando con la braveza del mar.

El Hombre Verde divisó sobre la cubierta del yate a Simeón Ravelo y a sus tripulantes; pero su mirada inquieta buscó inútilmente al chico Billy entre los que se-

guían anhelantes su lucha por llegar al yate encallado.

—Lancen un cable, — gritó el guarda-faro Parson—. Vamos a tratar de acercarnos al costado del yate. Pedro, coge tú el cable mientras sujeto el bote con un garfio.

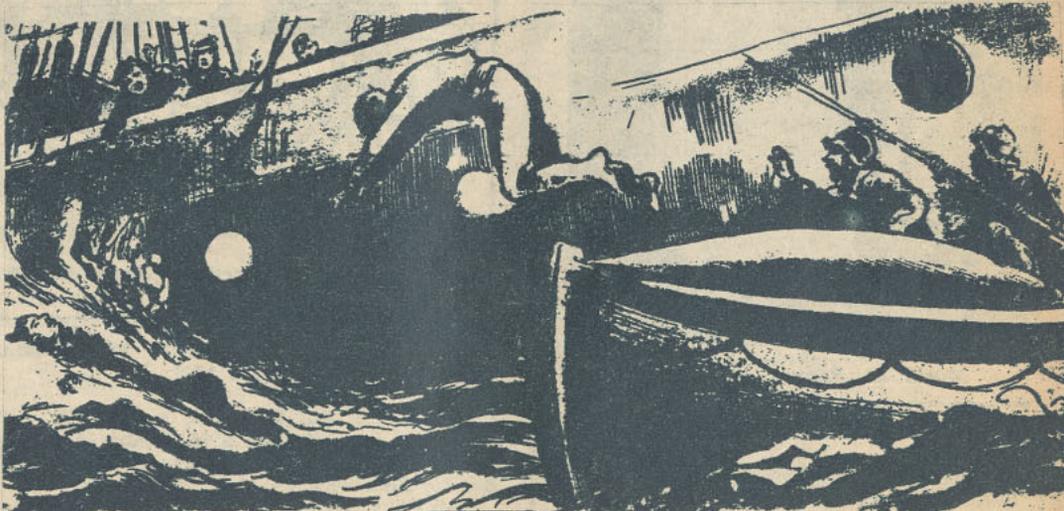
El capitán del barco soltó dos cables que fueron atados por la otra punta al bote salvavidas.

El primero que intentó salvarse ^{era} a ^{cedor} meón Ravelo.

Dando de empujones a los tripulantes que se agolpaban, el hacendado se colgó del cable y ya llegaba al bote cuando una ola inmensa cortó el cable arrojando al mar a Simeón Ravelo. Al caer había estrellado su cabeza contra el bote salvavidas.

Era segura su muerte. Pero el generoso enmascarado olvidando su justa irritación contra el raptor de Billy se lanzó de cabeza al mar y le salvó de una muerte segura.

Cada vez que la braveza del mar lo per-



EL HOMBRE VERDE se arrojó al mar para salvar al perverso Ravelo.

EL HOMBRE VERDE



RESUMEN.—Nadie sabe en la aldea de Vallenegro, quién es el Hombre Verde. Simeón Ravelo, dueño del castillo, bosque y tierras de esa comarca, odia al misterioso enmascarado y le persigue. El Hombre Verde encontró abandonado en el bosque a un chico de tres años, al cual salvó de la muerte, entregándole al cuidado de Gertrudis Lagos. El Hombre Verde sabe que fué Simeón Ravelo quien cometió el delito de abandonar a Billy y por este motivo visita la Torre Maldita del castillo donde estuvo cautivo el niño. Después de muchas aventuras el Hombre Verde decide alejar a Billy, a Gertrudis y Benjamin de Vallenegro y los lleva a la playa de Mar Amarillo. A su regreso, rapta una noche al hacendado Simeón Ravelo y le aprisiona en los túneles subterráneos que comunican secretamente el castillo con el bosque. El hacendado ha roto su cadena y buscando una salida fuera del túnel, cae al lago. El Hombre Verde es perseguido de nuevo, pero sin éxito alguno. Simeón se dirige a Mar Amarillo con el fin de raptarse a Billy. El Hombre Verde llega al balneario a tiempo que Ravelo pretende apoderarse de Billy. Ravelo rapta al niño y se lo lleva al yate "Castella". Entre tanto, el Hombre Verde salva a Benjamin que ha caído al mar. Ambos quedan en medio del océano; sobreviene una tempestad y después de muchas horas de terrible angustia, el Hombre Verde y Ben son recogidos por el capitán de un barco pesquero. El misterioso enmascarado es descubierto por el capitán, quien le delata a la policía. El Hombre Verde huye del barco a tiempo que llegan los carabineros. Perseguido por un carabiniere motociclista el Hombre Verde salta el parapeto de un puente y cae sobre un vagón del ferrocarril. Siempre perseguido por la policía logra por fin llegar a su morada subterránea. Allí se desespera por la suerte de Billy y se dirige por secretos pasajes hasta el castillo donde sabe por un diario que leen los servidores de Ravelo, que el yate "Castella" ha encallado. De pronto los empleados escuchan un ruido en la galería y salen inquietos a inspeccionar la casa. Encuentran al Hombre Verde trabado en lucha con Rubén Snake. El misterioso enmascarado huye hasta la torre maldita y se arroja al estanque que circunda el castillo. En seguida se dirige al yate "Castella" y con un bote salvavidas auxilia a los naufragos y salva a Billy. Pero el Hombre Verde queda sepultado en el mar.

CAPITULO XVII

ES sensible que se haya perdido aquel héroe— suspiró el capitán del yate "Castella"—. Dígame, señor Ravelo, ¿por qué encerró Ud. al niño en su camarote, sabiendo que de un momento a otro el barco podía hundirse?

—¿Ud. cree que lo hice con un propósito criminal?— protestó Simeón Ravelo.

—De ninguna manera, señor— replicó el capitán—, pero creo que el individuo que salvó al chico, tuvo esa idea.

—Me gustaría saber quién era ese individuo— dijo Ravelo.

—Creo que ya no tendremos oportunidad de preguntárselo — murmuró tristemente el buen capitán—, porque quedó sepultado en el mar. Sin embargo, yo creo que fué el llamado Hombre Verde, porque el chico Billy no ha cesado de preguntar por él desde que llegamos a este hotel. Cuando le interrogué si conocía a ese individuo el chico me dijo que le había visto en el yate. Pobre hombre... Nos salvó a todos y él pereció.

—¿Está Ud. seguro de que ese individuo ha muerto?— preguntó anhelante Ravelo.

—Seguro— respondió el capitán—. Al caer tuvo la misma mala suerte suya, señor. Se estrelló contra el costado del barco. Con la diferencia que ese desconocido alcanzó a salvarle a Ud. la vida y nosotros no tuvimos tiempo... Tal vez aquel héroe era de un temple superior al nuestro.

—Ha muerto el Hombre Verde— suspiró casi con alegría el pérfido Ravelo.

Sin embargo, al advertir la mirada suspicaz que le lanzaba el viejo capitán, Ravelo cambió de acento y murmuró condolido:

—¡Qué terrible mala suerte! Confieso que yo tenía un encono muy grande contra ese individuo, pero lamento que haya perecido trágicamente.

—Yo lo siento también— replicó el capitán—, y muy sinceramente.

Con estas palabras el capitán se despidió de Ravelo, por quien, como hemos dicho, no tenía simpatía.

—Capitán Rawlins — suplicó Ravelo—, tenga la bondad de enviar un telegrama a Vallenegro ordenando que el chofer traiga

mi automóvil cerrado. Partiré mañana con el niño a casa. Ahora que el Hombre Verde ha desaparecido, Billy podrá vivir tranquilo. Ese individuo pretendió raptarlo en dos ocasiones.

El capitán guardó silencio y salió a cumplir la orden de Ravelo.

—Le hubiera quemado la boca cuando pretendió sentir la muerte del Hombre Verde— dijo para sí el bondadoso capitán Rawlins—, y nadie

podrá creerle que el enmascarado podía hacerle mal a Billy. En fin, esos asuntos no me conciernen. Y que me ahorquen si miento al asegurar que Ravelo es un malvado.

El Hombre Verde no había muerto. La ola que le volcó y le hizo desaparecer, le había arrojado dentro del yate por una de las ventanillas inferiores. Por este motivo los tripulantes del bote salvavidas no le pudieron hallar.

El golpe había sido tan rudo que el enmascarado quedó aturdido durante algunos minutos y cuando volvió en sí, ya el bote se alejaba del arrecife.

Y sucedió que otro bote salvavidas, que acudió al llamado por radio, llegó hasta el yate y se llevó al único naufrago que aun quedaba allí.

El Hombre Verde declaró ser uno de los tripulantes del yate. Al llegar a Mar Amarillo se despidió de sus salvadores y buscó una choza de pescadores para descansar de sus fatigas. En casa de esa humilde gente supo que Ravelo, el capitán y el niño Billy se hospedaban en el Grand Hotel.

—Descansaré hasta medianoche— se dijo el Hombre Verde—, y en seguida iré en busca de Billy.

Seca su ropa y abrigado con un sobretodo de turista, el Hombre Verde llegó al Grand Hotel poco después de medianoche y pidió una habitación.

—He tenido una pana de automóvil— explicó el misterioso individuo al mayordomo del hotel—, y deseo pasar aquí la noche. Si no tiene un cuarto disponible puedo dormir en el salón o en la sala de billar.

Y al decir esto entregó al mayordomo un billete de cincuenta pesos.

—Puedo ofrecerle una habitación, aunque no está el director del hotel— respondió el mayordomo—. Es costumbre no recibir pasajeros a medianoche.

—Yo no soy un desconocido— murmuró el Hombre Verde—. Entiendo que mi amigo Simeón Ravelo está alojado aquí.

—Si Ud. es amigo del señor Ravelo, no

tiene más que decir— replicó el mayordomo—. Vamos al piso de arriba y le señalaré su habitación. ¿Desea que le sirvan una taza de café?...

—Gracias— replicó el Hombre Verde—, no se moleste más por mí. Vamos arriba.

El mayordomo abrió la puerta de un cuarto en el segundo piso.

—¿Mi amigo Ravelo, ocupa también este piso?— interrogó el Hombre Verde.

—Sí— dijo el mayordomo—. El señor Ravelo ocupa el dormitorio de la esquina y el capitán Rawlins con el niño, la pieza de aquel lado. Todas tienen ventanas a la calle.

—Buenas noches— dijo el Hombre Verde cerrando su puerta.

—Esto va a resultar mucho más fácil de lo que yo creía— se dijo el misterioso enmascarado.

Apenas se alejó el mayordomo, el Hombre Verde se aproximó al balcón y calculó

la altura.

—Con dos sábanas y la colcha de piqué tengo demás para bajar a la calle murmuró el Hombre Verde.

Hechos los preparativos para el rapto de Billy, el enmascarado se dirigió a la habitación del capitán Rawlins y entreabrió suavemente la puerta.

El capitán del yate "Castella" roncaba como una locomotora. El hombre Verde se aproximó al lecho de Billy y dulcemente colocó sus labios cerca de la mejilla del chico.

—Billy, Billy, despierta— balbuceó el enmascarado—. El Hombre Verde viene a buscarte.

Billy despertó sobresaltado, pero el Hombre Verde tuvo cuidado de apoyar un dedo



EL HOMBRE VERDE se descolgó por el balcón con el pequeño Billy.

sobre los labios del chico, al mismo tiempo que le decía:

—Vamos a casa de la abuelita Gertrudis. No hagas ruido... Te envolveré en una frazada y llevamos tu ropa en un atado.

El capitán Rawlins continuaba roncando mientras el niño era raptado por su buen protector.

En la otra habitación Simeón Ravelo dormía al fin con tranquilidad. El Hombre Verde, única persona en el mundo que conocía su secreto, había muerto.

¡Si hubiera sabido lo que ocurría en esos momentos!

El Hombre Verde se descolgó con el niño por el balcón y en pocos instantes subía al automóvil que había dejado en las inmediaciones del hotel.

Antes de media hora el automóvil se detenía en un paraje solitario.

El Hombre Verde cogió en brazos al niño dormido y evitando las vías concurridas por pescadores o turistas, llegó por fin al chalet de Gertrudis Lagos.

Tres veces tocó la campanilla y por fin salió Ben, medio dormido a ver quién llamaba a esas horas. Eran las dos de la mañana.

—Abuelita, abuelita, es el señor...

—No me nombres— exclamó el Hombre Verde—. ¿Quieres que todos los vecinos se den cuenta de mi venida aquí? Gertrudis abrazó tiernamente a Billy.

—Yo estaba segura, señor Hombre Verde, que Ud. me lo traería— murmuró radiante de felicidad la buena anciana.

El Hombre Verde comunicó a Gertrudis que era preciso partir inmediatamente para lo cual tenía listo el automóvil.

—Será un viaje corto y Uds. quedarán en seguras manos.

Simeón Ravelo hacía una triste figura incorporado en su lecho con una venda en la cabeza, sin afeitarse y con el rostro contorsionado por un furor inmenso.

Su apacible sueño fué turbado con la noticia del rapto de Billy.

El capitán Rawlins había golpeado su puerta para preguntarle si Billy estaba ahí.

—No— dijo Ravelo—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Creí que había venido a la sala de baño. Cuando desperté en la mañana ya no estaba en su lecho. Le he buscado por todo el hotel.

—Qué locura— exclamó Ravelo sin inquietarse aún—. Billy es bastante grande para vestirse solo. Llame al regente del hotel.

Momentos después entraba el regente y comunicaba a Ravelo que a medianoche

había llegado un huésped pidiendo una pieza en el hotel.

—Hemos encontrado— explicó el regente, dos sábanas y una colcha colgando del balcón. Primero creímos que era un ladrón. Pero según me dicen nada falta... Tal vez ese individuo se ha robado al chico.

Simeón Ravelo sabía que el Hombre Verde había muerto. ¿Entonces existía otro individuo que también conocía su secreto?

Sin embargo, era posible que el Hombre Verde se hubiera salvado.

Simeón Ravelo comenzó a vestirse apresuradamente y sin comunicar al capitán Rawlins hacia dónde se diría

gía, subió a un taxi y ordenó al chofer que le llevara a la aldea de Mar Amarillo.

El Grand Hotel estaba situado en la colina de la nueva población y había una distancia de seis kilómetros a la caleta de pescadores.

Ravelo fué preguntando de casa en casa donde vivía la señora Gertrudis Lagos y por fin obtuvo las señas precisas. Simeón juzgó prudente esperar hasta la noche para apoderarse otra vez del niño y como se sentía todavía muy débil volvió al hotel.

Cerca de la medianoche Simeón Ravelo bajó de nuevo a la caleta y como ya conocía la casa de Gertrudis Lagos, le fué fácil llegar allí en su automóvil.

Antes de entrar al chalet, Ravelo examinó las ventanas, pensando que tal vez podría entrar a la casa por alguna que no estuviera cerrada con picaporte.



RAVELO se encontró frente a frente con el Hombre Verde.

En efecto, descubrió una ventana entreabierta y saltó dentro de una habitación. Encendiendo su linterna eléctrica se dió cuenta que estaba en la cocina; de allí pasó a otro cuarto y por fin se introdujo al pequeño hall del chalet.

—No siento el menor ruido— se dijo Ravelo—. Tal vez la vieja y los dos niños duermen en un solo dormitorio.

De pronto escuchó un ruido extraño.

—Debe ser el viento que mueve la ventana— murmuró atemorizado el vil sujeto.

Por fin dominando su nerviosidad abrió la única habitación que aun no había registrado.

A la luz de la linterna divisó dos camas con la ropa desordenada, lo cual indicaba que sus moradores habían huido de allí con precipitación.

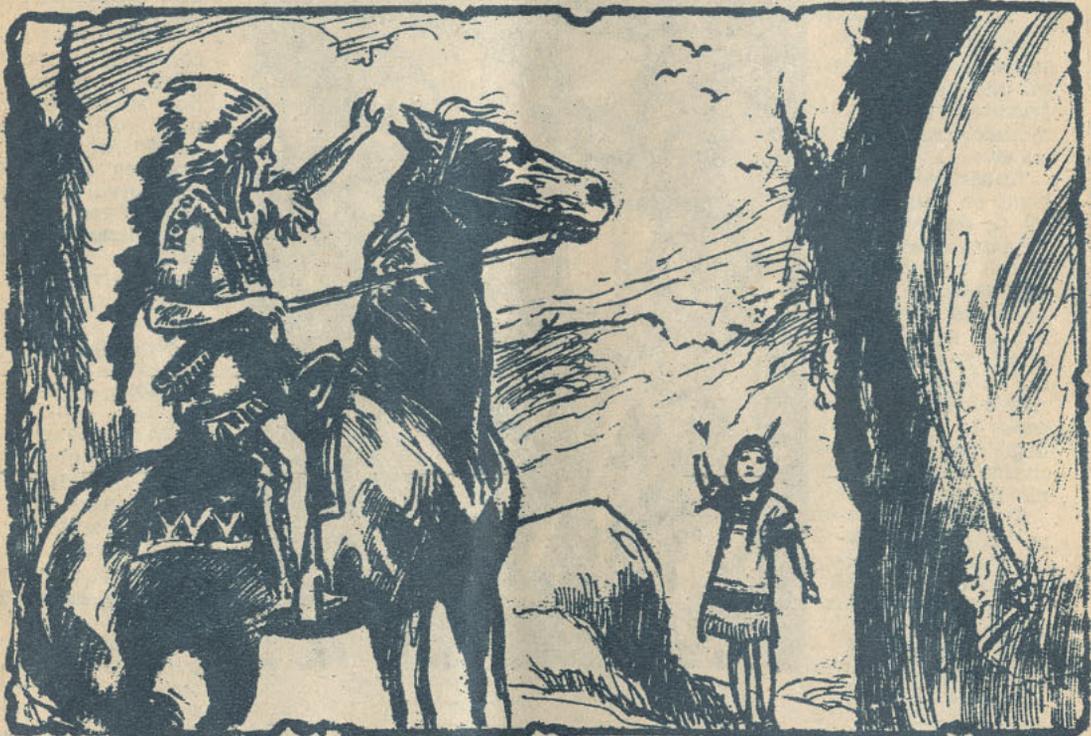
Ravelo avanzó dentro de la habitación y como sintiera un leve ruido tras de un biombo, apartó uno de los marcos y se encontró frente a frente con el Hombre Verde, cruzado de brazos en su gesto favorito.

Simeón retrocedió estupefacto.

—Le aguardaba de un momento a otro— dijo el Hombre Verde—, y ha caído en la trampa que le tendí.

(CONTINUARA).

ROMPECABEZAS. ¿Qué se han hecho los compañeros de Halcón?



—¡Hola, jefe! — gritó Flor Silvestre—, ¿adónde vas hoy?

—A la Montaña Azul a cazar el oso gris, —repuso el piel roja—. Pero no sé que se han hecho mis compañeros. Quedaron de esperar me aquí. Si Uds. los buscan los encontrarán muy pronto.

Los Huérfanos del Rancho K.

RESUMEN.— Jim Kennedy, ingeniero, abandona su trabajo en Yukon, por hacerse cargo de los huérfanos de su compañero de trabajo, Tomás Mason. Jim se impone de que existen dos familias Mason en Drumond, una rica y otra pobre. Creyendo que sus recomendados son los huérfanos del Rancho K., los toma a su cargo y los adopta legalmente. Trini, la mayor de los cinco niños, sabe positivamente que su padre se encuentra preso y que jamás ha ido a Yukon; no obstante, calla por salvar a sus hermanitos del hambre y de la persecución del vecino Carden. Su padre, llamado también Tomás Mason, es un bebedor, un desalmado, cuyos

malos tratos fueron la causa de la muerte de su madre. Piensa en él con terror. Gaspar Carden pretende comprar el Rancho K., no consiguiéndolo, reclama la tutela de los niños, pero Jim se opone. Escuchadas sus razones, adopta legalmente a los huérfanos. Un día se presenta en el Rancho K., Verónica Mason la verdadera hija del amigo de Jim. Trini no la permite ver a su tutor. Y para evitar tal encuentro incendió el cobertizo. Mientras Jim y los niños están ocupados en apagar el fuego, Verónica Mason decide irse prometiendo escribir. Carden, viendo en Jim un poderoso enemigo en sus planes concerniente a los niños Mason, trama un atentado criminal en forma de accidente, contra Jim.



RESUMEN.— Nadie sabe en la aldea de Vallenegro, quién es el Hombre Verde. Simeón Ravelo, dueño del castillo, bosque y tierras de esa comarca, odia al misterioso enmascarado y le persigue. El Hombre Verde encontró abandonado en el bosque a un chico de tres años, al cual salvó de la muerte, entregándole al cuidado de Gertrudis Lagos. El Hombre Verde sabe que fue Simeón Ravelo quien cometió el delito de abandonar a Billy y por este motivo visita la Torre Maldita del castillo donde estuvo cautivo el niño. Después de muchas aventuras el Hombre Verde decide alejar a Billy, a Gertrudis y Benjamín de Vallenegro y los lleva a la playa de Mar Amarillo. A su regreso, rapta una noche al hacendado Simeón Ravelo y le aprisiona en los túneles subterráneos que comunican secretamente el castillo con el bosque. El hacendado ha roto su cadena y buscando una salida fuera del túnel, cae al lago. El Hombre Verde es perseguido de nuevo, pero sin éxito alguno. Simeón se dirige a Mar Amarillo con el fin de raptarse a Billy. El Hombre Verde llega al balneario a tiempo que Ravelo rapta al niño y se lo lleva al yate "Castella". Entre tanto, el Hombre Verde salva a Benjamín que ha caído al mar. Ambos quedan en medio del océano; sobreviene una tempestad y después de muchas horas

de terrible angustia, el Hombre Verde y Ben son recogidos por el capitán de un barco pesquero. El misterioso enmascarado es descubierto por el capitán, quien le delata a la policía. El Hombre Verde huye del barco a tiempo que llegan los carabineros. Perseguido por un carabiniere motociclista el Hombre Verde salta el parapeto de un puente y cae sobre un vagón del ferrocarril. Siempre perseguido por la policía logra por fin llegar a su morada subterránea. Allí se desespera por la suerte de Billy y se dirige por secretos pasajes hasta el castillo donde sabe por un diario que leen los servidores de Ravelo, que el yate Castella ha encallado. De pronto los empleados escuchan un ruido en la galería y salen inquietos a inspeccionar la casa. Encuentran al Hombre Verde trabado en lucha con el guardabosque Snake. El enmascarado huye hacia la torre y se arroja al río que circunda el castillo. En seguida, parte a Mar Amarillo y salva a la tripulación del yate Castella. Pero al depositar a Billy en manos del capitán, cae al mar y desaparece. Simeón Ravelo y Billy llegan a un Hotel. A medianoche el Hombre Verde rapta al niño y lo entrega a Gertrudis Lagos. Dándose cuenta del rapto de Billy, Ravelo va a casa de Gertrudis y se encuentra con el Hombre Verde.

CAPITULO XVIII

El falso Ravelo

EL Hombre Verde continuaba con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando a su enemigo, en tanto que Ravelo, como un animal acorralado, buscaba una salida. En ese instante el viento cerró violentamente la puerta y el hacendado dió un salto como si hubiera sentido un disparo...

—¿Qué malos tiene los nervios, señor,— exclamó el Hombre Verde;— tan malos como su conciencia.

—¿Qué objeto tiene usted al atraerme aquí? — interrogó por fin Ravelo.

—El mismo de siempre, — dijo el enmascarado.— Diga usted quién es Billy.

Simeón Ravelo lanzó una maldición y en seguida con rápido movimiento disparó la

linterna eléctrica que tenía en la mano sobre la cabeza del Hombre Verde. Pero en vez de herir al enmascarado, la linterna fué a estrellarse contra la ventana, rompiendo uno de los vidrios.

La habitación quedó a oscuras. Ravelo aguardó un momento y como el Hombre Verde no daba señales de su presencia, poco a poco fué acercándose a la puerta.

Le detuvo el llamado de un carabiniere que se aproximaba a la ventana con el vidrio roto.

—¿Qué ha pasado aquí? — preguntó el carabiniere.— ¿Ha entrado algún pillo?

Ravelo fué enfocado por la linterna del carabiniere.

—¿Quién es usted? — interrogó el guardián del orden.

—Ya se lo diré, — respondió Ravelo; — dirijase a la puerta principal.— Voy a abrirle en seguida.

El hacendado se había dado cuenta de

la fuga del Hombre Verde y pensaba que si la policía intervenía en el asunto, tendría que perder varias horas y por último podrían acusarle de violar el domicilio ajeno.

Por lo tanto, era preciso saltar por la ventana, mientras el carabinero se dirigía a la puerta de calle.

Para mayor contratiempo, Ravelo, al saltar por la ventana, tropezó en un balde con agua y produjo un ruido que provocó la atención de algunos transeúntes.

Sin embargo, pudo llegar hasta el sitio donde había dejado su automóvil y darle movimiento antes que el carabinero llegara a ese punto.

El automóvil de Ravelo iba a gran velocidad por las laderas de los cerros que rodeaban las playas de Mar Amarillo.

—¿Qué sería del Hombre Verde? — murmuró en alta voz el hacendado, — seguramente el muy imbécil ha caído en manos del carabinero.

Una carcajada sonora respondió a sus palabras.

Fué tal la sorpresa de Ravelo, que por poco no se desbarranca.

—Corrige la dirección, Ravelo, — ordenóle el Hombre Verde, surgiendo del interior del automóvil, — yo te diré dónde debes detenerlo.

Ravelo creyó que el enmascarado colocaba la punta de un revólver en medio de su espalda y se apresuró a obedecer.

—¿Es realmente un ser humano este demonio? — pensaba Ravelo—. Aparece y desaparece como un duende.

La presencia del Hombre Verde en el automóvil de Ravelo no era un hecho sobrenatural; solamente se debía a la gran astucia del misterioso enmascarado. Cuando la habitación quedó a oscuras, el Hombre Verde, calculando que algún individuo acudiría a saber quién había roto el vidrio, tuvo la idea de salir por la puerta interior del chalet y viendo detenido cerca de allí el automóvil de Ravelo, se ocultó bajo el asiento interior.

El Hombre Verde estaba desarmado y el objeto que había colocado en la espalda de Ravelo no era un revólver, sino la boquilla de su pipa.

—¿Conque tenías esperanzas de que la policía me hubiera cogido? — dijo el Hombre Verde a Ravelo—. Siento que tu deseo

no se haya cumplido. Creo que tú ocuparás una celda en presidio antes que yo.

Ravelo continuaba dirigiendo el auto, decidido a saltar de él apenas tuviera una oportunidad. Prefería volcar el carruaje antes que seguir bajo la amenaza del revólver.

—No trates de producir un accidente, — dijo el Hombre Verde a su enemigo, — porque antes que lo intentes, te habrás ido al otro mundo.

Y como para apoyar sus palabras el enmascarado estrechó con mayor fuerza la inofensiva boquilla en la espalda de Ravelo.

—Quite esa arma, — protestó Ravelo, — supongo que no tiene intención de asesinarme por la espalda.

—Si obedeces, nada te sucederá — respondió el Hombre Verde.

Siguiendo las instrucciones del enmascarado, Ravelo continuó el viaje hasta que llegaron a las inmediaciones de Vallenegro.

—Baja por esa colina, — ordenó el enmascarado.

Estaban frente a las ruinas de una vieja abadía. Allí el Hombre Verde hizo detener el automóvil y obligó a Ravelo a descender del carruaje, manteniendo siempre apoyada en la espalda del hacendado la famosa boquilla de su pipa.

La claridad del alba iluminaba débilmente el bosque de Vallenegro.

—Adelante, — ordenó el Hombre Verde a su prisionero—. No intentes

huir, porque las balas de mi revólver te detendrían a tres pasos de distancia.

Al llegar a las ruinas de la abadía, el Hombre Verde cogió con su mano izquierda el brazo de Ravelo y le obligó a bajar las gradas de piedra que conducían al subterráneo de la ruinoso abadía.

—Escuche, — suplicó Ravelo, al verse perdido, — ¿no podríamos llegar a un acuerdo? Yo le daré a usted...

—Sólo quiero que me digas quién es el chico Billy y por qué le persigues, — repuso el Hombre Verde.

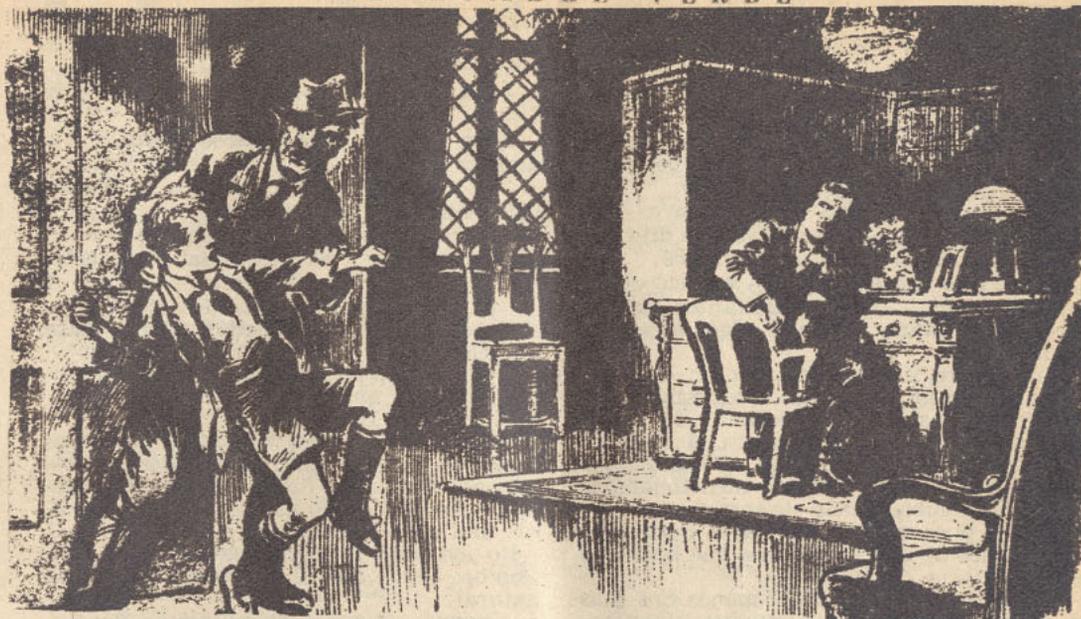
—Ignoro de qué se trata, — replicó Ravelo.

—Muy bien, — dijo el Hombre Verde, — aquí tendrás suficiente tiempo para refrescar tu memoria.

Diciendo esto, enredó su pie en la rodilla de Ravelo y le arrojó de espaldas contra las



RAVELO tropezó con un balde y produjo un gran ruido.



RUBEN SNAKE entró al escritorio de Ravelo con Benjamin Lagos.

duras baldosas del subterráneo. Antes que el hacendado volviera de su aturdimiento, el enmascarado le había desnudado y atado de pies y manos, arrastrándole hasta una celda que cerró con doble cerrojo.

En seguida volvió a subir la gradería y cubrió la entrada a las ruinas con una gran piedra.

El Hombre Verde volvió al automóvil y allí se vistió con el traje de Ravelo. Después sacó de su bolsillo una caja con lápices de carbón, bigotes postizos y cosméticos y durante un cuarto de hora estuvo maquillándose hasta que logró arreglarse un semblante muy parecido al de Simeón Ravelo.

—Corro un gran peligro, — se dijo el enmascarado, — pero puedo tener éxito. Muchas personas nos encontraban una gran semejanza en otro tiempo...

El Hombre Verde partió en el automóvil por las umbrosas avenidas de la hacienda.

De pronto divisó al guardabosque Rubén Snake.

—Voy a probar si resulta mi disfraz — se dijo el Hombre Verde.

El guardabosque se detuvo al ver pasar el automóvil de su patrón; pero ni se descubrió, ni le dió un saludo.

—Ven acá, — gritó el Hombre Verde, con autoritario acento.

—¿Para qué me quiere? — replicó con insolencia Snake.

Como se sabe, el guardabosque había perdido todo respeto a su patrón desde que conocía sus criminales secretos.

—¿Qué dices? — vociferó el Hombre Verde, con profunda ira.

—Veo que el naufragio no le ha enfriado la sangre — repuso con insolencia Snake—. ¿Y el niño quedó durmiendo en el fondo del mar?

—¿Qué niño? — interrogó el Hombre Verde.

—Mire, don Simeón, — exclamó el guardabosque con arrogancia, — a mí no me

venga con hipocresías. Puede ser usted muy astuto, pero yo sé más de lo preciso para que a usted le condenen a presidio.

—¡Qué gracioso!—exclamó el falso Ravelo, — vamos a ver, ¿qué sabes, imbécil?

—Sería para nunca terminar, — declaró el guardabosque—. Yo haría que el juez le preguntara por qué en una noche de invierno usted dejó abandonado en el bosque a un niño. Y si no es porque el Hombre Verde le recoge... Después volvió a robárselo y ahora vuelve sin él... El Hombre Verde sería un magnífico testigo.

—Estás muy equivocado, Rubén, — replicó el falso Ravelo, — porque a nadie se condena sin pruebas. Mientras tanto, yo tengo sospechas que fuiste tú quien me robó el reloj y la cartera en el bosque. Escucha, Rubén, te juró que a la primera insolencia de tu parte, irás a la cárcel... Yo puedo declarar que tú eres un ladrón, en tanto que tú a nadie convencerás de la existencia de ese niño... Además, ¿sabes tú, acaso, quién es? Bueno, por ahora no digo más; pero ya estás advertido.

El Hombre Verde partió en el automóvil, muy contento de su disfraz. Si había engañado a Rubén Snake, con mayor facilidad todavía engañaría a la servidumbre del castillo.

Al enfrentar la escalinata de la casa, uno de los choferes acudió a recibir al patrón.

—Buenos días, señor, — dijo el chofer—. ¿Necesita este automóvil en la mañana?

—Creo que no, — respondió el Hombre Verde, — y si deseas salir hoy, tienes el día libre. En caso de necesitar el auto, lo manejaré yo mismo.

El chofer creyó haber entendido mal a su patrón. ¿Era posible que el altanero y despota Ravelo le concediera un día de descanso?

—¿Por qué te quedas embobado, imbé-

cil? — dijo con duro acento el falso Ravelo, — te dije que podías marcharte por el día.

El chofer inclinó la cabeza y se alejó, murmurando:

—Por lo de imbécil, él es más que yo. Pero conviene que me vaya pronto, porque a lo mejor se arrepiente del permiso.

El mayordomo Juan también tuvo una sorpresa cuando el falso Ravelo le dijo que podía dar salida a todos los criados.

—Necesito reposo, Juan, — explicó el supuesto patrón, — después de tantos contratiempos. Cuando me falte algo, tocaré la campanilla.

El Hombre Verde se encerró en el escritorio de Ravelo y comenzó a registrar cajones y papeles con la esperanza de hallar un documento que le revelara el misterio que rodeaba al chico Billy. Desgraciadamente, en ninguna carta se mencionaba al niño. El Hombre Verde conservaba aún esperanza, pues todavía no había registrado los cajones de una gran mesa que había en el dormitorio de Ravelo.

—Voy a necesitar por lo menos dos días para estas pesquisas, — se dijo el misterioso protector de Billy...

Voces airadas y ruido de pasos, perturbaron la tranquilidad de la estancia donde trabajaba el Hombre Verde.

De pronto se abrió la puerta y entró como un huracán el guardabosque Snake, conduciendo por el cuello a Ben Lagos.

—Santo Dios, — pensó el Hombre Verde, — algo le ha sucedido a Billy.

Y en seguida, dirigiéndose a Snake, le dijo:

—¿Cómo te atreves a entrar a mi dormitorio sin hacerte anunciar?

—Encontré a este palomilla espiando la casa y lo traje a su presencia, como usted me lo había ordenado, señor.

—Sí, sí, — repuso el falso Ravelo—. ¿Qué andabas haciendo alrededor de mi casa, pilluelo?

—Quería hablar una palabra con mi hermana Edith, que está empleada aquí, — balbuceó Ben Lagos.

—Ya veremos si es verdad lo que dices, —replicó el seudo patrón con dura voz—. Puedes marcharte, Snake... Yo interrogaré al muchacho y si es culpable, me le darás una docena de azotes.

No iba lejos el guardabosque, cuando el Hombre Verde dijo al muchacho con su voz natural:

—Bueno, ¿y qué cuentas, amigo Ben?

El pobre Benjamín casi se desmayó de emoción.

(CONTINUARA).

ALGO NUEVO, EXTRAÑO, PERO CIERTO

Cómo se ponen los buques en las botellas



Muchos de ustedes habrán visto los lindos bucecitos metidos dentro de botellas. Son perfectos modelos hechos por los marineros. ¿Pero, cómo los meten en la botella? Ese es el secreto. El buque se hace afuera completo, con mástiles, velas, etc., todo sujeto con pequeños

goznes. Aplastada sobre cubierta la enarboladura, se empuja el buque por el gollete. Por medio de un hilo, previamente atado al último mástil, se levanta todo. La quilla es unos milímetros más angosta que el gollete de la botella.

SOLUCION A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO 1308.

FU MAN CHU, por Joy.— Marcos, Gimena.
MATASIETE, por Tredo.— 1, América. 2, Ade-
la. 3, Amapola. 4, Aguja. 5, Agenda.

JEROGLIFICO, por Ramsé.— Realización.
JEROGLIFICO, por Tolan.— Demonios del
Aire.



CAPITULO XIX

Ravelo en libertad

—Ud. no es el señor Simeón Ravelo—, exclamó Benjamín Lagos aproximándose al individuo que reposaba tranquilamente en un mullido sillón —. Ud. es...

—Ya sé que has adivinado, mi querido niño —, replicó el Hombre Verde —, pero para todos los demás soy el patrón de esta casa. Necesito descubrir muchos secretos y por eso me he transformado en Ravelo. Ahora dime, ¿qué busabas tú aquí?

—La abuelita Gertrudis está enferma — respondió Ben —, y yo venía a decirle que si podía ir por uno o dos días a cuidarla. Cuando Rubén Snake, me sorprendió rondando por el castillo creí que el señor Ravelo me iba a torturar para que le confesara dónde se hallaba Billy... Pero yo no lo habría dicho aunque me despedazaran — agregó el valiente niño.

—Pobre Ben — suspiró el Hombre Verde —, creo que yo tengo la culpa de la enfermedad de tu abuelita. Pero ya pronto se arreglará todo. Habría sido preferible confiar a Billy a otras personas...

—Mi abuelita no lo habría permitido — murmuró Ben —, porque ella se ha encariñado mucho con Billy. Si le quita al niño se enfermaría mucho más.

—Ya te digo que pronto se solucionará esta situación. Dime, Ben, ¿te gustaría vivir para siempre en este castillo?

—¿Con Ud. como patrón? — interrogó Ben.

—No, Ben — dijo el Hombre Verde —; has de suponer que no puedo seguir disfrazado de Simeón Ravelo por mucho tiempo. Dile a tu abuelita que se quede tranquila en la quinta. Ven tú a la colina de Vallenegro y si vez una señal en la torre del castillo, dile a Gertrudis que lleve a Billy hasta la encina que da acceso a mi morada subterránea. Ya sabes dónde se encuentra... Frente al olmo donde curamos a la cierva Mimosa.

El Hombre Verde acompañó a Ben hasta la puerta y allí se encontró con Rubén Snake quien seguramente había estado escuchando la conversación tras de la puerta.

Por suerte Ben y el Hombre Verde habían hablado en voz muy baja.

RESUMEN. —¿Quién es el Hombre Verde?, se preguntan todos los habitantes de Vallenegro. Nadie lo sabe, pero el dueño del castillo de Vallenegro le persigue. El Hombre Verde ha salvado varias veces de la muerte al niño Billy, a quien también persigue Simeón Ravelo. El misterioso enmascarado, aprisiona a Simeón Ravelo y se hace pasar por el dueño del castillo de Vallenegro.

—¿Qué haces aquí —, preguntó el supuesto Ravelo al guardabosque.

—Esperaba sus órdenes —, replicó Snake.

—Bien, por ahora no te necesito — dijo el Hombre Verde a Rubén —. El muchacho me ha explicado el motivo que le trajo aquí. Déjalo que se marche en paz. ¿Me entiendes?

Rubén Snake creyó que Ravelo había obtenido alguna información importante de Benjamín Lagos y le dejó partir sin seguir sus pasos.

Mientras se desarrollaban los acontecimientos narrados, el sargento Dumas leía a su mujer una carta que había encontrado bajo la puerta de su casa.

—No trae sellos y dice: Estrictamente privada —, comunicaba el sargento.

—Léela, pues, hombre —, insinuó su esposa.

—Como miembro de la policía podrá interesarle a Ud. saber quien atacó y robó al señor Simeón Ravelo en el bosque. Se acusó al Hombre Verde, pero el verdadero criminal es Rubén Snake. Vaya a la casa del guardabosque y encontrará bajo una tabla del suelo, frente a la chimenea pruebas suficientes para arrestar a Snake. Cumpla su deber y así devolverá su honor a un individuo inocente.

—Ya lo decía yo — exclamó la señora Dumas —, El Hombre Verde no es capaz

LA ISLA SINIESTRA

será la sensación del año.

de cometer una villanía. Anda, hombre... Si logras descubrir al culpable, tus jefes te darán otro galón.

El sargento Dumas salió inmediatamente a verificar los hechos denunciados y al llegar a casa del guardabosque se encontró con el falso Simeón Ravelo.

—Muy a tiempo le encuentro, señor — dijo el sargento —, porque he recibido una carta que deseaba mostrarle.

El Hombre Verde no pudo retener una sonrisa irónica.

—Vamos a constatar si es verdad lo que dice este anónimo — murmuró el falso Ravelo después de leer la carta —, yo le acompañaré. Para decirle verdad, siempre tuve sospechas del guardabosque. Pero era difícil soberlo a punto fijo...

El sargento Dumas no podía más de alegría al verse en compañía del rico hacendado.

Una vez dentro de la casa del guardabosque el sargento procedió a levantar la tabla y al punto descubrió el pañuelo de colores que contenía el reloj, la cadena y la cartera de Simeón Ravelo.

Se recordará que días antes el propio Hombre Verde las había colocado allí después de encontrarlos bajo el tronco de un árbol.

—Mire, señor — exclamó encantado Dumas —, la carta no mentía. Aquí están to-

—Queda Ud. preso por el robo de la cartera, reloj y cadena de oro del señor Simeón Ravelo —, dijo pomposamente Dumas.

Poseído de incontenible furia, el guardabosque cogió su carabina y apuntando con el arma a Dumas, gritó desesperado:

—Arréstame si te atreves...

—Es preferible que bajes esa arma — dijo con toda calma el falso Ravelo —, si no quieres que se empeore tu causa.

—No la bajaré — gritó más y más furioso Snake —. No sería raro que Ud. señor Ravelo hubiera urdido esta intriga. Alguien ha colocado allí esos objetos para perderme. Ud. es tan culpable o más que yo.

—Insolente — gritó el falso Ravelo —. Hay pruebas suficientes para condenarte. Baja el arma.

Y el Hombre Verde avanzó dos pasos adelante.

—Atrás o disparo —, vociferó Rubén Snake.

El Hombre Verde retrocedió sumiso, pero no fué sólo para dar con mayor impulso un salto imprevisto y colocar su mano en el cañón de la carabina inclinado hacia el suelo.

—Cógelo, Dumas — ordenó el misterioso individuo —; no le dejes huir.

El sargento colocó las esposas en los puños del guardabosque, mientras el falso Ravelo le amenazaba con la carabina.



dos los objetos robados. Qué magnífica pesquiza...

De pronto se escucharon pasos en el jardín. Rubén Snake entraba a la casa, sin sospechar la presencia del sargento y del Hombre Verde en su salita.

—¿Qué ha venido a buscar Ud. aquí? — interrogó el guardabosque al sargento.

—Queremos saber — dijo el falso Ravelo —, ¿por qué están aquí estos objetos, Snake.

El guardabosque miró el pañuelo de colores que contenía los objetos robados y se aterró.

—*ATRAS, O DISPARO* — gritó Rubén Snake.

—Iré a la cárcel — exclamó Snake —, pero luego me seguirá Ud., señor Ravelo. Sus crímenes serán conocidos.

—Puedes decir cuánto pase por tu mente y nadie lo creerá — declaró el falso Ravelo —. Lléveselo, sargento, junto con el cuerpo del delito.

El Hombre Verde vió salir al guardabosque gritando y amenazando al patrón con revelar ante la justicia todos sus crímenes. Esta actitud del cómplice de Rave-

lo regocijaba enormemente al misterioso protector de Billy.

—Y ahora a visitar al prisionero — se dijo El Hombre Verde dirigiéndose otra vez al castillo de Vallenegro.

Pero antes de efectuar la visita a las ruinas de la Abadía, donde se hallaba encerrado el hacendado, debía el Hombre Verde vestir su traje habitual y colocar su careta.

El enmascarado llegó al dormitorio que ocupaba en el castillo, efectuó allí su transformación y se deslizó sigilosamente hacia la Torre Maldita. Afirmado en el parapeto miró con anteojos de larga vista al punto que le había indicado a Ben Lagos y cerciorándose de que el niño vería la señal indicada, colocó sobre el punto más alto de la torre una bandera blanca.

—Mañana temprano — se dijo el Hombre Verde — Gertrudis Lagos me traerá al niño. Quiera Dios que no tengamos contratiempos.

Atardecía ya cuando el Hombre Verde llegaba a las ruinas de la Abadía y separaba la gran piedra que daba acceso al subterráneo. Era la segunda visita que hacía al prisionero. Ravelo a pesar de su odio contra el Hombre Verde, sentía alivio al verle llegar, pues era atroz el silencio de esas tumbas.

—¿Ha decidido por fin confesar la verdad? — interrogó el Hombre Verde a Ravelo.

—Nada tengo que confesar —, repuso el cautivo.

—¿Y si yo el dijera que ya tengo la información necesaria? ¿Si hubiera encontrado algunas cartas comprometedoras en su escritorio?

—Mientes — rugió Ravelo —. No poseo ninguna carta. Déjame en libertad y te daré cien mil pesos.

—No es dinero lo que me falta — dijo el Hombre Verde —. Yo deseo saber quien es el niño Billy. Por de pronto te comunicaré que tu cómplice Snake está preso. Te doy cinco minutos para que confieses... después...

En este instante se escucharon pasos por

las galerías subterráneas y Ravelo gritó con todos sus pulmones.

—Auxilio... Socorro. Arresten al Hombre Verde...

Dos policías se detenían en la puerta de la celda subterránea. El Hombre Verde apagó su linterna eléctrica y cuando los policiales encendieron las suyas ya el misterioso enmascarado había desaparecido.

—Busquenlo — gritaba Ravelo —, debe encontrarse en una de las galerías de esta ruinosa Abadía.

Mientras uno de los policiales desataba a Ravelo, el otro corría de un lado a otro sin encontrar ni señales del fugitivo.

—¿Cómo llegaron Uds. hasta aquí? — preguntó Ravelo a los policiales.

—Por una casualidad — respondió un cabo. — El sargento Dumas llevaba prisionero al guardabosque Ruben Snake. Este individuo se escapó en medio del bosque y le andamos buscando. Al pasar frente a estas ruinas, vimos una gran piedra removida y al inclinarnos oímos un ruido de conversaciones y bajamos...

—No se preocupen del guardabosque — dijo

Ravelo a los policiales —, el pobre hombre es también víctima de las intrigas del Hombre Verde. Yo aseguro que es inocente.

—Se le acusa de haber robado a Ud. su reloj, su cartera...

—Mentira — replicó Ravelo —. Esos objetos me fueron substraídos por el Hombre Verde.

Los policiales creyeron lo que aseguraba el patrón de la hacienda de Vallenegro y muy corteses le acompañaron. Como se sabe la distancia era larga entre la Abadía y el castillo.

Allí aguardaba a Ravelo otra sorpresa desagradable.

El mayordomo Juan le salió al paso cuando pretendió entrar a la casa.



AFIRMADO EN EL PARAPETO DE LA TORRE,
el Hombre Verde miraba hacia la colina.

Aventuras macabras y sensacional
misterio en

LA ISLA SINIESTRA

—¿Qué buscas aquí? — le dijo impidiéndole la entrada.

—Soy Simeón Ravelo, ¿no me conoces? —gritó estupefacto Ravelo —, retírate de mi paso, si no quieres que te arroje de mi casa.

—¿Y entonces quién es el otro señor que está en su escritorio? — exclamó atónito, Juan.

—¿De qué señor hablas? — exclamó Ravelo —. Yo estoy hace tres días prisionero del Hombre Verde en los subterráneos de la Abadía.

Juan explicó a Ravelo la superchería del Hombre Verde.

El hacendado no oyó más y subió corriendo a su escritorio.

¿Estaría allí oculto el Hombre Verde? No podía estarlo, pues hacia apenas dos horas que le había dejado en las catacumbas de la Abadía.

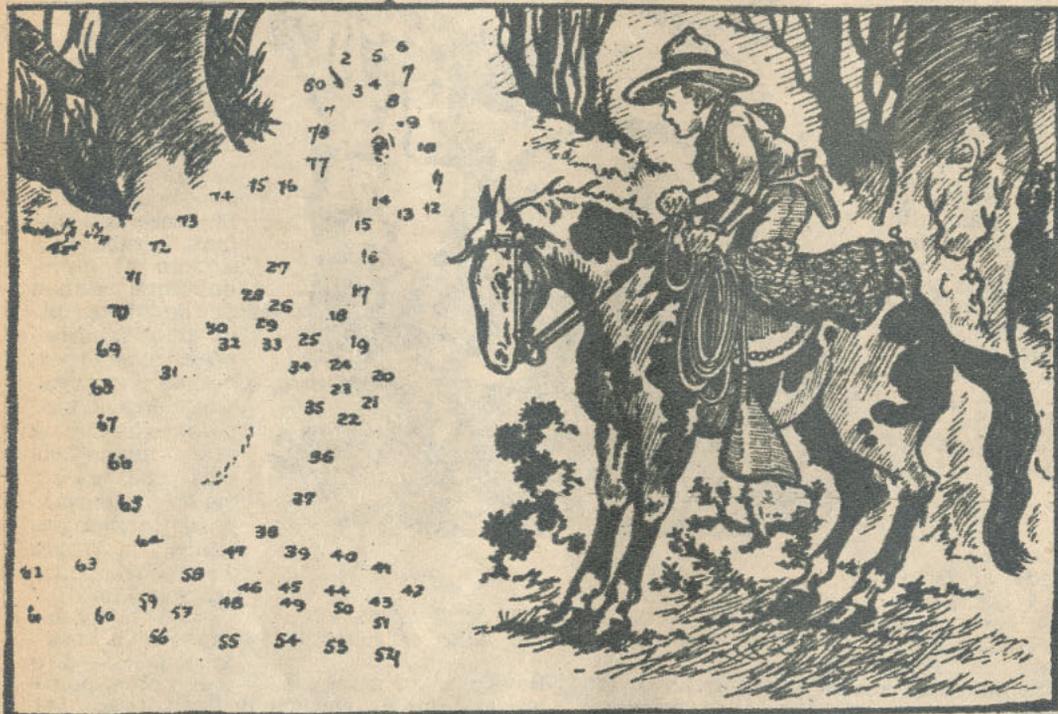
Sin embargo allí encontró un cigarrillo que aun humeaba...

El HOMBRE VERDE había estado allí minutos antes.

(Concluirá)

ROMPECABEZAS

La sorpresa de Patricio



Patricio, con sus nuevos arreos de cow-boy, paseaba con su tío y primos por los bosques del sur. De repente se le perdieron sus acompañantes. En cambio apareció algo que es-

pantó a su caballo. Sabrán lo que vió el caballo siguiendo la numeración. Además, el tío y dos niños están cerca. Búsquenlos.

SOLUCION A LA SECCION PROBLEMAS DEL N.º 1309.

El Erígono, por Sen. 1, Bonito; 2, Ligero; 3, Alzado; 4, Frigor; 5, Fogoso; 6, Escala; 7, Serena.

El Corneta, por Driscón. 1, Limonada; 2, Luz; 3, Luz; 4, Lápiz; 5, Libro; 6, Lombriz.

Jeroglífico, por Quiletechaucha. Regresivo.

Verdaderamente magnífica será la nueva serial que iniciaremos el próximo número:

LA ISLA SINIESTRA

CONCURSO DE PROVERBIOS N.º 29.

Solución: El cojo le echa la culpa al empedrado.

Entre los solucionistas exactos se sortearon dos premios, correspondiendo \$ 5.— a Flora Arriagada, de Santiago y \$ 5.— a Ernesto Guajardo, de Talca.

CONCURSO ESTRELLAS DEL CINE N.º 82.

Solución: Birrell, Baxter, Hopkins, Grant. Entre los solucionistas se sortearon dos premios, correspondiendo \$ 5.— a José Hermosilla, de Santiago; y \$ 5.— a Isidro Vargas, de Concepción.



CAPITULO XX

La partida de Simeón Ravelo

SIMEON Ravelo se arrastraba lentamente por el bosque, en dirección al castillo. Los dos días de reclusión habían agotado sus fuerzas; además sentía un furor incontenible contra el Hombre Verde, quien le hacía sufrir la terrible humillación de llegar a su casa en tristísimo estado.

En el castillo le aguardaba una desagradable sorpresa.

Juan, el viejo mayordomo, le impidió la entrada, preguntándole con qué derecho se introducía allí como Pedro a su casa.

—Insolente — gritó Ravelo — ¿no me reconoces? Soy tu patrón.

—No venga con macanas — replicó el viejo empleado — el patrón está en su escritorio.

Simeón Ravelo dió un empujón a Juan y subió la escalera a largos trancos.

Juan iba detrás confundido y perplejo. No cabía duda ya de que el individuo a medio vestir, desgredado y sucio, era Simeón Ravelo. Pero entonces ¿quién era la otra persona que durante dos días habitó el castillo?

Ravelo se aproximó a la mesa de su escritorio y descubrió un cigarrillo que aun no se extinguía.

—Juan — gritó Ravelo al mayordomo — ¿quien ha estado aquí? No te quedes como un estafermo, estúpido... Yo soy Ravelo y hace dos días que el Hombre Verde me ha tenido encerrado en los subterráneos de la Abadía. El se disfrazó y les engañó a todos. Telefonea a la policía... Ese bandido debe estar aún en el castillo... Corran, registrenlo todo. Allí hay un cigarrillo a medio prender.

El mayordomo Juan hizo cuanto le mandó el patrón y mientras los demás sirvientes registraban la casa, Ravelo se encerró en su escritorio y comenzó a revisar los cajones de su mesa de trabajo.

Ansiosamente abrió un cajoncito secreto

RESUMEN.— ¿Quién es el Hombre Verde?, se preguntan todos los habitantes de Vallenegro. Nadie lo sabe, pero el dueño del castillo de Vallenegro le persigue. El Hombre Verde ha salvado varias veces de la muerte al niño Billy, a quien también persigue Simeón Ravelo. El misterioso enmascarado aprisiona a Simeón Ravelo y se hace pasar como el dueño del castillo, haciendo tomar preso a Rubén Snake por robo, pero éste huye, los policías en la búsqueda de Snake descubren una entrada secreta que da a la Abadía, los policías, sintiendo voces de auxilio que salían de dicha entrada, se introducen, encontrándose con Ravelo prisionero, después de varias explicaciones lo sueltan dirigiéndose al castillo.

y al ver allí un legajo de papeles dió un suspiro de alivio.

—Te he vencido, Hombre Verde —, exclamó Ravelo.

En el acto se aproximó a la chimenea encendida y arrojó a las llamas dos cartas.

—Que ahora pruebe algo en mi contra, — murmuró Ravelo, mirando las cenizas de los comprometedores documentos—. Mañana parto lejos de aquí y nadie volverá a saber de mí.

Entretanto, al Hombre Verde se le habían desbaratado todos sus planes. Primeramente, la llegada de los policiales a la caverna donde tenía prisionero a Ravelo, le obligó a huir cuando aun no había completado sus pesquisas para aclarar el misterio de Billy. Por otra parte, no era posible que el niño fuera traído al bosque por Gertrudis, pues corría peligro de ser raptado por Ravelo, ya en libertad.

El Hombre Verde, se introdujo pues por las cavernas, cuyos vericuetos sólo él conocía y en pocos instantes llegó a la escalera secreta que comunicaba con la torre



JUAN, — GRITO RAVELO al mayordomo —
¿quién ha estado en mi escritorio?

maldita. Allí arrancó la bandera blanca, que debía indicar a Benjamín Lagos el cumplimiento de su plan, y en seguida se introdujo al escritorio de Ravelo.

Como lo saben nuestros lectores, el Hombre Verde estuvo en esa estancia hasta momentos antes que llegara allí Ravelo.

¿Qué hizo el misterioso enmascarado a última hora? Algo muy importante debió ser, porque ahora le encontramos en su caverna desarrollando dos planchas fotográficas.

—Magníficas — exclamó el Hombre Verde—. Sólo me falta ir en busca del niño y hacer otra visita al castillo.

El protector de Billy se tendió sobre su lecho y estuvo descansando hasta la madrugada.

—No es tan cómoda esta cama como la de Simeón Ravelo— murmuró el Hombre Verde, sonriendo — anoche dormí mucho mejor.

Antes que llegara el alba, el misterioso enmascarado subió por la escalera de cordel que colgaba del tronco hueco de la encina y se encaminó a la quinta donde vivía Gertrudis Lagos.

La buena anciana y Ben, su

nieto, habían pasado una noche de angustias, pues ya toda la comarca sabía que Ravelo había regresado y que la policía buscaba por todas partes al Hombre Verde.

Benjamín había subido a la colina y no divisando la señal convenida, se había desesperado.

El generoso muchacho estuvo en pie antes de amanecer y afirmado en la ventana de su dormitorio, espiaba el camino, temiendo ver aparecer a cada instante al terrible Ravelo.

—Se llevarán al niño — suspiraba Benjamín— y la abuelita se morirá de pena.

De pronto sintió pasos y divisó por entre los árboles del jardín la silueta esbelta y fina de su gran amigo.

—El señor Hombre Verde, abuelita — susurró Ben — allí viene.

—Mi querido niño — balbuceó el enmascarado — abre la puerta. Necesito hablar con tu abuelita un momento. Mientras tanto, ve en busca de Billy, vístelo y tráelo a la salita.

Antes que irradiara el sol, el Hombre Verde había partido tan silenciosamente como llegó a la quinta, llevando oculto entre los pliegues de su capa al niño que Ravelo perseguía de muerte.

Esa misma mañana, Simeón Ravelo, después de una noche de descanso, recién afeitado y vistiendo un traje de viaje, hacia sus últimos preparativos para abandonar el castillo.

—¿Está listo mi equipaje, Juan? — interrogó al mayordomo que le traía el desayuno.

—Sí, señor — respondió el buen viejo.

—Ordena que traigan el automóvil — dijo Ravelo — y recuerda, Juan, que a nadie debes comunicar mi partida, ni menos decir a dónde me dirijo.

Juan salió a cumplir las órdenes de su patrón y momentos después volvió muy agitado.

—Dos policiales de Vallenegro desean ha-



BEN AFIRMADO EN LA VENTANA de su dormitorio, espiaba el camino.

biar con usted, señor — comunicó el mayordomo a Ravelo.

Simeón Ravelo vaciló un momento y en seguida dijo a Juan:

—Bien, hazlos pasar al escritorio; pero díles que sólo puedo disponer de dos o tres minutos.

El inspector de policía y dos carabineros entraron al escritorio. Ravelo acudió un instante después.

—¿En qué puedo servirles? — dijo el hacendado a los policiales.

—Usted nos ha hecho llamar por teléfono, señor — declaró con extrañeza el inspector de policía.

—Yo, no — replicó Ravelo — ésta es una nueva intriga de ese bandido o tal vez una broma de mal gusto.

(CONCLUIRA). /

EL ULTIMO INCA



SERIAL MARAVILLOSA Y ROMANTICA
que iniciamos en el próximo número. ¡Será algo sensacional!



CAPITULO XXI Y FINAL

Padre e hijo

SIMEON RAVELO sentía nacer en su espíritu una mortal ansiedad.

— Señor inspector — dijo al policial — le repito que yo no les he llamado. Siento que hayan sido objeto de una farsa, y que le resulte un viaje sin objeto...

— No se marche todavía, señor inspector — dijo una voz que salía del extremo de la gran sala.

Los cuatro hombres volvieron la cabeza para ver la esbelta figura del Hombre Verde encuadrando una puerta secreta. El enmascarado tenía en sus brazos al pequeño Billy, al misterioso niño que Ravelo perseguía de muerte.

— ¿Entonces ese era el individuo que debíamos arrestar? — dijo el inspector de policía.

— No, señor — replicó con toda calma el Hombre Verde — aquél es el criminal, — añadió señalando a Ravelo.

El inspector estaba perplejo y sus miradas iban de Ravelo al enmascarado.

— ¿Qué quiere usted decir? — interrogó por fin el inspector—. ¿Por qué motivo debo yo arrestar al señor Ravelo?

— Porque es un ladrón y un impostor, — replicó el Hombre Verde—. No tiene derecho a llamarse Simeón Ravelo.

— ¡Qué farsa más ridícula! — exclamó Ravelo—; ese individuo está loco. Tómelo preso, señor inspector.

Pero el policial no se movió. Había en el acento del enmascarado tanta sinceridad, tanta verdad que era preciso, por lo menos escuchar lo que tenía que decir.

— Cuando haya escuchado mi declaración — dijo el Hombre Verde—, usted me puede arrestar si lo cree conveniente, señor inspector.

— Le escucho — respondió el inspector. El Hombre Verde bajó de la puerta secreta y, con el niño siempre a su lado, explicó lo que sigue:

— He acusado a este individuo de ladrón y de impostor; he dicho que no es Simeón Ravelo y voy a probarlo.

— Mentira — rugió Ravelo — ¿qué pruebas tiene para comprobar lo que dice? Y en cuanto al niño ¿qué papel hace aquí? Yo nunca he visto a esa criatura.

Los ojos del Hombre Verde brillaron con extraño fulgor bajo el antifaz.

— Te daré todas las pruebas necesarias, Mauricio Lergan — dijo el misterioso enmascarado aproximándose al escritorio.

Simeón Ravelo le vió abrir el cajón secreto, que él mismo había abierto el día anterior, y una chispa de alegría brilló en sus ojos. Bien sabía él que las dos cartas comprometedoras estaban hechas cenizas en la chimenea.

Pero su alegría duró poco al ver que el Hombre Verde sacaba del cajón secreto dos papeles.

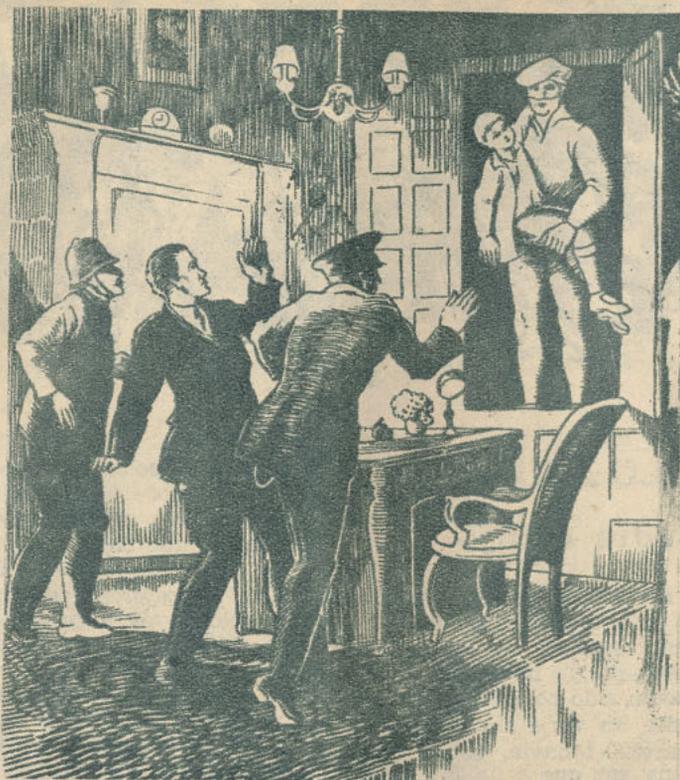
— Aquí están las pruebas de que Lergan es un ladrón y un impostor, señor inspector, dijo el Hombre Verde—. Yo fotografié estas cartas ayer antes que llegara este bandido al escritorio. Lergan las quemó en la chimenea, pero aquí están las copias fotografiadas.

Ravelo saltó sobre su enemigo para arrebatarle las cartas; pero el inspector le sujetó rápidamente.

— Señor policial — dijo el Hombre Verde — usted ha vivido durante muchos años en Vallenegro y tal vez recordará que el dueño de este castillo tenía un hijo que desapareció después de una querrela con su padre. Nunca se supo de él y aunque se dijo que se había casado y tenía un hijo, fueron vanas todas las averiguaciones. Lea usted esta carta de la nodriza de Robertito Ravelo, dirigida al impostor.

“Certifico que Roberto Ravelo es hijo del

“señor Roberto Ravelo de Vallenegro y de su esposa la señora Ana Smith de Ravelo. Su madre murió poco después del nacimiento del niño y el señor Ravelo ausente desde antes de la muerte de su esposa también ha desaparecido. He sabido que el padre del paratrón ha muerto y me apresuro a enviar a Ud. el certificado de nacimiento de Billy a fin de que le entregue la herencia de su abuelo.



El Hombre Verde apareció en el umbral de la puerta secreta.

Alicia Johnson”.

—Es fácil buscar a esa nodriza e interrogarla — dijo el inspector.

—La nodriza ha muerto de una manera misteriosa — replicó el Hombre Verde.

El falso Simeón Ravelo temblaba de miedo. Con voz apenas perceptible murmuró:

—¿Y quién eres tú?

El Hombre Verde arrancó su antifaz y miró de frente a Ravelo.

—Roberto — balbuceó el bandido.

—Sí — replicó el heredero de Vallenegro—. Tú me dejaste abandonado en el desierto de Arizona hace cinco años. Escuchen, señores, esta historia. Un día encontré a este bandido vagando por los lavaderos de oro, sin pan y sin hogar. Le recogí en mi campamento y una noche después de apuñalarme, me robó el oro acumulado en dos años de trabajo y me dejó abandonado. También mis papeles y documentos y así pudo hacerse pasar por un sobrino lejano de mi padre. A los tres días un piel roja me encontró en el campamento y curó mis heridas. Estuve largo tiempo entre la vida y la muerte y cuando regresé a mi país, supe que un individuo se había apoderado de los bienes de mi padre. Vine aquí, hice investigaciones y descubrí

que mi primo lejano llamado Simeón Ravelo había fallecido años atrás. ¿Cómo pudo este individuo obtener la herencia? Tal vez cometió otros crímenes que la justicia investigará. Busqué también a mi hijo, sin poder encontrarle. Una noche encontré a un chico abandonado en el bosque y se despertaron mis sospechas. ¿Podía este niño ser el hijo adorado de quien me despedí cuando aún no tenía

un mes de edad? Era necesario recoger todas las pruebas y ahora ya las tiene en su poder, señor inspector.

Simeón Ravelo o mejor dicho Mauricio Lergan, fué conducido a la cárcel. En pocos días se comprobó la verdad de las acusaciones de Roberto Ravelo y el juez ordenó que se le entregaran todos los bienes y el castillo de su padre.

Gertrudis Lagos se instaló en el castillo de Vallenegro en compañía de Benjamin y de Billy y nunca hubo una familia más dichosa que la del Hombre Verde.

FIN

PREMIOS A LOS MEJORES COLABORADORES DEL N.º 1313.

El premio de un ejemplar de la novela “Flor Silvestre”, de Roxane, queda vacante por esta semana.

Un premio de \$ 5.— a Acroy por su poesía “La muerte de la Flor”.

Otro premio de \$ 5.— a Luis Espinoza Aliaga por su colaboración “Por desobediente”.